

RETRATO DE MARTA ROBIN

Jean Guitton

Título original francés: "*Portrait de Marthe Robin*"
Bernard Grasset. París.

<u>PREFACIO.....</u>	<u>2</u>
<u>1. PRESENTACIÓN.....</u>	<u>4</u>
<u>2. EL VISITANTE DE LA TARDE.....</u>	<u>9</u>
<u>3. LA HIJA DE LA PLANA.....</u>	<u>17</u>
<u>4. EL HOLOCAUSTO.....</u>	<u>20</u>
<u>5. UNA MUJER EN SU CASA.....</u>	<u>29</u>
<u>6. UNA CONVERSACIÓN SOBRE DIVERSOS TEMAS.....</u>	<u>37</u>
<u>7. LOS DICTADOS.....</u>	<u>45</u>
<u>Pentecostés.....</u>	<u>49</u>
<u>La Trinidad.....</u>	<u>50</u>
<u>Visión de la Virgen.....</u>	<u>52</u>
<u>La oración de Marta.....</u>	<u>54</u>
<u>8. LA EXPERIENCIA MÍSTICA EN LA EVOLUCIÓN.....</u>	<u>55</u>
<u>Bergson.....</u>	<u>55</u>
<u>Görres.....</u>	<u>59</u>
<u>Lo anormal y lo subnormal.....</u>	<u>61</u>
<u>Bilocación.....</u>	<u>64</u>
<u>Después de Hiroshima.....</u>	<u>65</u>
<u>El misterio del tiempo.....</u>	<u>67</u>
<u>El problema del milagro.....</u>	<u>69</u>
<u>9. EL MISTERIO DE LA SANGRE.....</u>	<u>71</u>
<u>10. CONVERSACIÓN SOBRE LOS ESTIGMAS.....</u>	<u>81</u>
<u>Reflexiones.....</u>	<u>84</u>
<u>La Hora.....</u>	<u>85</u>
<u>11. EXPLORACIÓN DEL MÁS ALLÁ.....</u>	<u>87</u>
<u>El Purgatorio.....</u>	<u>87</u>
<u>El condenado a muerte.....</u>	<u>89</u>
<u>El aborto.....</u>	<u>90</u>
<u>12. LUCIFER.....</u>	<u>91</u>
<u>13. LA MUERTE.....</u>	<u>93</u>
<u>14. PERSPECTIVAS ÚLTIMAS.....</u>	<u>97</u>
<u>Comparaciones últimas.....</u>	<u>102</u>

Jean Guitton

Jean Guitton nació el 18 de agosto de 1901 en Saint Etienne (Loira). Agregado de Filosofía, doctor en letras.

1924-1935: Profesor en los Liceos de Troyes y Moulins.

1935-1937: Profesor en el Liceo de Parc en Lyon.

1937-1946: Profesor en la Facultad de Montpellier.

1948-1954: Profesor en la Facultad de Dijon.

1955-1968: Profesor de la Historia de la Filosofía y de Filosofía en la Facultad de Letras de París.

1961: Es elegido para la Academia Francesa, en el sillón de Leon Berard.

1962: Es el único laico católico autorizado por el Sumo Pontífice, presente en el Concilio Vaticano II.

Jean Guitton es pintor. Ha hecho exposiciones en Roma, Bruselas, París, Sofía y Madrid.

Es autor de *“Diálogos con Mons. Pouget”*, *“Lo que yo creo”*, *“La Iglesia y el Evangelio”*, *“Jesús”*, editadas en Grasset además de otras obras y en otras editoriales.

Muere el día 21 de marzo de 1999 en París.

PREFACIO

¿Quién era esa desconocida mujer cuyo retrato hago?

Una campesina francesa que recibía en su casa; que durante treinta años no tomó ningún alimento, ninguna bebida; que estaba estigmatizada, sufriendo cada viernes los dolores de la Pasión; que fundó sobre la tierra sesenta "*foyers de charité*" (hogares de caridad), que fue sin duda el ser más extraordinario, el más desconcertante de nuestra época; que en el siglo de la televisión, salvo el día de su muerte, permaneció desconocida del público, amortajada en un profundo silencio.

¿Y cómo es que al fin de mi vida me he sentido tentado a escribir tal *retrato*?

A mi pesar, como voy a relatar, fui empujado hasta su oscura habitación. Fui introducido por uno de los espíritus más negadores de este tiempo, el médico de Anatole France, el discípulo de Loisy, el director de una colección anticristiana. Desde mi primer encuentro con Marta Robin comprendí que ella sería ya siempre para mí una hermana de la caridad, como lo fue para millares de visitantes. Y tuve el presentimiento de que algún día me vería obligado, impelido por su genio, a darla a conocer al mundo.

Me hacía pensar en Catalina Emmerich. Son conocidos los escritos compuestos bajo su influjo por Clemente Brentano, el amigo de Goethe, quien había preferido la habitación de Catalina a la corte de Weimar, y que permaneció durante seis años como su secretario, dando forma a sus visiones, especialmente a las que tenían por objeto la Pasión. Marta también tuvo visiones de la Pasión. Por modestia jamás me habló de esto, salvo para comentarme que ella había "conocido esto y que lo había superado". Lo que más me sorprendió de Marta Robin fue la distancia que tomaba en relación con estos estados extraordinarios en que estaba inmersa. Sobrepasando los accidentes iba a la esencia, eso que ella llamaba "lo interior".

También yo podría rubricar aquello que escribió sobre Catalina Emmerich el amigo de Goethe: Lo que dice es breve, pero sencillo, lleno de profundidad, de calor y de vida. Yo comprendía todo. Ella era la flor del campo, el pájaro del bosque. A veces dichosa, amorosa, digna, maravillosa; a veces rústica, ingenua, jovial; siempre enferma, agonizante; no obstante delicada y fresca, casta, sufrida, sincera y, con todo, muy campesina. Estar sentado a su lado era ocupar la sede más bella del mundo".

Los que en el futuro escriban sobre Marta Robin no dejarán de dar a conocer abundantemente los aspectos inverosímiles de su existencia. Sin menospreciar el aspecto "paranormal" de su vida, me propongo aplicar el método prudente que siempre ha guiado mis estudios y que aconseja limitar el elogio y no deducir de un texto, de una expresión, de una admiración más que un *mínimum* de su contenido. Recurriré con poca frecuencia al testimonio de otros. Intento dar mi propio testimonio. Este está limitado en el tiempo: no he pasado con Marta Robin más de cuarenta horas en veinticinco años. Como en mí la memoria no se separa del pensamiento, he mezclado mis reflexiones con el relato. Este libro del final de mi vida es el último fragmento de ese "Diario", raramente interrumpido, que mantengo desde mis dieciséis años, que es el manantial de mis otras obras y como su ceniza, su "poso".

Diré por fin que este libro pertenece a ese género literario que imita a la pintura, donde existe una acción recíproca entre el artista y su modelo. Jean Paulhan, cuando decidí escribir "*Retratos*", me citaba esta frase de Schneider: "Veo el punto donde la esencia y el destino del hombre coinciden: ésta es la norma del arte del retrato".

Yo había escrito antes de la última guerra un "retrato" de Mons. Pouget, mi maestro. He aquí el *"Retrato de Marta Robin"*. Cuarenta años los separan. Pero en mi espíritu estos dos retratos de estos seres "incomparables" se complementan y se corresponden. Si estos dos retratos se parecen, esto se debe a su origen: la obligación que se siente de dar testimonio de un ser excepcional si se le conoció en vida y que permanece desconocido o menospreciado.

Los dos retratos difieren por su extensión. Cuando era joven mi trabajo consistía en desarrollar ideas o recuerdos; acrecerlos, como hace la naturaleza en primavera. Tal es el método del profesor en clase. En el otoño de mi vida es preferible, me parece, hacer la tarea inversa: cortar los tallos inútiles, limpiar para que quede lo esencial: la guía, lo único que trepa.

Nadie sabrá jamás lo que he tenido que podar omitir, destruir. Este libro es semejante a un árbol en invierno, cargado de omisiones, sacrificios y silencios.

18 de agosto de 1985

1. PRESENTACIÓN

Marta Robin nació el 13 de marzo de 1902 en el departamento de la Drôme, en Châteauneuf-de-Galaure. Jamás abandonó su casa paterna, en la que murió el 6 de febrero de 1981. ¿Quién era? Voy a intentar definirla partiendo de lo visible hacia lo invisible.

Era una campesina francesa, sencillamente: *"una mujer que recibía en su casa"*, como dice un texto del antiguo Egipto, muchos siglos antes de nuestra era. *Oh bello amigo, lo que mi corazón sueña es poseer tus bienes como señora de la casa, cogido tu brazo de mi brazo"*.

Nuestro mundo rural europeo esconde ciertos seres sencillos, sin cultura, sin pretensiones, nacidos para ayudar a otros y cuya vida se gasta en recibir a personas que acuden pidiendo ayuda: una curación, un remedio, una simple palabra misteriosa que les dé esperanza. Son los curanderos, las adivinas: Se sabe encontrarlos en su retiro. Se viene desde lejos para verles, como Sócrates fue a ver a la Pitonisa. Se les llama por su nombre, sin más. La mujer está allá en su casa. Se llama. Se entra. Allí está. Os atiende. Así era aquella que no podía llamarse más que *Marta*. Pero hace falta ir más alto, mucho más alto para definirla.

Marta fue una mística, una mística de primera magnitud. Los místicos difieren en magnitud como las estrellas. Tomo el término místico en su significación técnica, El misticismo es un contacto inmediato con la realidad. El místico tiene la impresión de tener no menos, sino más conocimiento y luz, de estar en relación con el ser infinito. Lo que Beethoven decía de la música: que es una revelación más alta que la sabiduría, el místico puede pensarlo de sus estados. El más notable es el éxtasis, en el que se rompe la ligazón con el mundo. Pero existen muchos otros que los doctores en todas las grandes religiones han designado, distinguido y catalogado. Marta conoció todos estos estados místicos. Los había rebasado, como lo diré con frecuencia en esta obra.

Marta ha sido la primera mística que ha vivido en la bisagra de los tiempos históricos: antes y después de *Hiroshima*, que considero como una fecha solemne que divide para siempre la aventura humana. Empezamos a tomar conciencia de esto como ciegos deslumbrados de repente. Hiroshima es un nuevo comienzo que rechaza la época anterior a un pasado absoluto. Casi ningún pensador héroe o santo ha podido pasar este umbral fatal y comparar las dos vertientes de la historia. Es demasiado pronto. Pero me parece que Marta había previvido, por decirlo así, este paso en lo que tiene de más profundo.

Hay que añadir que la vida de Marta se desenvuelve en un siglo científico, crítico, informado; en el que el fenómeno místico se analiza, se diseca, explica y reduce, como sucede con todo lo que hasta ahora era "maravilloso" o legendario". Marx y Freud permanecen como los maestros de los análisis reductores y de las explicaciones de lo alto por lo bajo. Foucault, Althusser, Lacan son nuestros maestros. Y para todos el místico es un sospechoso. Marta está en juicio: lo estará sin duda siempre.

Pero aún no he dicho lo específico de Marta, lo que la define esencialmente, Marta fue una estigmatizada.

Los estigmatizados forman entre los místicos una categoría limitada, algo así como los cosmonautas. Su característica es reproducir en su cuerpo ciertas heridas que, según el Evangelio, Jesús soportó en la Cruz. En nuestra época, más aun que en otras ocasiones, la prudencia aconseja suponer en principio que este fenómeno sanguíneo se

explica por el poder de la sugestión, por histeria o enfermedad mental y no por una causa noble y trascendente. Por lo demás, y como diré en este estudio, las causalidades pueden ser efectivas en niveles diferentes, siendo la inferior sublimada por la superior. Queda, pues, que un estigmatizado es un místico de un género poco común en el que los rasgos del misticismo se encuentran llevados a una intensidad tal cercana al escándalo.

Pero en este siglo sabio en que la observación, la información, la crítica han realizado progresos considerables, el caso que yo propongo es una especie de provocación. Interpela como un desafío a todos los que tienen curiosidad. Interpela a los creyentes, a los no creyentes, a todos los que en diversas religiones y sobre todo en el cristianismo buscan los signos del Espíritu.

El doctor Imbert-Gousbeyre, en una obra célebre, contaba 321 estigmatizados en la Edad Media conocidos históricamente, al margen de los legendarios. Aunque se doble el número aún quedaría muy corto. Y, sin duda, no se habría jamás reflexionado sobre la paradoja de los estigmatizados sin la historia incontestable de un santo excepcional: Francisco de Asís. En él se manifiesta el enigma que plantea a nuestra inteligencia la historia de los grandes estigmatizados católicos, que es la desproporción entre la causa y el efecto. ¿Quién más poético más cósmico, más amigo de la vida, de la naturaleza; más alegre que el *poverello*? ¿Quién se asemeja más a Jesús? Nadie niega que sobre el Alvernia un serafín imprimió en él las sagradas señales. ¿Cómo se realiza la simbiosis entre la vida y la muerte? No lo sabemos.

Añado que, entre todas las personas que he tratado en mi larga vida, Marta es la que me ha dado esa impresión tan extraña, mezcla de curiosidad, envidia y sorpresa que todo espíritu siente ante el "genio".

Tomo el término "genio" en su acepción más simple: todo niño da al adulto esta impresión. El genio difiere totalmente del talento, que por el esfuerzo o táctica busca imitar al genio sin conseguirlo jamás. Marta se asemejaba al niño aun por la voz. Ella no tenía ningún talento, salvo para bordar. No había seguido cursos de religión, su catequesis era elemental. Estaba más allá de toda cultura. Más allá de la pobreza, porque no consumía nada, alimentándose del aire del tiempo y de la eternidad. Más allá del dolor, reducida a un *minimum* vital. Presente, sin embargo, de rondón a todos y a todo, dando respuesta a toda incertidumbre, aventando, por así decir, los problemas para llegar a la solución. Marta recibía a hombres de Estado, obispos, especialistas de cualquier tipo, a sus vecinos campesinos que hablaban con ella del ganado y de las cosechas, a sus amigos, a sus familiares, a los niños que trepaban por su lecho; pero también a los desarraigados, a los rechazados, a los marginados. Leeremos sus relaciones con los condenados a muerte, con una amiga que moría muy lejos de ella.

Cuando una persona con unas sencillas palabras excita en nosotros una de esas emociones raras, repentinas, suaves, un tanto melancólicas y no obstante luminosas que nos hacen tomar conciencia del misterio de nuestro destino, cuando esto despierta en nosotros ese deseo del que habla Nietzsche de llegar a ser lo que somos pero de una manera más noble, entonces decimos que ha pasado un ángel. La visita del ángel es furtiva, llena de humor y de amor, incomprendida en el momento, extrañamente interrumpida, crepuscular como la del peregrino de Emaús. Te das cuenta de su presencia cuando desaparece y te encuentras solo en la noche.

Voy a decir aquí dos palabras sobre un problema insoluble que con frecuencia se abordará en estas páginas. Cuando se lee la vida de ciertos grandes artistas, sobre todo entre los músicos o poetas, se observa que las más altas manifestaciones del genio

parecen estar condicionadas a estados enfermizos, como estados de agotamiento físico o una avería del sistema nervioso. Virgilio ya planteó el problema sin resolverlo. ¿Qué ligazón existe entre estas deficiencias y el genio? Quien lo descubriera esclarecería el misterio humano. Y nos enseñaría quizás cómo se puede sacar provecho de una alteración del cuerpo o del espíritu para conseguir un equilibrio superior.

Aún no he dado la definición, la más profunda y más verdadera de Marta Robin. No he penetrado en su secreto. Estoy en la zona visible, pública, explorable de su ser. ¿Qué sentido daba a los extraños fenómenos que sucedían en ella?

Ciertamente ella había aceptado su destino de enferma, que no dependía de su mano, con el coraje que aconsejan los sabios. Pero había mucho más en lo secreto de su corazón. Porque ella había concebido un proyecto apenas expresable, insensato: el de ligarse al problema de la *miseria*. Sobre este punto ha sido la relectura de Péguy y de sus poemas dramáticos sobre Juana de Arco lo que me ha permitido comprenderla mejor. Marta iba mucho más lejos que Víctor Hugo en *Los Miserables*.

¿Qué miseria? En primer término el dolor humano, el hambre, la pobreza, la desigualdad de condiciones, todo lo que es infierno en este mundo y que el progreso técnico no ha abolido. Pero a los ojos de Marta había otro infierno. Ella creía en el drama de la salvación. La existencia nos impone una elección entre la vida y la muerte. El hombre ha pecado. Mas existe una ley de sustitución que permite al inocente pagar el rescate por el pecador. Cristo, el inocente absoluto, es el primero, y *el solitario*.

Ella se ponía a las puertas del *infierno* para que éste permaneciera vacío. Imaginaba que tal era su principal misión, su tarea, su oficio: plantar cara a la miseria. Y si era preciso hacerle frente *sola*.

Me doy cuenta que este libro sobre Marta es desconcertante, molesto para muchos que me van a dejar enseguida, dudosos de la verdad que cuento. Y quiero responder a sus objeciones sobre la verosimilitud de este relato y sobre su oportunidad.

Porque el primer pensamiento que se presenta es el de la imposibilidad. Se dirá que en el siglo de la información, si un ser humano permanece largo tiempo *inédico*, tal cosa interesaría a los sabios, tanto como el viaje a la luna. Esto se sabría. Los periodistas, cuyo oficio es sacar a la luz lo que se disimula, habrían hablado de ello repetidas veces. Por otra parte, ya se sabe que el dogma fundamental de la ciencia es la imposibilidad del milagro. Es por tanto necesario concluir, bajo pena de irrisión, que consciente o inconscientemente, por superchería o estratagema Marta se alimentaba. Y que los "testigos" o bien engañan o, más probablemente, se engañan.

Tal debate inevitable está constantemente sobreentendido en este libro. Pero quiero señalar las dificultades de la postura negativa. Marta recibió millares de visitantes en treinta años y con frecuencia, se trataba de espíritus desconfiados: había gentes de leyes, psiquiatras, eclesiásticos educados para sospechar de los místicos y gustosamente incrédulos en estas materias. Todos han intentado explicar el fenómeno por alguna superchería. También yo como ellos me preguntaba: ¿Quién, pues, la avitualla clandestinamente? Observé como un detective las miradas, las entradas, las medias palabras de aquellas tranquilas madres que vivían en casa. El engaño no solamente era improbable, sino imposible. Suponer que Marta haya podido engañar a inquisidores tan diferentes es más improbable que la ausencia de alimentación.

Yo llegué a preguntarle sobre este asunto. Sus respuestas eran dulcemente irónicas. No es nada interesante que yo no coma. Después de todo estoy en mi casa y tengo mis

vacas y leche. ¿Quién me va a impedir beberlo? No se fije Vd. en tales cosas". Por su parte ella estaba sobre y más allá de esto. "¿Pero, por qué, Marta, has rehusado ser llevada a una clínica donde podías haber sido observada durante unos meses sin interrupción, para poder dar una prueba de vuestro ayuno?" "Yo estoy en mi casa", respondía. "Y ¿creéis que eso convencería a la gente? Los que no lo admiten tampoco lo admitirían. Soy la dueña de mi cuerpo y me quedo en mi casa. Moriré aquí donde he vivido".

En el examen del fenómeno Marta (como en el del Santo Sudario) he encontrado incrédulos favorables y teólogos escépticos. Los primeros son espíritus ávidos de novedad: Marta es una especie de sábana viviente y la NASA la hubiera podido analizar. Pero por otra parte, muchos teólogos me han manifestado sus reservas: "Vuestro libro no estará conforme con el espíritu del Vaticano II. El Concilio restringe el ámbito de lo maravilloso. Reemplaza el temor servil del infierno por el amor misericordioso. La Cruz queda anulada, absorbida en la resurrección". A lo que he respondido que este concilio –al que yo asistí– no ha eliminado jamás los textos del Evangelio donde se habla del fuego eterno, donde Satán interviene o se anuncia el Juicio, donde la idea de una sustitución redentora del inocente por el pecador para rescatar al pueblo permanece como fondo del drama.

Se me ha preguntado qué pensaba la Iglesia Católica sobre el asunto de Marta Robin. Yo sé que la Iglesia es lenta en conceder coronas: no le gusta elevar demasiado pronto a sus hijos por temor de desanimar a los demás en una familia en la que todos son iguales, todos pecadores. Frente a los estigmatizados la Iglesia de nuestro tiempo, sobre todo después del último Concilio, es prudente. Sabe, como ha sabido siempre y más que nunca, que hay falsificaciones de lo sublime, que el Maligno se disfraza, que Satán puede aparecer como ángel de luz. Más que nunca en nuestro tiempo de ambigüedades es difícil trazar la frontera de lo natural, lo preternatural y lo sobrenatural. Debe pasar mucho tiempo; pero antes de que tengan lugar estos procesos difíciles, existe un criterio de buen sentido que tanto el pueblo cristiano como las *élites* sabias, emplean comúnmente y sin discusión: consiste en juzgar *el árbol por los frutos*.

Mas en el caso de Marta los frutos son buenos. Aquí es fácil seguir la regla que aplicaba san Pablo en relación con los carismas de su tiempo: "*No tiréis nada. Cribadlo todo y quedaos con lo bueno*", Tes 5,19 y 21

Marta crítica para sí misma, como los auténticos místicos formados en la escuela de san Juan de la Cruz, colocaba la privación de favores por encima de los favores. Un día en que yo le hablaba del "anillo místico", la alianza nupcial de oro que algunos ven en su anular y que algunos pintores representan, me dijo: "Es el signo de un desposorio eterno. Creo haberlo visto una docena de veces pero es mejor no verlo." Su proceder en todo era ir más allá de lo accidental para llegar a lo esencial, ir más allá de los símbolos. A todos despedía con las palabras de su gran oración: "*En el eterno amor y en la unidad*".

Viéndola tan ignorada, tan desconocida en nuestro siglo de ciencia, sospechosa igualmente para los sabios y los clérigos, llegué a decirme cuán curioso es que la humanidad, en este final de un siglo incomparable, gaste miles de millones para enviar lanzaderas espaciales al vacío para explorar astros sepulcrales, para conocer mejor el cerebro, el embrión, las relaciones del espíritu y la materia, para curar el cáncer; y que descuide el examen de este caso único en su género, que podría acrecentar nuestros conocimientos y nuestros poderes. ¿Cómo vivir en estado de ingravidez, de hibernación o sin alimentos? ¿Cómo sobrevivir en las catacumbas atómicas? Aun más, ¿cómo desensombrecer la muerte, explorar el más allá de la muerte? Es por todo esto por lo

que encaré la tarea de componer este libro algunos años después de la muerte de Marta, pensando que no tenía derecho a callarme y que era preciso en este proceso aportar un testimonio largamente reflexionado.

Para comprender mejor por qué haya sido este mi destino conviene retroceder tres pasos, como el león, y colocarse al principio tan lejos como sea posible. Así he elegido para presentar este retrato un testimonio paradójico: el de un filósofo descreído, médico de Anatole France, y el más extraño posiblemente al cristianismo, ya que negaba la existencia histórica de Jesús. El Dr. Couchoud era amigo de Marta; y fue este Mefistófeles quien me condujo a mi pesar a su casa. Lo voy a contar. Después iremos nosotros. Poco a poco nos elevaremos hacia su misterio que es también el nuestro, en este umbral del tercer milenio en que vamos hacia lo desconocido.

2. EL VISITANTE DE LA TARDE

Sobre Marta Robin yo tenía en primer lugar una idea confusa llena de sospechas. Había leído a George Sand en *La Petite Fadette*:

*¡Fadette, Fadette, petit Fadette!
Prends ta chandelle et ton cornet,
j'ai pris ma cape et mon capet
toute follette a son follet.*

No deseaba llegar a ser el tontuelo de aquella tontuela.

Fui largo tiempo prisionero sin gloria, y al barracón donde languidecía por el mes de marzo de 1944, llegó uno de mis primos, Claudio Staron. Tenía un humor desesperado. Cada tarde me repetía: "No saldremos de aquí"; pero añadía por lo bajo: "Mi mujer conoce una muchacha que le ha dicho que yo no reventaré aquí". Cuando fue necesario abandonar el IV D, partir con los sabuesos de la Gestapo hacia un destino desconocido, me encontré con mi primo en el camino. Me repetía la enigmática frase: "*Ella* dice que no reventaremos aquí". Como yo cayera en una zanja en el camino de Colditz, Lucien Pousel me dijo también: "Dios no te ha hecho para morir en una cuneta de la Baja Lusace".

Volviendo a Saint-Etienne visité a la mujer de Claudio, mi prima Isabel, la que había recibido el oráculo. Se ofreció para conducirme a Châteauneuf-de-Galaure. Pero la ciudadela estaba guardada por un cancerbero, el P. Finet, quien juzgó indeseable mi presencia. El destino velaba, o mejor, *ella* velaba sobre mi destino, poseyendo esa facultad de imantación que permite a los privilegiados (los inspirados, los políticos, los grandes amantes) atraer hacia sí los seres de quienes tienen necesidad. Se me ocurre muchas veces pensar que ella soñaba oscuramente en revivir, después de su muerte, en un relato que versaría sobre ella y que el libro que escribo en este momento estaba oscuramente presente en sus sueños.

Vivía entonces en Francia el más libre de los librepensadores, un descreído radical, un negador muy dulce y apacible, absolutamente seguro de sus hipótesis, discípulo de Spinoza, sobre el que había escrito: Paul-Louis Couchoud, filósofo, exégeta, médico. Había estudiado con rigor la *lógica* inmanente a los problemas que la inteligencia plantea sobre Jesús. Es conocido por haber sido consejero de Anatole France, el fundador de una colección anticristiana con Rieder, el organizador del homenaje jubilar a Loisy en el Colegio de Francia.

Su originalidad consistía en no haber admitido jamás la existencia *histórica* del Nazareno. ¡Cuántas veces me dijo con su dulce sonrisa de esfinge: "Yo admito todo el *Credo...* salvo *sub Poncio Pilato!*" Al mismo tiempo me decía con aire grave, profundamente atento, casi doloroso: "*Jesucristo es el mayor existente de la tierra, ¡cuánta gente desde hace dos mil años ha muerto por Él! Ahora mismo ¡cuántas almas no viven sino para él!*"

Sin coincidir nunca, nuestra lógica sobre el tema de Jesús era análoga. La razón crítica le hacía oscilar entre dos hipótesis, de las cuales una era la de Renan, según la cual Jesús fue un hombre casi divino exaltado por la imaginación. La otra hipótesis era la solución de Strauss y de los hegelianos; la que en nuestros días inspira a los discípulos de Bultmann: Jesús es un dios mítico, pero al que se provee de una historia verosímil para que sea aceptable al pueblo. En el primer caso Jesús es *un hombre convertido*, por así decirlo, *en Dios*. En el segundo, Jesús es *un dios convertido en hombre*. Pero en

ambos casos no se puede admitir la verdad del testimonio evangélico. Y Couchoud decía que sólo los católicos pueden tomar el Evangelio "en su pleno sentido, sin hacer con él una *arriesgada selección*".

Esto sería la solución más científica; pero, añadía Couchoud, "para adherirse a los Evangelios en su sentido histórico, hace falta tener fe; y ésta no está en mi poder". Couchoud hacía palpable esta paradoja: que sólo los creyentes pueden aceptar a Jesús como histórico y ser fieles a la experiencia total. Pero hubiera sido preciso admitir la Encarnación, que era para él un misterio impenetrable ¿Esperaba quizás encontrar un día alguna estrella que le guiara en su noche?

En este espíritu hipercrítico se sobreponía un agudo sentido del sufrimiento humano. Couchoud buscaba a los pintores que habían representado al Crucificado. Había escrito un erudito estudio sobre un Cristo conservado en Saint-Antoine-en-Verinois, en un paisaje que domina el bajo valle del Isere. "Esta pequeña población sin renombre conserva un marfil de una belleza notable, y os lo voy a describir –me decía él–. El brazo retorcido está dislocado, la palma se distiende por el dolor, el dedo cordial está rígido, los otros se doblan; la axila se ahonda, el gran pectoral está tirante, el tórax ansioso, el vientre hundido, los muslos extenuados, la faz demacrada, las rótulas salientes, las piernas afiladas, los gemelos contraídos, los pies hinchados y deformes por el clavo que los atraviesa. He aquí lo que una mano hábil ha palpado, tocado, pensando antes de realizarlo con una compasión infinita por el cuerpo del Crucificado".

Y movido por la precisión de un médico, al mismo tiempo que por la ternura, Couchoud me describía el marfil: "El escultor sin duda ha profundizado en el salmo 22, que Vd. conocerá sin duda, en el cual están descritos los sufrimientos de Jesús, o por mejor decir, gritados sobre un arpa por un enfermo que yace en una grada del templo de Jerusalén".

Él me hablaba de la profecía de Isaías que anuncia al varón de dolores. Suponía que el anónimo escultor había escuchado el relato de la Pasión. "Este escultor tenía que ser a la vez un médico y un místico, experto en anatomía y, a la vez dotado de inspiración. ¿Cómo se conjuntaban en este desconocido estos dos contrarios?" Cosa curiosa, Pablo VI me hizo las mismas observaciones: deseaba un crucifijo realizado por un pintor anatomista informado de los sufrimientos de un crucificado. Pidió un crucifijo así a su amigo Scorcelli. Y este crucifijo, ("*la frente hundida hacia un lado, los brazos soportando el peso del cuerpo, como lo imagina Víctor Hugo*") es el que los papas llevan en lugar del báculo y vemos en la pantalla en los viajes de Juan Pablo II

Couchoud era agregado de filosofía, antiguo alumno de la Normal, doctor en medicina. Él fue quien hacia el año 1950, atrajo mi atención sobre los escritos de Bultmann del que él profetizaba que inspiraría la exégesis del siglo XX.

¿Cuál es la idea de Bultmann? Que la imagen de Jesús escrita en los Evangelios es la proyección de la primera tradición de las comunidades. Pero Bultmann, penetrado de la filosofía de Heidegger, había abandonado la *esencia* por la *existencia*, encontraba en el Evangelio las angustias del hombre contemporáneo. De las obras de Bultmann se desprende la idea de que para comprender bien el Evangelio hace falta *revivirlo*, reencarnando a Jesús en las experiencias de la propia vida. ¿Hubiera quizás añadido que es necesario frecuentar el trato de esos seres que en algún aspecto se parecen a Jesús? Lo cierto es que en el Dr. Couchoud el *sí* y el *no* estaban presentes a la vez. ¿Hasta qué punto la afirmación y la negación se reforzaban mutuamente? No lo sé. Lo que sé es que una tenía necesidad de la otra. Esto era el tormento de su vida y lo que le condujo titubeando como un ciego o un sonámbulo hacia la habitación de Marta Robin.

Le visité muchas veces en Vienne. Contemplé su mirada inexpresiva, un tanto búdica, un poco desengañada; su mirada apagada y sin embargo ansiosa. Couchoud había sido seducido por el budismo, del que había sentido la dulce fuerza en el Japón. Me decía que en el siglo VII de nuestra era, mientras los reyes merovingios merodeaban por la campiña transportados por bueyes, las artes florecían en el Japón donde el refinamiento de las costumbres alcanzaba el de la Francia de Luis XV. Me decía que el budismo era una metafísica profunda que juntaba la idea de renuncia a la de una bondad universal. Pero pensaba que la mística cristiana era superior por razón de su interés por el sufrimiento humano. Me citaba este adagio:

*"Si ta souffrance est trop dure,
Le Christ avec toi l'endure".*

*(Si tu cruz es muy pesada,
con Cristo se hace liviana)*

Mas, ¡ay! este Cristo *histórico* no existe.

Tales eran mis relaciones con Couchoud cuando recibí una carta pidiéndome que interviniera ante las autoridades religiosas para que se le permitiera visitar a cierta persona llamada "Marta Robin" que vivía en un pueblo de la Drôme.

Couchoud se había interesado siempre por el problema del comienzo originario de una religión. Creía que el origen estaba en un fenómeno real, aunque "paranormal", que había impresionado la imaginación. Vivía en Vienne. Le parecía que Marta era la persona más próxima geográficamente para ayudarle a comprender cómo comienza un movimiento religioso; pero no había tenido más éxito que yo para conectar con Marta. El P. Finet desconfiaba de Couchoud tanto como de Guitton, y sin duda, por razones análogas. Couchoud estaba persuadido de que, si yo intervenía a su favor ante el arzobispo de Lyon, la barrera sería levantada. Por cumplir con él me decidí a escribir al cardenal Gerlier, quien ordenó al P. Finet que recibiera a Couchoud y le presentara a Marta Robin.

Así, entre Marta y Paul-Louis se fue tejiendo lentamente una muy tierna amistad, la cual, sin duda, ligaba al más grande ateo exégeta con la mística más singular. Ahora voy a intentar reproducir la conversación que tuve con Couchoud a propósito de Marta, tal y como la anoté aquella misma tarde.

Las puertas todas de ese castillo inaccesible se abrieron gracias a la intervención de Vd. Se lo quiero agradecer exponiéndole cómo me represento la aventura de Marta Robin.

Siempre han existido en la Iglesia Cristiana estigmatizados, como siempre ha habido enfermos mentales. Los primeros eran dejados en libertad, a los otros se los encerraba en los manicomios. Desde el punto de vista médico un estigmatizado es un sujeto que, a causa de la fragilidad de sus vasos sanguíneos, presenta fenómenos análogos a los del sudor o a las reglas de las mujeres: la piel de estos individuos sangra. Cuando estos sujetos son cristianos, cuando están penetrados por el deseo de llevar en sí la imagen del Salvador, entonces esta imagen obra sobre su cuerpo fenómenos de sigilación. Si se reflexiona sobre la Pasión de Jesús se ve que ésta parece haber afectado a todos los lugares donde puede alojarse el sufrimiento. Frecuentemente nos contentamos con pensar en la coronación de espinas, en la flagelación, en la herida del costado; pero la atención puede ponerse en la espalda, sobre la marca que pudo dejar en el hombro el

peso de la cruz. Asimismo si se reflexiona en las manos o en los pies se llega a evocar los clavos. Mas volvamos a Marta.

A los 16 años y después a los 26, y más tarde a los 36 (si me enteré bien) ella conoció crisis de parálisis y fenómenos de catalepsia. Su parálisis, lejos de ser una parálisis parcial, afectaba a todos sus miembros. He creído entender que muy pronto había tenido la imposibilidad casi absoluta de hacer cualquier movimiento. En particular no podía tragar porque los músculos de la deglución estaban bloqueados. Yo observé que estos músculos parecían entreabrirse de pronto cuando recibía la hostia a no ser que, como decía el P. Finet, la hostia pase a través de sus labios y su laringe cerrados, lo que no he podido constatar por mi parte.

Lo cierto es que Marta hacía un esfuerzo extraordinario para hablar. Y, como todo esfuerzo para expresarse es fructífero, (ya lo había yo constatado oyendo a Bergson), ella hablaba muy bien. Como la luz le era insoportable, Marta tenía que vivir en una noche absoluta. Evidentemente no puede tomar ningún alimento. Es, en mi experiencia de médico psicoanalista, un caso único de lo que gustosamente llamaría "*minimum vital*". Es necesario advertir que esta capacidad de no alimentarse tiene una ventaja: pues que ni come ni bebe, como no ejercita ningún sentido, en particular el de la vista, ella hace una gran economía de fuerzas nerviosas especialmente de la energía que se derrama a través de la retina cuando captamos la luz.

He aquí el primer aspecto de mis reflexiones referentes a Marta. Paso ahora, con su permiso a un segundo aspecto que es más importante.

Esta pequeña campesina es una mujer superior. Esto me impresionó ya en nuestro primer encuentro y aún más en mi segunda visita. La enfermedad ha "concentrado" a Marta. Debo hacer notar a Vd. un detalle que había omitido: Marta no duerme. Ella pues, *piensa* sin descanso. Es sólo cerebro, tal vez uno de los cerebros más ejercitados de nuestro planeta.

No es más que un cerebro, pero un cerebro que reflexiona. Cuando digo que "reflexiona" o que "medita", tomo estos términos en el sentido más original. La mayoría de nosotros decimos que reflexionamos o pensamos, o también que rezamos, pero nuestro pensar es un vago ensueño, la oración no es meditación: es un ronroneo, Marta profundiza. Esta pequeña campesina francesa ha reflexionado largamente en los medios para ella disponibles, a pesar de su inmovilidad, para actuar en el mundo.

Así ha comprendido que no podía estar sola; que tenía necesidad de un socio que la dotara, no tanto de los medios materiales, sino de la cultura que ella no tenía. Por este "ángel" poco a poco ha logrado adquirir un lenguaje notable por su claridad, su firmeza, su densidad, su exactitud.

Le voy a sorprender: ¿sabe Vd. en quién pienso cuando estoy con ella? Apenas me atrevo a decirlo: pienso en Pascal. Marta es un espíritu del mismo tipo, algo más sencillo. Lo que ella dice es neto de contorno, sobrio, exacto, cortado. Junto a esto, una memoria de elefante sobre los más pequeños detalles. Y siempre eso que en Francia llamamos '*L'esprit*' (finura, agudeza) y que no es amargo, sino sazonado con humor y jovialidad. Marta tiene una extremada desconfianza para lo que se puede llamar maravilloso. Y no obstante, lo maravilloso crece a su alrededor como la mala hierba que ella quisiera eliminar. Pero no puede impedir que crezca: los que la rodean cultivan esta grama.

Pero desde mi punto de vista, lo maravilloso en Marta es precisamente que no hay nada "maravilloso" en el sentido propio del término. O más bien, puedo como lo aconseja Husserl, poner lo "maravilloso" *entre paréntesis*. No me quedo de Marta más que con su pensamiento. Pues éste es "razonable". Marta es ingeniosa, es eficaz, busca el verdadero bien de los hombres. Porque esta mujer que no es más que un cadáver, que está agonizante, quiere tener una actuación planetaria: le diré inmediatamente cómo. Muchos santos, muchos místicos han tenido la idea de una acción universal, pero ordinariamente no la imaginaban con claridad en sus diferentes aspectos. O se lo encomendaban a sus seguidores. Querían que el amor reinara sobre la tierra, pero no nos dicen cómo. Tal cosa no es así para Marta. Esta tiene una imaginación de estrategia y de estrategia eficaz.

Su plan es que, para que el amor reine sobre esta tierra a finales del siglo XX, hace falta aproximar las clases sociales, hace falta suprimir los conflictos de clase. En particular, hace falta juntar los patronos y los obreros, sacerdotes y laicos, hombres y mujeres, obispos y fieles; mezclarles en una misma cacerola, echarles en un mismo crisol, hacerles vivir juntos como en las primeras comunidades cristianas.

¿Qué hacer para conseguir esto? Muy sencillo. Se seguirá el sistema inventado por san Ignacio de Loyola, el sistema de los "ejercicios espirituales". Pero se buscará que en estos "ejercicios espirituales" todo el mundo esté mezclado y se impondrá el silencio. Se multiplicarán estos "ejercicios" que se llamarán *foyers d' amour* (hogares de caridad) por toda la tierra. Y a partir de estas chispas quizás un día podrá hacerse un brasero. He aquí la idea principal de Marta.

Tiene además otras ideas accesorias que me ha dicho. Por ejemplo, propone construir una fábrica en la que debido a su estructura arquitectónica, que habría que inventar, se favoreciese la comunión interclasista.

Pero para ayudarle en esta obra hace falta encontrar un guía dotado de cualidades contradictorias. Debería ser culto, piadoso, muy al corriente de la espiritualidad; debería ser, sobre todo, un hombre de negocios, un personaje balzaquiano. Marta pensaba también que este carácter de hombre práctico era primordial. Para la piedad, la cultura religiosa, los buenos consejos, pensaba que no tenía que buscar lejos de su pueblo: la mayor parte de los curas rurales podían ayudarla; durante muchos años su cura le fue suficiente. Era visitada. Los sacerdotes vecinos se contaban entre los visitantes. El obispo de Valence no se pronunciaba. (A un obispo no le puede gustar que un fiel se declare en comunión inmediata con el cielo. Desde luego, la Iglesia es sabia: espera la muerte de los santos para honrarlos).

Vivía por aquel entonces en Lyon un sacerdote nacido de una familia burguesa, —me han dicho que su padre era orfebre—. El tal era un hombre cuadrado, (o mejor, yo diría redondo) dotado de un gran talento para los negocios, para las colectas. Quizás Marta había oído hablar de él. Lo que es seguro es que se encontraron y, como dice Saint-Simon, "sus dos sublimes se amalgamaron". Los encuentros de este género abundan en la historia de los seres excepcionales que parecen atraerse como por cierta gravitación. Piense Vd. en Juana de Arco y Carlos VII y también Bonaparte y Talleyrand. Y nosotros dos, nosotros nos hemos cruzado, yo, que no creo en la historicidad de Jesús y Vd. que ha escrito tanto para que sea admitida.

A partir de este encuentro, el P. Finet dejó todo para instalarse en Châteauneuf y comenzó a construir sin tener ningún dinero, que le llegaba sobradamente cuando menos lo esperaba. He charlado con su arquitecto que me contó un caso tomado de entre muchos otros. Era el 1936, estaba a punto de declararse en quiebra. Hacían falta

170.000 francos. El arquitecto dijo al P. Finet: Padre lo que nos espera es la prisión". El P. Finet sonrió. Recogió el correo. Abrió las primeras cartas que se habían acumulado durante su larga ausencia. Allí se encontraban 170.000 francos, más todavía.

Esto que narro es común en los grandes promotores de la caridad. El oro cae del cielo como el maná, a condición de que no lo hayan buscado de antemano y que hayan confiado total y solamente en Dios. Esto lo había enseñado Jesús cuando dijo: "Buscad primero el Reino de Dios y todo se os dará por añadidura".

Llego ahora a narrar mi visita a Marta, y dejo para el final de nuestra charla las consideraciones médicas y místicas.

Voy a darle una idea de la casa de Marta. Es una casa muy sencilla, es la de sus padres, una pequeña granja. Para llegar allá, durante dos kilómetros he contemplado un paisaje que es una llanura encuadrada de una parte por los Cevennes y de otra por el Vercors. Hago notar de paso que los campesinos de este país no son practicantes. Hay pueblos irreligiosos donde los niños están sin bautizar.

Llegamos a la casa de Marta. Fuimos recibidos en una sala campesina. Late un reloj en un rincón. Atravieso un corredor oscuro y al fin me encuentro en una oscuridad total. El Padre enciende una bombilla y me señala una silla. Poco a poco voy distinguiendo una forma pálida que atraviesa la tiniebla: es el rostro de Marta.

Todo sucede como si únicamente existiera ese rostro. De él brotan algunas palabras. Compruebo que Marta está en una cama de forma cuadrada, que una de sus piernas está doblada en arco y la otra encima de la primera. La voz es fina, dulce, clara, a veces cálida.

Me aconseja que, al escribir mi libro sobre la guerra y la paz, ponga las fichas una al lado de otra "de modo que sean traspasadas por una inmensa esperanza". Estas palabras "traspasadas por una inmensa esperanza" fueron pronunciadas con una voz más fuerte, que contenía, por decirlo así, ya realizada la esperanza. Tal es, por otra parte, el don de los profetas: darnos la impresión de que el porvenir existe y que está lleno de dicha.

Después de hablar de mis dificultades como escritor, entré en un asunto más íntimo. Le dije: "*Marta, yo no tengo fe*". Entonces ella me respondió: "Bien, yo os llevaré, pero Dios no quiere que se entre por la ventana cuando hay una gran puerta abierta", añadió... Un silencio. Después dijo: "Por lo demás, Vd. no le buscaría si Él no le hubiera ya encontrado a Vd.". Estas fueron sus palabras; creí comprender que ella citaba a Pascal. Luego me preguntó cuál era el tema del libro que yo estaba escribiendo. Le dije: "Es un libro sobre la paz". "¡Ah! –me dijo–. ¡Qué bien habéis hecho! Haced el libro, hacedlo pronto". Entonces le hablé de mi hija, que es farmacéutica, y que investiga sobre los antibióticos. Mi hija intenta encontrar un hongo capaz de combatir la gripe a modo de la penicilina. Ha tomado por objeto de estudio la clematite salvaje. Marta entonces me habló largamente de las flores salvajes que hay en su país y que conoce por su nombre.

En el mes de noviembre siguiente volví a verla. Estuve durante una hora solo con ella. Se acordaba de toda nuestra conversación del mes anterior, preguntándome al principio por la clematite salvaje y los antibióticos.

Después me atreví a decirle: "¿Sabes, Marta, que me has ayudado a rectificar un pensamiento de Pascal? Tú citaste, a propósito de mis dificultades para creer, un célebre pensamiento de Pascal, diciéndome: usted no le buscaría sí él no le hubiera

encontrado ya a usted. Pero Marta, lo que tú no sabes es que has citado a Pascal erróneamente.

Pascal escribió: *"Tú no me buscarías si ya no me hubieras encontrado"*. ¡Habéis corregido a Pascal! Es posible que Pascal haya tenido un lapsus. Cuando edité los *Pensamientos* hice notar que cuando tenía prisa con frecuencia ponía una palabra por otra".

Entonces Marta me dijo: "Pascal no pudo escribir: *"Tú no me buscarías si tú no me hubieras ya encontrado"* porque Pascal no puede decir algo que es evidente. Pascal quiso decir que Dios nos busca Él primero. Leed los Hechos de los Apóstoles. Ved cómo sucede la conversión de san Pablo. El primero que actúa es Dios. Él comienza antes que nosotros.

Este fragmento de conversación da idea del don de Marta, que es poner el dedo sobre lo que es esencial.

Marta me contó que después de mi última visita se habían construido en Châteauneuf dos escuelas. La encontré fatigada, menos animada que la vez anterior. Su voz era débil. Me dijo sencillamente: "No estoy muy valiente".

Os había prometido algunas observaciones fisiológicas. Helas aquí: Los estigmas no presentan problemas. Son alucinaciones de la piel, como ya os he dicho. Lo que plantea problemas es la ausencia de alimentación. He preguntado si se daban a Marta hostias más grandes que las habituales. Se me contestó que eran hostias ordinarias. Se podría explicar su *inedia* por superchería; pero cuando se conocen los lugares, las personas, la distribución del día, la cosa parece totalmente inverosímil; y además, los que rodean a Marta no insisten en este punto. Recuerdo que Marta me dijo: "¿Qué me impide hacerme una taza de leche si estoy en mi granja?" Aun más inexplicable, a mi juicio, es la falta de sueño. Marta no duerme, salvo durante el éxtasis que sigue a la comunión. He podido ver su foto en tales momentos: es el sueño de la felicidad.

Marta está muy informada sobre la vida mística, pero su formación piadosa es elemental. No tiene devociones particulares. Suele decir: "Dios y Cristo". Es suficiente. Para la Virgen, ternura; pues ella nos ayuda y nos ama.

Habíamos hablado de asuntos graves, se le anuncia la visita de una vecina lugareña. Me dice: "Oh, Sr. Couchoud, ahora la cosa va a ser fácil", como si lograra un enorme descanso.

¿Qué conclusión sacar? No otra sino que he visto una de las personas más extraordinarias de este planeta. ¿Cómo imaginar su porvenir? Después de su muerte el Santo Oficio se ocupará de ella. O bien la clasificará entre los místicos dudosos o bien la colocará entre los valiosos. Bajo mi punto de vista esto no tiene importancia. El mundo siempre ha vivido de unos pocos. *'Paucis vivit genus humanum'*.

Os diré confidencialmente que de lo que dudo mucho es que Marta haga milagros. Lo que he apreciado de ella es su desapego en relación a sus estados de conciencia. Un día en que le decía: "Marta tú eres un cerebro", ella me respondió: "¿No creéis que también soy un corazón?"

Si bien Marta es presa del sufrimiento, ella ha superado el dolor. No le duele sino la ausencia de Dios, que es para ella un "infierno". Pero entonces la presencia de Dios le llega como una brisa fresca, como una mejilla de niño sobre su mejilla.

Olvidaba referirme a un aspecto innegable y raro de su vida. Como se cuenta del cura de Ars y de su famoso "grappin", Marta es arrinconada, pero no vencida por un contrincante extraño, una suerte de mal espíritu, de *Poltergeist* que le hace jugarretas desagradables, como si él estuviera desesperado. He observado estos mismos fenómenos en la vida de muchos místicos. No encuentro la significación. Pero como dice Shakespeare, hay muchas cosas en este mundo que no explica nuestra filosofía. Y me gustaría leeros un pasaje de Paul Valery. Lo rubrico gustoso. "Los hombres verdaderamente grandes están totalmente cercanos a los otros por lo mismo por que están alejados de ellos hasta el infinito. Pues ellos conservan en su relación con las cosas profundas y difíciles que forman su intimidad la misma sencillez y facilidad, siendo con ellas lo que son con todo el mundo: familiares, delicados y verdaderos". Yo he tratado a Anatole France, el mayor ingenio de este tiempo y puedo decir que Valery tenía razón.

"Un abrazo", –me dijo Marta–. Yo la abracé y al besarla en la frente vi una gota de sangre. Así acabó el visitador de la tarde.

Poco tiempo después el Dr. Couchoud me envió estas líneas: "Tengo a Marta por una inteligencia luminosa, en el centro de una experiencia privilegiada y un inaudito sacrificio".

Me acuerdo también que estando solo con él y hablando de Marta en la estación de Vienne, mientras el tren arrancaba, me recitó estos cuatro versos, últimas palabras que recogí de sus labios:

*Lo que tú ignoras, yo lo ignoro
Lo que tú sabes, querría saberlo,
De lo que rezas, me llega un efluvio.
No me olvides, ¡oh viviente!*

3. LA HIJA DE LA PLANA

Marta Robin ha vivido *inmóvil*, en el centro de un círculo de montañas lejanas, los Alpes y los Cevennes, que parecían velar sobre ella y contemplarla. Para ir a verla era preciso atravesar un paisaje silencioso, sosegado, solemne, inmóvil él también. David se representaba el país de Judea como empujes surgidos de la tierra y petrificados repentinamente, "las colinas como cabritos".

Lejos de mí la idea de explicar a Marta Robin por su tierra, su entorno o su medio. Tendría más bien la tentación contraria: la de concebir que, en el misterio del destino personal, todo pasa como si la tierra que debía sostener a Marta hubiera sido elegida a la vez para manifestarla y para disimularla, a la manera de la custodia que expone y oculta la hostia. (Algo así deseo hacer en este libro). Yo tenía tal idea confusa mirando la sierra de los Dômes, imaginando una relación entre el genio de Pascal y los volcanes apagados. Estas suposiciones son gratuitas, irrefutables. Pero ¿qué es el espacio? ¿Qué es el tiempo? El Ordenador de las circunstancias es dueño de su disposición. Concebimos el tiempo como el lugar de las cosas sucesivas cuando nada sucede sino en la simultaneidad. Y no será sino en el último día cuando sabremos por qué el Señor de los destinos ha querido que nosotros vaguemos por aquí o por allá, sobre esta montaña, en esta semillanura o en tal valle.

Estamos en los límites de la Francia céltica con la Provincia romana, en este conjunto antes llamado "Rhone~Alpes" que comprende la duodécima parte de Francia y ocho de sus departamentos. Los Alpes, trabajados por los glaciares, han sido atravesados por el Ródano, que ha cavado su surco con rabia antes de perderse en el mar sin mareas: surco a veces amplio a veces angosto, como en Donzère. El valle del Ródano es una frontera lingüística entre las tierras germánicas y el país latino, entre el clima del norte y el del mediodía. Leyendo a F. Braudel he comprendido que el aspecto atormentado de esta tierra se explica por el Mediterráneo, este mar entre mares, rodeado de ásperas montañas, en una zona de plegamientos y fracturas terciarias que cruzan el mundo antiguo desde Insulinde a Gibraltar. Se dice que Galaure vio pasar los elefantes de Aníbal

Un visitante alemán de Marta me decía que, en su nostalgia de los países del Sol, sus pensamientos se iban hacia Grecia, Italia y sobre todo a Francia "donde se encuentran las costas más variadas y todos los mares". Añadía que en la Provenza un alemán puede descubrir, como Heidegger, aquello que más le falta. "Donde vive Marta, vuestra Francia es provenzal. Si yo fuera Mistral celebraría en ella la hermana doliente de Mireille". Nos encontramos no muy lejos de la llanura del Po, la patria de Virgilio. Como Virgilio yo podría decir: "He cantado los pastos, los campos, los jefes" (*Cecini pascua, rura, duces*), "He cantado una tierra, una raza concentrada en una sola mujer, inspiradora de jefes".

Debo decir unas palabras sobre las primeras impresiones de su infancia, cuando su conciencia vocacionada al dolor estaba sumergida en la dicha.

Su comarca se llama "La Plana". A decir verdad, no es una llanura ni aun una penillanura sino una meseta barrida por el viento, recorrida por caminos poco visibles, que semejan surcos. Las casas se ocultan tras los ribazos. Sobre este altar de piedra, en ofrenda a las constelaciones, velan los Cevennes y los Alpes. En el tiempo claro se pueden ver la Chartreuse, Belledonne y el Vercors; y volviéndose al oeste, el Gerbier-de-Jonc, el Mezenc y el Pilat.

En mi país de Creuse, más allá de la penillanura, me sentía en otro tiempo atraído, protegido por el cono solitario del Puy-de-Dome. Pienso, aún hoy, que todo paisaje tiene necesidad de un Tabor. Tal es en Galaure el Mont Blanc, que en los claros días se divisa transparente y azulado, traspasado, como un cristal por la luz. Una compañera de Marta en su juventud, que maneja bien la pluma, se expresaba así y yo no quiero cambiarle nada:

"A veces el cielo está poblado de ligeras nubes, casi transparentes, cuyos contornos se hacen y se deshacen llevando tras de sí su sombra. A la puesta del sol, largas nubes deshilachadas suben del Ródano arriba como peces de oro. Al este, cada mañana un poco de viento fresco nos restituye el sol en las primeras horas. Vivimos de nuestro cielo y nuestros paisajes tanto como de nuestro pan y nuestra leche. ¿Qué decir de los claros de luna? También yo con frecuencia me he encontrado más cómoda en el torbellino de los elementos que sobre el asfalto".

Había en el centro de la llanura un chopo. Desde este chopo, decía Marta, se divisa la cuarta parte de Francia. El Mont Blanc no se ve siempre, mientras que el chopo solitario elevándose en el cruce de los caminos era un campanario laico, un enigma, una referencia. Ha sido reemplazado por un mojón.

La tierra de Galaure era, desde hacía muchas generaciones, un feudo de libre pensamiento, una de las regiones de la Drôme donde se encontraba el mayor porcentaje de no bautizados. Y los padres de Marta, sin ser anticlericales, mostraban bastante independencia. Su padre, José Robin, era un gran hombre, jovial, colorado, que iba a misa los grandes días de fiesta. La señora Robin era una mujer menuda, con la cabeza redonda, cubierta con un gorro. Se nos dijo que era callada, calmosa, que le gustaba mucho reír. Los Robin tuvieron seis hijos, la última Marta.

Me falta hablar del pueblo de Châteauneuf-de-Galaure, donde estaba la escuela, el mercado, el comercio. La vida de Marta transcurría entre la villa y su granja, pasando a través de la llanura cerca del chopo. Como la escuela libre había cerrado sus puertas, ella con sus hermanos y hermanas hacía en almadreñas por los atajos dos o tres kilómetros mañana y tarde. La villa, como todas las villas, tenía su notario, su consejo general, sus burgueses en sus jardines, su hotel para viajeros, sus artesanos que trabajaban los días de mercado hasta sobre las aceras. El remendón golpeaba sobre las suelas mientras cantaba. La calle olía a cuero quemado, a virutas recientes, a pan caliente o a café tostado. La plaza se abría un tanto en declive, con su fuente, su árbol de la libertad. Allí se ponía todos los miércoles el mercado y, a veces los domingos, un concierto de la banda.

Marta-Luisa Robin había nacido en 1902 en la casa de sus padres. Fue bautizada no en la iglesia de Châteauneuf, sino en la de Saint-Bonnet de Galaure, que era entonces parroquia. La sepultura familiar se abrió cuando ella no tenía más que 20 meses porque el agua contaminada de un pozo de la Plana provocó una epidemia de tifoidea. Su hermana Clemencia murió el 1903, Marta estuvo enferma y quedó con delicada salud. Faltaba a clase. También en 1912 el cura preparó a ella sola para la primera comunión privada que tuvo lugar el 15 de agosto. Marta decía que esta primera comunión había sido una toma de posesión, que "el Señor se había adueñado entonces de ella de una manera muy dulce". Dos años después, el 21 de mayo de 1914, hizo su comunión solemne. Y aquí finalizó su formación catequética. A la par dejó la escuela para dedicarse a las labores del campo.

Entremos en su casa. Contemplemos el lavadero bajo los sauces llorones, un paseo de viejos árboles, los cerezos y los ciruelos a lo largo del camino, la charca donde el ganado se abreva.

La amiga de Marta, fina observadora, escribió: "Un gran prado limita la casa por dos lados. En junio el heno, como un oleaje, batía los muros: un tapiz ligero de gramíneas donde flotaban las corolas de las margaritas blancas, las salvias azules, mocos de pavo y barbas de chivo amarillas. Sobre los bordes se recogía la briza temblorosa para nuestros ramilletes de invierno. Al otro extremo, una pequeña fuente donde nosotras vamos a coger agua fresca en verano, una pila donde las mujeres venían a aclarar la ropa, otra pila donde se ponía a remojar el cáñamo. Al borde del arroyo se podían recoger miosotas color azul cielo, y extrañas onoquiles purpúreas. El jardín me parecía como el sancta sanctorum de nuestro pequeño dominio. El contenía las preciosas esencias y las flores inútiles. Era bello al amanecer, todavía empapado en rocío; o a la tarde, bajo la sombra de los chopos. Allá nos deteníamos para gozar de la paz".

Marta amó siempre las flores, hasta el último suspiro. Cerca de la escuela de la villa había tulipanes de Virginia que hacían sus delicias; cada año se le llevaba de él un ramo en flor que ella olfateaba, al no poder verlo.

Su padre era bromista, y su madre era bromista; todo el mundo reía en aquella casa. A Marta le gustaba "tourner", es decir, bailar. En su casa se organizaban bailes con un acordeón. Se bailaba la polka, la mazurca, el vals, la grimacière, el saut-de-lapin. Marta debió escuchar canciones parecidas a ésta:

*"La Marion Sivat
se quería casar con el cura,
el cura de Chanas.
Así no me gustaría casarme a mí".*

Y también:

*"Vamos al bosque, Manette,
vamos al bosque.
Allí cogeremos nueces.
Manette, mi Manette.
Allí cogeremos nueces,
en el bosque, Manette"*

No debemos pensar que todo fuera siempre luminoso. Habla días de mal tiempo, cuando el viento del oeste, venido de Vivarais, levantaba oscuras nubes y los campesinos recogían de prisa el trigo y el heno; cuando los relámpagos zigzagueaban, cuando el cierzo norteño amontonaba el hielo en los taludes. También llegaban del sur aires de bochorno. Entre tanto el chopo solitario, enfrentado a los vientos se mantenía erguido.

4. EL HOLOCAUSTO.

En su primera parte, la vida de Marta no tuvo historia. En la segunda ella fue desarraigada del mundo, transportada más allá de la historia. Por pequeñas etapas, bien encadenadas, como si cada progreso del mal llamara a otro suplemento del mal, progresivamente avanzó hacia la parálisis (la muerte funcional) acercándose, sin alcanzarle, la muerte orgánica. Y estos progresos de la enfermedad se acompañaban de un progreso en el camino de la "oblación", sin que pueda señalarse lo que era la causa y lo que era el efecto.

El 3 de octubre de 1926, cayó en una especie de muerte aparente que duró tres semanas. Se supone esta muerte relacionada con una consagración que ella había hecho el 15 de octubre de 1925, festividad de Santa Teresa de Jesús, ofreciéndose como víctima de amor. ¿Por qué –según el P. Finet– había hecho esta "consagración"?

Algunos días antes del armisticio del 11 de noviembre de 1918 –me ha contado él– mientras Marta hablaba con su párroco, el Rvd. Peyre, de repente se calló en medio de una frase. Permaneció así 27 meses, sin hablar apenas, bebiendo un poco de té o café y no comiendo apenas nada. A comienzos de 1921, en febrero, de pronto Marta retomó su conversación con el Rvd. Peyre en el punto en que la había interrumpido. ¿Qué sucedió durante aquellos 27 meses de aparente inconsciencia que precedieron a su "consagración" como víctima? Un año después de esta consagración en la fiesta de Santa Teresa de Jesús, Marta fue de nuevo sumergida en un silencio de muerte en la primera fiesta litúrgica de Santa Teresa del Niño Jesús, el 3 de octubre de 1926. Marta ha confesado que entonces Teresa se le apareció tres veces, diciéndole que no moriría, que viviría y que ella continuaría su misión por medio de fundaciones a lo largo del mundo.

Todo va a suceder en su vida como si tuviera el don de atraer hacia sí, en el momento preciso en que tenía necesidad, a aquellos que podían considerarse necesarios. La historia de los elegidos presenta multitud de casos análogos. El amor es un azar en el que el corazón ha creído. En una especie de visión prospectiva Marta había adivinado, elegido, quién debía ser durante medio siglo su mentor. Quiero consignar aquí el detalle de esta visión.

El 13 de noviembre de 1930, hacia la una de la mañana, por un repentino corrimiento de tierra, la colina de Fourvière, la acrópolis de Lyon, santuario mariano, se desplomó. Me acuerdo perfectamente de mi emoción. El P. Finet era Vicario en la catedral primada, que está al pie de Fourvière. Con Herriot, alcalde de Lyon, intentó salvar a la gente. Diecinueve bomberos que colocaban sus escaleras sobre las fachadas fueron sepultados ante sus ojos, así como cuatro agentes. El se salvó de milagro.

Más tarde él llegaría a saber que, en esa noche del 13 de noviembre, Marta había rezado por él, seis años antes de conocerle. Más aún, había visto a un niño de cuatro años, el pequeño Lapicorey, que se hallaba por aquel entonces en agonía. El P. Finet, después de dudarle mucho por la edad del niño, le había dado la comunión. También más tarde Marta le diría: "Yo estaba junto a vos cuando decidisteis dar la comunión al pequeño. Hicisteis bien". El niño murió.

Todo cambió para Marta después de la primera visita que le hizo el P. Finet. Antes era una reclusa sin poder, una enferma sin irradiación. Tenía que permanecer solitaria, encamada, clavada por el dolor en su casa natal. Mas, por medio del P. Finet pudo hacerse presente planetariamente hacer "fundaciones". Sin él Marta no habría podido ser ella misma.

Ahora bien, el P. Finet (nacido el 8 de septiembre de 1898 en Lyon, ordenado sacerdote en 1923) era, como me lo describió P. L. Couchoud, un hombre nacido para la acción más bien que para la contemplación, ávido de responsabilidades y de sacrificio. Se le había puesto al frente de la enseñanza privada en una de las diócesis más vastas de Francia, que se extendía sobre dos departamentos, el Ródano y el Loira. Dirigía ochocientas setenta y dos escuelas privadas. Era también Vicario de la catedral primada. Como Deru, el ministro de Napoleón, él encontraba su equilibrio, su alegría en el trabajo agotador. Tales naturalezas están tanto más disponibles cuanto más sobrecargadas, sabiendo bien que, según un proverbio chino, en un tonel lleno de nueces se pueden siempre echar muchas libras de aceite. El incansable sacerdote siempre tenía tiempo disponible para una tarea imprevista, para hacer un nuevo servicio, para consolar a un desgraciado mudo; y así había aceptado predicar las 'elevaciones' sobre el misterio de María según la doctrina de Grignon de Montfort a algunas almas piadosas de Lyon.

¿Cómo definir a Grignon de Montfort, ese santo poco conocido en Francia, y al que tenía por maestro Pablo VI? Yo le clasifico entre los grandes líricos tales como Píndaro, Ángel Silesio, Novalis. Poetas místicos de lenguaje ardiente, oscuro, lacunar. Grignon ha sido el más popular y el más deslumbrante de los teólogos modernos de la Virgen, quien hizo accesible para las masas la doctrina del cardenal Bellure sobre María en relación con la Encarnación y la Trinidad.

Pueden decirse que existen dos métodos para hablar de la Virgen y su Hijo. El primero, más valorado entre los "reformados", que destaca las distancias: (¿Qué hay de común entre tú y yo?, dijo Jesús en las bodas de Caná). Sin embargo María consigue el milagro que Jesús parecía rehusar en Caná. Y una escuela teológica que tiene en san Bernardo su representante más célebre y en Bellure su teólogo más profundo destaca la función mediadora de María cerca del único mediador que es Cristo. En nuestros días un franciscano polaco, recientemente canonizado, muerto mártir de la caridad en Auschwitz en 1941, el P. Kolbe, había de dar a esta mariología un nuevo desarrollo en la línea de Grignon de Montfort.

Es extraña la manera como ha llegado a nosotros el pensamiento de este apóstol vendeano. Murió en 1716 bastante poco conocido. Había hecho circular clandestinamente sus escritos. Estos cuadernos fueron hallados casualmente en 1837. Se publicaron. Se trata del "*Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*" y "*El secreto de María*".

El secreto de su aceptación está en que estos libros enseñan un "medio breve" para llegar a la perfección: simplificar. Descartes había simplificado proponiendo en su *Discurso sobre el Método* un camino, aparentemente fácil, para conseguir lo más difícil, que es pensar bien, con buen criterio. Se puede advertir que los reformadores religiosos han sido atrevidos simplificadores: Moisés, san Pablo, Mahoma, Francisco de Asís, Wesley... Y en nuestros días Teresa. También los grandes artistas en su periodo último resumen, omiten, integran. Simplifican.

Sea lo que fuere, lo cierto es que la lectura de Grignon de Montfort simplificó la vida del P. Finet. Habiéndose consagrado a María, como Bellure, por un voto suplementario este sacerdote había decidido no rechazar ninguna petición que se le hiciera en nombre de María.

Por su parte, y en medio de su gran silencio, Marta Robin se acaba encariñando con la idea de que María, como en Caná, era la *medianera* entre Cristo y los hombres. Y como

a Marta le gustaban las imágenes, los iconos, había deseado tener una imagen de *María-Medianera* para la escuela de su aldea.

Pues bien, vivía entonces en Lyon cierta señorita Blank, quien en la capital de las Galias trabajaba sin notoriedad para las misiones. Marta, que la conocía, le escribió el 1935: "Desearía un cuadro de la Virgen para la escuela de Châteauneuf, pero no un cuadro de los que se ven corrientemente; desearía un cuadro de María-Medianera de todas las gracias". "Tengo lo que deseas –respondió la señorita Blank–. Poseo un magnífico grabado; mandaré que os lo *acuarelen*. Haré que le pongan un marco y que os lo lleven".

La buena señorita se engañaba cuando hablaba de un grabado "magnífico". Aquello no era un *cuadro*. Era un jeroglífico que era preciso interpretar, un *símbolo* en el doble sentido del término: los trazos del cuadro remiten a ideas, Este cuadro, como la medalla Milagrosa de Catalina Labouré, era un resumen sintético de la fe a la manera del Símbolo de los apóstoles

La Virgen está representada bajo la forma de una mujer con los brazos extendidos. Tiene corona, sobre la corona se ve una paloma en un fondo de irradiante luz. La luz baña lo alto del cuadro, representando la Plenitud increada. La Virgen lleva un manto azul. Este largo manto se extiende por la espalda descendiendo hasta los pies. Permite adivinar el cuerpo de la Virgen que no guarda proporciones: el cuerpo es diez veces mayor que la cabeza. La Virgen viste de blanco, como una monja el día de su profesión. En la cintura una delgada cinta de oro. El vestido cae hasta los pies marcando pliegues.

A la zona de luz sucede otra de sombras que representa el mundo sublunar. La Virgen une los dos dominios: el de la Plenitud increada y el del universo, como la Virgen de Rue du Bac. Ambos pies se apoyan sobre una esfera; una serpiente se agita retorciéndose mordiendo el talón. Un tallo brota de los pies de la Virgen y, cual si fuera un árbol de Jesé, sube hasta su corazón. Este corazón es una hostia. Alrededor del globo terráqueo un arco iris significa la alianza, la antigua y la nueva, la eterna alianza.

Cuando se contempla el cuadro desde cierta distancia, la figura virginal y maternal tiene la forma de una cruz. Hace falta cerrar los ojos y reflexionar para dar valor sagrado a este vulgar cuadro. Pero el método de Marta, como repetiré incesantemente, era el de rebasar, ir hasta "el sentido" a través de los signos. Es probable que ella encontrara muy bello el cuadro cuando lo vio.

Fue así como el P. Finet el 19 de febrero de 1936 buscó en el mapa el emplazamiento de Châteauneuf-de-Galaure. Lleva el cuadro. Hacia las 11 llega a Châteauneuf. Va a ver al cura y le pide entregue el cuadro a esa tal cuyo nombre aún ignora.

– ¿Deseas ver a mi feligresa?, pregunta el P. Faure. – ¿Cómo se llama? Marta Robin".

– ¿Y qué tal es? –"Un alma de *élite*".

Finet responde a esto que, a él, que confiesa a muchas mujeres de Lyon, tal definición no le dice nada. Sin embargo, por curiosidad o por dejarse llevar, Finet acepta ir a la casa de esa "alma de *élite*", acompañando al cura.

Eran las once y media. La madre de Marta estaba calentando la sopa. El P. Faure entró en la habitación de Marta, mientras que el P. Finet quitaba la envoltura y las cuerdas. El cura salió a decir que Marta deseaba que el P. Finet le llevara el cuadro, él mismo.

Entonces el P. Finet entró por primera vez en esa habitación a la que había de visitar miles de veces.

Marta admiró el cuadro. Se citaron para después de mediodía. Después de comer donde el cura, el P. Finet volvió a la granja. La visita duró tres horas.

Este fue el momento del destino, el instante eterno, la chispa, el germen del porvenir.

El lector caerá en la cuenta de que la intuición de Marta era análoga a la que iba a inspirar a los Padres del Concilio Vaticano II medio siglo más tarde.

Durante la primera hora, cuenta el P. Finet, Marta no me habló más que de la Virgen. Me hablaba de ella como de un ser pleno de misterio, con el que ella tenía relaciones de intimidad. La segunda hora fue impresionante. Marta, con un tono autoritario, como si leyese en un libro, me habló de acontecimientos que se iban a desarrollar en la historia. Algunos eran muy graves, muy duros, otros estaban llenos de esperanza y belleza. Me dijo (lo recuerdo muy bien) que habría en la Iglesia un *Pentecostés de amor*. También me dijo que la Iglesia iba a rejuvenecerse por el *laicado*.

Marta insistió mucho sobre este término, bastante nuevo, *laicado*. Me repitió que el *laicado* debía jugar un papel capital en la Iglesia del futuro. Cuando decía esto estaba llena de alegría. Decía que la Iglesia se iba a renovar. Hablando del laicado insistía en la urgencia de encontrar los medios de formación de este laicado".

Estos medios los definía en términos que Finet recogía sin comprenderlos; si bien eran muy sencillos: Crear "*hogares*", "*hogares de luz*", "*hogares de caridad*", "*hogares de amor*".

Entonces el P. Finet suspiró: "Señorita, esto todavía no está hecho". Marta no escuchó. Y precisó: "Consistirá en un laicado consagrado, no será una orden religiosa. Estos hogares serán dirigidos por sacerdotes. Resplandecerán en el mundo entero. Serán la respuesta de Cristo después del fracaso material de los pueblos". El P. Finet callaba...

Pasó la segunda hora. En la tercera hora, Marta se volvió hacia el padre y le dijo: "Señor cura, os tengo que pedir un favor. Lo que os pido no viene de mí, es algo que proviene de Dios. Vos, vos mismo debéis venir *aquí*, a Châteauneuf, para fundar el primer hogar".

El P. Finet le contestó: "No puedo, señorita, pues yo no pertenezco a esta diócesis", y Marta respondió: "¡Qué importa, si Dios lo quiere!". Y precisó: "Dios quiere que se dirijan aquí retiros. No retiros de tres días, pues tres días no son suficientes para la conversión. Deben durar cinco días. Estos retiros estarán destinados a las señoras y a las jóvenes".

Finet respondió: "Entonces, señorita, ¿serán con reuniones de grupos puestas en común...?" "No, –dijo Marta– la Santísima Virgen quiere silencio". El P. Finet replicó: "¿Creéis posible que las mujeres guarden silencio durante cinco días?" Y continuó: "¿Cómo dar a conocer tales retiros?" Marta respondió: "La Virgen se encargará, Vd. no tiene necesidad de hacer el reclamo". "Y ¿dónde se tendrán estos retiros?" Marta respondió: "En la escuela de niñas". El padre dijo: "Allí no hay camas, ni cocina. ¿Quién llevará el servicio?" "Vd." "¿Con qué dinero?" "No os preocupéis" "Y ¿cuándo vamos a tener el primer retiro?" Marta respondió: "El 7 de septiembre".

Se comprende que el padre estuviera aturdido. Vuelto a Lyon, consultó con Mons. Bornet, que era el obispo auxiliar. El obispo le dijo: "Si Marta lo pide es preciso aceptar". Habló de ello con su director espiritual, un jesuita, el P. Albert Valensin. Este le dijo que Marta le recordaba a santa Catalina de Siena.

La idea de Marta era elemental, pero lo elemental contiene lo esencial rechazado por nuestra conciencia. Se trataba de proponer el Evangelio al mundo actual; y esto no por medio de luchas ideológicas, ni siquiera por movimientos espirituales, sino encendiendo hogares de amor. Y para que estos hogares no fueran artificiales, era necesario poner los espíritus, mediante estos retiros en contacto con la Verdad total, es decir, con una enseñanza completa de la fe durante aquellos cinco días de silencio. Este era el sencillo proyecto que Marta había concebido y cuyo desarrollo había anunciado con un acento de tranquila certidumbre, como si el porvenir fuera ya pasado a sus ojos.

No tengo necesidad de decir que todo se realizó en las fechas señaladas y que los obstáculos se desvanecieron como por encantamiento.

Pero en otro ámbito, a una más elevada altura, o si se prefiere a una mayor profundidad, los dolores de Marta aumentaron.

En el transcurso del mes de mayo de 1918, Marta había sufrido violentos dolores de cabeza. Su padre lo explicaba diciendo que ésta se había sentado a la sombra de un nogal; tal era la hipótesis de un médico de Saint-Valliere. El 25 de noviembre de este año, que fue el del armisticio, Marta estaba junto a su madre en casa. Repentinamente se cayó en la cocina, sin que fuera capaz de levantarse. Ni comía ni hablaba: Estaba paralizada de ambas piernas, permaneciendo somnolienta todo el día. El médico habló de poliomiélitis, de meningitis, de traumatismo deformante, de encefalitis letárgica. A veces se le oía gritar, a veces quedaba sumergida en el sueño. Este estado duró veinte meses. Salió del coma. Sus padres creyendo que moriría pidieron que le dieran la Unción de enfermos. Se levantó; pidió que la llevaran a la cocina. Su padre le compró un sillón, que todavía puede verse junto al diván en que murió.

En la cocina, junto a la ventana, pero con los postigos cuidadosamente entornados, pues ya sus ojos temían la caricia de la luz, Marta comienza a revivir. Puede dar algunos pasos con muletas, lee. Hábil en el manejo de las agujas, borda baberos para comprar los medicamentos que pueden aliviarla, especialmente aspirinas. Su hermano complaciente, le dice: "Marta no ganas ni el agua que bebes". La llevan en peregrinación a los santuarios del contorno. Fue entonces cuando oyó hablar de santa Teresa de Lisieux, que sería canonizada en 1925. Marta desea ser carmelita.

Dice que ha tenido por tres veces una "visión" de Teresa que la ha iluminado sobre su misión. "Creo que no moriré –dice a sus padres–. Experimento cuán dulce es el amar, aun cuando se sufra. Diría que estar sufriendo es una escuela para amar más. Quien no ha conocido el dolor no podrá jamás gustar plenamente la alegría". Ya no puede moverse. Apenas puede comer. En 1928 su madre le mete pequeños trocitos de naranja en la boca; apenas si puede chuparlos. Pero el 2 de febrero de 1929 queda parálitica a la vez de los dos brazos. Desde entonces ya no puede bordar. "Conservé –decía ella– mí dedal en mi dedo ocho días, y después dije a mi madre: "Ya ves, quítame el dedal: Esto ha terminado".

La tendieron sobre el lecho que ya no abandonaría. Había fijado sus dimensiones: "Querría –escribía en una de sus últimas cartas en 1928– que le pongan un respaldo de 45 a 50 centímetros a causa de mis riñones enfermos; largo de 90 u 80 centímetros (si no se puede hacer de 90), pero no más larga, sobre todo por mis piernas plegadas. Me gustaría también que pusieran cuatro ruedas". Sobre este lecho permanecerá hasta la muerte.

A partir de esta fecha ya no comió más. Desde 1928 a 1981 no ha tragado más que la hostia que le llevaban una o dos veces por semana. Naturalmente sus padres querían

forzarla a tomar algún alimento: una taza de café, por ejemplo; ella la vomitaba. Su padre llorando decía: "¡Pero si mi hija no ha hecho nada malo!" Por entonces perdió el sueño. Sus brazos y piernas la clavan en el diván. Sus piernas se plegaron como una M mayúscula. Tiene una almohada en la espalda y un cojín para sostener sus dos rodillas. El brazo derecho reposa sobre el pecho y el izquierdo está tendido a lo largo del cuerpo. No puede moverse.

Me apresuro a narrar cómo en 1929 y 1930 sintió "un dardo de fuego que provenía del pecho de Jesús, el cual, dividiéndose en dos, hería sus dos pies y sus dos manos, mientras que un tercero le hería el corazón". Sus padres veían a su hija ensangrentada. Los médicos estaban desconcertados. El rumor de lo que sucedía se extendió. Algunas mujeres subían a visitar a Marta, rezaban con ella. El cura de la parroquia organizó algunas visitas. Su padre y su hermano estaban hartos de todos estos visitantes. "Dejadla tranquila", –decían.

El 1930 dictó esta carta: "He aquí que el fin del año finaliza en íntima unión de mi alma con Dios. Mi ser ha sufrido una transformación tan misteriosa como profunda. Mi felicidad sobre mi lecho de enferma, es profunda, duradera, pues es divina. ¡Qué obra! ¡Qué elevación! Y ¡cuánta agonía de la voluntad he necesitado para morir a mí misma! Jesús se hacía tan tierno para un alma sangrante, tomando sobre Él todo lo penoso de la prueba, dejándome el mérito de seguirle sin resistencia. La enfermedad nos priva de nuestros medios de actuar, pero crea otros poco comprendidos, muy poco estudiados. Hay almas entregadas a la acción exterior; hay otras, bastante numerosas, entregadas a la inacción. Estas trabajan, tanto como aquéllas, en un campo vasto y desconocido. Todo se complementa. Dios es el Señor de todas las almas y, para cada uno, Señor de todos los días".

Tales eran sus sentimientos íntimos. Nosotros no podemos más que callar.

Pero nosotros debemos contrastar, o más bien completar, lo que ella experimenta en su conciencia con lo que constata, describe, analiza el conocimiento al que los modernos con razón conceden tanto valor: el de la ciencia, representada aquí por la medicina y la psiquiatría.

Tengo a la vista un largo informe hecho por los señores que examinaron a Marta:

–Dr. Jean Dechaume, médico psiquiatra de los hospitales de Lyon, profesor de la Facultad de Medicina de Lyon.

–Dr. André Richard, cirujano de los hospitales de Lyon.

"Bruscamente el 2 de febrero de 1929, apareció una impotencia con rigidez en los cuatro miembros. Durante el invierno la enfermedad había atacado los brazos, había tenido dolores agudos en las piernas, después, brutalmente, en la fecha señalada, hacia mediodía, sus brazos no pudieron moverse y se quedaron rígidos. Esta impotencia fue bastante brusca, de modo que se le quedó en el dedo el dedal con el que bordaba la vispera por la tarde. Las piernas están extremadamente dolorosas, con la sensación de que se las arrancan, plegándose completamente sobre sí mismas, después de haber dado la impresión de ser agitadas por sacudidas y movimientos de flexión involuntarios. Este estado de impotencia, sobrevenido bruscamente el 2 de febrero de 1929, va a permanecer definitivo. Es hoy el mismo que era entonces, no obstante el hecho de que después de junio de 1929 hay algunos movimientos de las falanges de los dedos, justamente los suficientes para poder pasar las cuentas del rosario.

No hubo en el momento de la aparición de la impotencia total ningún shock emotivo ni ninguna disposición mental o psíquica particular.

En 1931, a finales de octubre o primeros de noviembre, la señorita Robin un viernes comienza a sufrir la Pasión, fenómeno que se ha repetido después siempre cada semana. Al mismo tiempo aparecen sobre el dorso de las manos y de los pies los estigmas. Estos se presentan al principio como unas equimosis azulado-rojizas, dolorosas, y persistieron bajo esta forma durante dos años. Después, sobre las manos, sobre los pies y en el costado izquierdo, exactamente junto a la línea mediana, las sustituyeron unas llagas dolorosas que permanecían sin piel, sin costra ni hemorragias. Estas llagas sangraban el viernes pero sólo el viernes. Después desaparecieron al cabo de seis meses. Los estigmas tomaron entonces otro carácter: la sangre aparecía, solamente el viernes, pero sin llagas y sobre todo sin estigmas permanentes. Sin embargo en 1934, 1935 y 1936 sucedió muchas veces que la pasión no fue sangrante. En 1936, notablemente, los estigmas no aparecieron durante dos meses.

La señorita Robin dijo que no dormía ya desde 1932; dice que desde la misma fecha no come. Ya desde algún tiempo antes de esta fecha tenía grandes dificultades para alimentarse, no podía casi tragar y vomitaba enseguida casi todo.

Su estado, tal y como acabamos de describir, permaneció así durante diez años, hasta septiembre de 1939. A partir de esta fecha sufrió una clara agravación. Los estigmas, que no aparecían más que el viernes sin llagas, se hicieron más o menos permanentes en la cabeza, en los pies, manos y costado, pero siempre sin llagas.

La cabeza, que había mantenido la movilidad, apenas puede ya moverse. La enferma no puede ejecutar sino algunos pequeños movimientos, pues, si la mueve, la cabeza pierde el equilibrio y cae hacia la espalda sin que pueda ya levantarla.

Después de la misma fecha (septiembre de 1939) la visión casi ha desaparecido; ciertamente durante largo tiempo desapareció completamente, hasta el final de las hostilidades. Actualmente la enferma no ve: no puede ni distinguir ni ver verdaderamente cualquier objeto, aunque de vez en cuando percibe impresiones fugaces y dolorosas. Los dolores que sufre en todo el cuerpo aumentaron considerablemente.

Por fin, en febrero de 1942 tuvo lugar un prolongado acceso doloroso hepático-vesicular para el que hubo necesidad de aplicar largo tiempo hielo sobre la zona hipocondríaca. Esto estuvo acompañado de hematuria y piuria, así como de vómitos de bilis negra. Este episodio ha sido violento pero no ha sido único. La enferma había padecido repetidamente ya de la zona hepática.

Parece que la evolución de la enferma puede resumirse así:

Hasta julio de 1918 la señorita Robin era una muchacha como las demás, un poco débil y enfermiza.

1.- El primer episodio sobreviene a la edad de 16 años en julio de 1918 durante la guerra, episodio caracterizado por cefaleas y desvanecimientos, y en el curso de este episodio se habla de epilepsia. Esto finaliza en diciembre de 1918 con un periodo febril con vómitos y coma, por lo que se piensa en tumor cerebral.

2.- En enero de 1919 gran mejoría: durante un mes todo va bien, sin secuelas aparentes.

3.- En febrero de 1919 nuevo acceso de cefaleas, dolores oculares, que duran dos años, con un *máximo* durante el verano de 1919. Esta vez, sin hacerle diagnóstico, se habló de meningitis. En ningún caso se planteó la cuestión de crisis nerviosas, tumor cerebral o epilepsia. Durante el acmé de la enfermedad, aparición de impotencia en los dos miembros inferiores y amaurosis. Ningún trastorno de los esfínteres. En mayo de 1921 la impotencia ha desaparecido. Recuperación de la visión. Primera aparición de la Virgen, La enferma sale, camina; hasta puede recorrer el 11 de noviembre 4 kilómetros a pie para ir a misa.

4.- En noviembre de 1921, nuevo episodio que va a durar seis años, hasta octubre de 1927, periodo que progresivamente la instala en la impotencia de los miembros inferiores y los dolores dorsales, paralelamente a una mejoría de la visión y del estado general. La señorita Robin es entonces una enferma en cama, pero que trabaja, se entretiene, borda admirablemente. Aparecen durante este periodo metrorragias sin causa indicable y sin otras manifestaciones hemorrágicas.

Al final de este periodo aparecen algunos trastornos digestivos.

5.- El 3 de octubre de 1927, accidente grave, hematemesis, melena, hematuria. Se habla de úlcera gástrica y se considera que su estado es desesperado. Primer contacto con el demonio. Pasado el accidente, la enferma vuelve al estado anterior y en noviembre de 1928 nuevo accidente del mismo género pero menos grave.

6.- El 2 de febrero de 1929 bruscamente impotencia de los cuatro miembros y aparición, salvo algunas modificaciones, del estado definitivo.

7.- En otoño de 1930 aparición de estigmas y comienzo de los sufrimientos semanales de la Pasión. Desde 1932 nada de sueño, nada de alimentación.

Desde septiembre de 1939 agravación progresiva del estado general, práctica desaparición total de la visión, fijación más o menos permanente de los estigmas sin llagas, imposibilidad casi absoluta de mover la cabeza. Y, en febrero de 1942, acceso hepático-biliar con orinas sanguinolentas y vómitos biliares.

Se encuentra totalmente aislada, abandonada de todo y de todos, espiritual y humanamente. El demonio, que la atormenta interior y exteriormente está a su alrededor. Sufre más y más hasta la "muerte" que le sobreviene el viernes a las 15 horas (hora solar). Después tiene lugar el juicio donde lleva los pecados de los que está cargada. Terminado éste (dura dos horas) retorna a sufrir. Después viene la noche del sepulcro, cuando sufre a pesar de "no estar allá" hasta la mañana del domingo cuando a la llamada del sacerdote "vuelve" y vuelve a ser humana. Esta llamada no es, en principio, percibida por su oído. Es reanimada por un acto de obediencia y es, a continuación, cuando sus oídos perciben.

Tiene apariciones de la Virgen que originan éxtasis. La primera aparición tuvo lugar en mayo de 1921, sin causa aparente, hemos dicho. Marta la vio, como la ha visto frecuentemente después, "con los ojos del cuerpo". Mientras los éxtasis originados por estas apariciones no tiene noción de su posición en el lecho: se siente sencillamente transportada y atraída hacia la aparición.

En octubre de 1927 tuvo lugar su primer contacto característico con el demonio, pero no le vio "con los ojos del cuerpo", Fue una visión "imaginaria" bajo la forma de animales, pero animales anormales y monstruosos. Más tarde le vio con "los ojos del cuerpo" bajo apariencia humana. Eran entonces individuos desnudos o vestidos que se acercaban a su cama y la sacudían; ella misma fue abofeteada, sacudida, golpeada, empujada violentamente de derecha a izquierda. Actualmente ya no ve al demonio con "los ojos del cuerpo", es más bien algo de tipo intelectual.

Por fin, la señorita Robin nos ha dado algunos detalles de cómo recibe la comunión. Ella no traga la hostia que ha sido colocada en su lengua. Cuando la tiene sobre la lengua, (a veces ni aun llega a tocarla con la lengua) le gustaría mantenerla en la boca, pero no puede. La hostia es absorbida sin que ella la trague, (pues, por lo demás, Marta no

puede efectuar el movimiento de deglución) "Es –dice– como si un ser vivo entrara en ella".

En el memorial en que Pascal había consignado su éxtasis del 21 de noviembre de 1654, (y que él guardaba cosido y recosido en su jubón) escribió: "*Renunciación total y dulce*". Es necesario pesar cada palabra: el adjetivo *total* especialmente. Pues existen dos maneras para que una parte se una al Todo: la una confusa y parcial, la otra total. Según la primera, la parte se une a otra parte del Todo. Así, el espíritu se une al cuerpo, el individuo se une a su grupo más y más extenso (familia, nación, humanidad). Pero se puede concebir, –y parece que ésta es la idea mística de Spinoza– que la parte se pone directamente en relación con el Todo, como si un punto, en lugar de seguir la línea de la circunferencia fuera, como el radio, directamente al centro. Entonces la unión es directa, la unión es total, la unión es inmediata. Y Pascal constata que esta renuncia, precisamente porque es *total*, es una renuncia *dulce*.

Estas palabras elípticas de Pascal me volvían a la memoria mientras me acordaba de Marta. Me parece que comprendo su método. Si un ser se da al Todo, consecuentemente está todo en todos.

En el próximo capítulo expongo esta característica de Marta de adaptarse sin esfuerzo, sin demora, a cada problema, a cada interlocutor. Tal es el consejo de todas las Sabidurías, orientales u occidentales, de todos los filósofos profundos; todas ellas enseñan: "Sé todo en el Todo".

Pero quizás, entre todas las expresiones de esta relación de la parte con el Todo, Marta hubiera preferido la de Malebranche: "Cristo es, en todas las cosas, el Todo de todas las partes".

5. UNA MUJER EN SU CASA

Yo he definido a Marta: *una mujer que recibía en su casa*. Pero, ¿cómo definir esta casa? ¿Celda de un Carmelo, cápsula espacial inmóvil, sala de reanimación, casa de campo, granja, refugio, gruta, caverna, santuario, choza?

Antes de entrar en la *cámara oscura*, profunda, inodora, misteriosa, había que esperar largo tiempo en una sala, con su chimenea, semejante a todas las de la campiña de occidente, donde la familia se reúne alrededor del fuego, ese invento de la prehistoria, ese fuego, ese *hogar* origen y fin de todo, que va a jugar un papel tan grande en la imaginación de Marta. La sala, en 1985, no ha cambiado. Ya en el tiempo en que Marta vivía, los muebles tenían la inmovilidad sombría, enlutada, irónica que tienen los objetos de los museos. Un reloj, cuyo péndulo se veía oscilar midiendo el paso del tiempo aparentemente más lento que en París.

*Tres mil seiscientas veces por hora
el segundero cuchichea: Acuérdate.
Rápido, con su voz de insecto,
el ahora dice: Estoy en otro tiempo.*
(Baudelaire)

Somnoliento sobre la silla de paja el inevitable gato piensa. La sala tiene un fogón con su hornillo negro, pulido, sólido, prosaico, funcional y banal. Hay una mesa muy larga, rectangular, rodeada de bancos, donde me imaginaba a los segadores agobiados por el cansancio, tomando en silencio su merienda y cuyos ruidos oía Marta. Es, pues, donde se debe esperar.

Me acordaba del tiempo en que mi madre me llevaba al especialista de las anginas o la dentadura: Allí esperaba con personas desconocidas con las cuales no se debía hablar. El visitante anterior salía deslumbrado por la luz, bajando los ojos como un ladrón que se cree sorprendido cuando lleva un tesoro.

Marta vivía en la noche perpetua; no podía soportar el menor rayo de luz. Cuando de pronto se penetraba en su catacumba, uno quedaba ciego por la oscuridad. Me llevaba a pensar en los cuadros de George de La Tour, a quien le gusta pintar a una mujer saliendo de la oscuridad, como Irene o María Magdalena. Pero La Tour coloca en alguna parte una fuente de luz, una llama. Se avanzaba a tientas hasta una silla de paja colocada cerca del lecho, a la derecha bastante lejos de su cara.

Comenzaba a distinguirse la forma de su cuerpo: una forma quebrada como una M mayúscula. Más tarde leí un informe médico que puntualiza: "La paciente está tendida sobre la espalda en un pequeño lecho cuya longitud interior es de un metro diez. Está acostada con la cabeza y las espaldas ligeramente levantadas por una almohada, la cabeza un poco inclinada a la derecha; los muslos están ligeramente doblados sobre la pelvis, en ligera aducción, de modo que las rodillas, que están en contacto una con otra y apoyadas en un cojín, quedan a la altura de la cabeza. Las piernas, están flexionadas, la cara posterior de la pantorrilla enfrente de la cara posterior del muslo izquierdo, apoyando el borde derecho de los pies sobre el lecho. La posición es tal que la longitud total del cuerpo acostado se mide de la cabeza a las rodillas y no de la cabeza a los pies".

Se hablaba en la oscuridad, sin poder contemplar el rostro, sin poder interpretar sus palabras por el destello cambiante de las pupilas o el casi imperceptible temblor de los labios. Dicho de otro modo, Marta era total, sólo y únicamente, *una voz*. Se descubría

solamente por la voz, esta voz que fue para el hombre de las cavernas el primer idioma. Dios mismo, antes de hacerse ver en el jardín del Edén por Adán, le había ya hablado. La Creación comenzó por sola la palabra.

Si me fuera permitido traducir a colores el sonido, diría que la voz que intento describir semejaba un ramillete de flores en el que se habían puesto esos tulipanes que prefería entre las demás flores la niña Marta, y también algunos claveles, algunos jazmines y algunas rosas; sobre todo esas flores que se llaman exactamente "pensamientos" y que son terciopelo vegetal.

Durante veinticinco años Marta no fue para mí más que un murmullo, una voz: *una voz en la noche*. Voz de sorprendente flexibilidad, variedad, ternura latente, dulzor y vigor. Voz melodiosa, voz cambiante, voz tímida y pura al comenzar la conversación, voz casi infantil, como la de toda joven muchacha. Voz juguetona, a veces traviesa. Voz discreta, voz siempre afectuosa. Al principio esa voz parecía un pájaro que emprendía el vuelo, una primera confidencia amorosa, una menudita fuentequilla. Esa voz que yo escuchaba (como un solo de flauta en un concierto) acentuada, recalcada a veces por pequeños sonidos agudos, a veces por acentos muy graves. Voz siempre clara y transparente. Voz baja, pero nunca susurrante. Voz neta y que no titubeaba a pesar de su lentitud. Pero de pronto y sin previo aviso, esta voz enclenque adquiría volumen: se hacía fuerte, capaz de llenar toda la habitación, como si Marta estuviera predicando la Cruzada. Entonces era una voz firme, voluminosa, oracular. Sucedió esto cuando daba algún consejo que juzgaba importante, cuando trazaba la línea de ruta, cuando manifestaba piedad o esperanza con una autoridad sin réplica.

Parecía que la pequeña Marta se transformaba en otra distinta de ella misma, que en ella habitaba otra segunda Marta, ésta inspirada. Muchos de los visitantes quedaron sorprendidos por este cambio de registro de voz, por el acento de reprobación, indignación, que había seguido a un murmullo delicado, casi infantil. Entonces replicaba con viveza, como un arquero lanza sus flechas. Después ella volvía a su voz primera, amable, dulce y confidencial.

Con frecuencia sucedía que se interrumpía; tenía miedo de no encontrar la palabra más exacta. Entonces me decía: "¡Ayúdeme!... ¿Cómo diría...?"

Poco a poco, bajo tal voz se adivinaba en la oscura habitación un rostro extenuado, pálido como la luna. Yo, por el contrario, imaginaba una joven campesina vigorosa. Me venía a la mente Nietzsche, quien deseaba que en todas nuestras palabras "la gravedad y la jovialidad se dieran tiernamente la mano".

Esta hija del campo que no podía moverse, ni masticar ni deglutir, se diría que se alimentaba de las palabras de nuestra vieja lengua, que rompía la cáscara, que chupaba sus raíces, las masticaba, las saboreaba.

Siempre recordaré su manera de pronunciar una de las más vulgares palabras: la de *coger* (*prender*) que resumía su mística. A esta palabra vacía, secularizada, ella le infundía su vigor, su canto de triunfo. *Coger* significaba para ella tomar, agarrar, cargar con. "Tú me has cogido por la mano en este infierno moderno", decía Aragón. *Coger* significaba: "me pongo en vuestro lugar", "tomo vuestra desesperación, la hago mía, os descargo de ella", "voy a pagar vuestra deuda por vosotros", "lo que vosotros sufrís, lo voy a sufrir yo también". Dentro de poco diré cómo se ponía en la postura de una suplicante. Y esto con delicadeza, como si se dirigiera a una madre que va de compras: "No te preocupes yo me encargo (*prender*) de tus niños".

Aprendí hace mucho que en las lenguas arias la sensación y la idea no son designadas por las mismas palabras, pero que no sucede lo mismo en hebreo. Marta no sabía hebreo, pero era concreta: cuando pronunciaba una palabra, parecía que la humedecía en sus labios. ¿Cómo hacer entender esto con sólo mi escritura? Todos los que visitaron a Marta recordarán su manera de pronunciar ciertas palabras familiares: *comuni3n*, *consumaci3n*, *dicha*. O en el registro inverso: *matanza*, *rebaño* (de personas), *arsenal*, *derrumbe*. La palabra bisílaba que pronunciaba con una ternura, una energía e insistencia extremas, como Juana de Arco sobre la hoguera, era JESÚS.

Si se recuerda, el Dr. Couchoud me había dicho: "Os voy a definir a Marta: es un cerebro". Y Marta le respondió: "¿Acaso no soy más bien un corazón? ¿Están separados cerebro y corazón?" Antiguamente se pensaba, que la sede de la vida estaba en el hígado; hoy se sabe que el corazón es un músculo hueco que sólo sirve para bombear. Marta no sabía que ella sentía, sufría sólo por su cerebro, por su materia gris, centro de la sinapsis. Y lo que yo admiraba en ella era justamente ese cerebro que no dormía jamás, que estaba tan organizado, capaz de concentrarse y distenderse, de adaptarse a las síntesis y a los más pequeños detalles. Me dejaba sorprendido la rapidez con que sin esfuerzo aparente Marta se acomodaba a los problemas tan diferentes de las personas que acudían a ella para pedirle consejo: hombres cargados de responsabilidad en la Iglesia o en el Estado, sacerdotes, obreros, patronos, ricos y pobres, –sobre todo pobres– personas con problemas insolubles, seres marcados por la desgracia, tentados al suicidio o esclavos de un vicio. Marta conoció y escuchó el abanico de las dificultades humanas. Y cada vez que recibía era para dar soluciones con palabras muy simples. Mi mujer, María Luisa, me decía con razón: "Fuera no hay más que problemas. Junto a ella no hay más que soluciones". "¿Por qué será así?", le pregunté. "Porque ella se pone a la vez en el centro del cielo y de la tierra, hace que coincidan ambos centros". Tal era en efecto la impresión que daba. Siempre quedé sorprendido de su talento para lanzar la flecha y heriros en el corazón. Tras lo que torpemente se había intentado expresar, ella iba derecho a lo que no se había expresado o por incapacidad o por temor. Lo reprimido era lo esencial. De aquello que se le contaba, de la corona de espinas que ella llamaba el "revoltijo" o las "virutas" y que ella barría, ponía de relieve lo inexpresable. Daba la solución.

A mí me sucedió que le consulté algún problema de conciencia. ¿Quién no ha conocido esos momentos de ansiedad, cuando uno debe, en medio de oscuridades, tomar una decisión cuyos efectos se extenderán por largo tiempo? La existencia tiene esos Rubicones donde los más decididos titubean –como sucedió a César echando suertes y consultando adivinos–. En numerosas ocasiones Marta ha sido esa pitonisa. Cierta día yo había tomado una solución razonable, según la prudencia. Mi carácter, al que no gusta el riesgo y que de buen grado colorea de sabiduría su natural pereza, estaba satisfecho. Yo había elegido según el consejo de los sabios la solución, tentadora siempre para los jefes, que consiste en no hacer nada y dejar las cosas a la Providencia. Marta me escuchó la exposición de esas justas razones para no hacer nada. Al punto, con viveza, sin reflexión, me dio un consejo totalmente contrario. Me señaló otro camino: la osadía, el riesgo de ir a por todas; como si en su interior le motivara esa ley de la evolución de las especies, que consiste en que el mejor resultado va del brazo de los grandes riesgos.

El consejo de Marta, más allá de mis veleidades, concordaba con mi voluntad profunda. Cuando yo reflexiono con sólo mi inteligencia, no me decido jamás, balanceo. Es necesario dejar de darle vueltas y obedecer a esa necesidad que no se distingue de nosotros mismos. Recuerdo haber comentado un día con Juan XXIII este problema de las opciones. El me decía: "¿Veis ese observatorio? –estábamos en Castelgandolfo–.

Ahí los jesuitas calculan. Yo imito a Abraham, me lanzo en la noche. Fue así como se hizo el concilio".

Cuando Marta, nos tomaba por blanco lanzaba su flecha al verdadero corazón del problema, que era a la vez el corazón de nosotros mismos. Y no quiere esto decir que forzosamente aconsejara lo más duro, como si lo temido fuera señal de obligación. Me sucedió oírle dar consejos sorprendentemente fáciles, casi laxos. Me aconsejaba cerrar mi puerta, hacerme el enfermo. Cuidaba, a lo labriego, los detalles de la salud. Sabía lo que costaba un céntimo (un sou), el cansancio de una noche sin dormir, el gusto de una taza de café, la gracia del último chiste, el encanto de una anécdota, la necesidad de cosas superfluas. Se paseaba por esa escala de Jacob que uno debe subir o bajar sin cesar para estar a la vez en este mundo y fuera de este mundo, atento y distraído. Cuando reparo en el fruto de sus consejos, siempre simples y siempre sorprendentes, con frecuencia proféticos, me digo que hablaba con sentido común, pero el sentido común es la cosa del mundo peor repartida entre la gente razonable. Frecuentemente se callaba. Pero su silencio, su ejemplo, su sacrificio tenía aún más fuerza que cualquier consejo. ¿Cómo podía uno quejarse delante de ella?

Se me dirá que esta facultad de adaptación inmediata es propia de los grandes médicos o buenos confesores. Pero el médico toma el pulso, se informa, duda. El confesor, si no es el cura de Ars, se queda en generalidades. El tocólogo anuncia un muchacho y en su agenda anota "niña", así no se equivoca en sus profecías.

En nuestra amiga el don estaba en estado puro. Sin pausa, sin interrupción. Y no obstante este cerebro agotado de trabajo, mantenía la sonrisa.

"Ella pensaba en todo, extendía a lo lejos una red de simpatía. Ni un talento, ni una virtud que no deseara conocer, poner a la luz, dejar la huella de su sello personal. Estaba a la búsqueda de los más sufrientes. El carácter de esta alma tan múltiple consistía en ser a la vez universal y muy particular, en no excluir nada, en atraer y, sin embargo, dejar elegir".

Corto esta cita, que sorprenderá al lector cuando sepa que está sacada de un texto de Saint-Beuve sobre Madame Recamier. Vale para toda mujer del mundo que sepa "recibir". Y Marta, ya lo he dicho, era esencialmente esto: una mujer al margen del mundo, *que recibía en su casa*.

Marta no tenía salón, y así no podías ser recibido más que en fila india, uno por uno. Pero en el encierro tenebroso donde recibía, se sentía la presencia de las distintas personas que habían sido recibidas antes que tú, que allí habían dejado sus dolientes quejas. Se veía claro que si estas personas se hubieran reunido allí, si Marta hubiera podido establecer, como las mujeres de mundo, un enlace de conversación entre insulares, habría tenido con ellos una sociedad perfecta; yo diría más, habría tenido exactamente lo que se llama "la sociedad" y que jamás está presente en ese mundo.

Charlar con Marta era sentir que surgía en nosotros mismos el ser que nos emparentaba a ella misma y que cada cual lleva en sí. Llamemos a este ser nuestra "esencia". Marta hacía despertar en cada uno su *esencia*. Sin intentarlo acercaba a cada uno a la fuente misma de su *esencia*. Y, como los secretos inexpresables de cada uno se elevan hacia la Fuente única, hacía que convergieran enlazados nuestros destinos, Cada uno en aquella oscura habitación se sentía unido a sí mismo, a los otros y a Dios. Me acordaba de aquel pensamiento de Spinoza: que se está tanto más unido a Dios cuanto se imagina un mayor número de almas unidas a Dios por el mismo lazo del amor.

Habiendo cesado de practicar el amor propio, estaba naturalmente presente a todos y a todo. A veces, como Catalina Emmerich, decía que “*viajaba*”. ¿Eran puramente imaginarios sus viajes? La verdad es que daba la impresión de haber viajado mucho. Si se le hablaba de Rusia o de América, parecía que ella las había sobrevolado y que estaba de vuelta. Lo mismo ocurría con los acontecimientos del pasado, por ejemplo, conversaciones anteriores de las que citaba pequeños detalles totalmente olvidados para ti. Y diré que tenía a veces como una visión confusa, a veces muy exacta, sobre el destino de alguien o el porvenir de una nación. Esta banal palabra de “presencia” tenía para ella su pleno sentido. Marta estaba, aunque moribunda y solitaria presente a todos y en todo, y esto tanto más cuanto ella estaba en un cuerpo desvanecido, ausente de todo y de todos.

Ya he dicho que era jovial, más bien que alegre, que le gustaban las bromas, que tenía muy buen humor. He recordado su voz tenue y grave, su canto de pájaro, su melodía. ¿Qué es la poesía separada de todos los poemas? Una inmersión repentina, tierna o melodiosa en eso en que consiste el misterio de una cosa, de un paisaje, de una aventura, de un destino. Y se ha hecho notar que una ruina, una columna quebrada contra el cielo azul, una vida interrumpida, una frase inacabada tienen más poesía inmanente que algo acabado. El dolor más que la alegría. Por eso la elegía es tentadora. Y también se ha dicho que la poesía no depende del volumen o de la cantidad. A veces un pequeñísimo cambio de sílabas, un copo de nieve, una simple vocal torna de pronto poética una palabra, como un silencio o una sonrisa en el rostro. Una nada puede todo. El lector comprende que una sola palabra de Marta podía cambiar un destino.

Los días de Marta Robin han transcurrido silenciosos en un paisaje que fue contemplado largamente por un poeta: Esteban Mallarmé, que habitó en Tain-et-Turnon antes de subir a “Rue de Rome”. Estoy seguro que Marta hubiera preferido Lamartine a Mallarmé. Imagino el momento en que Mallarmé y Lamartine, yendo a ver a Marta como a una pitonisa, se encuentran en su casa. Les veo sentados en este calabozo, el uno a la cabecera y el otro a los pies del lecho, como los dos ángeles de la Resurrección. Lamartine y Mallarmé disputan entre sí sobre la naturaleza de la poesía, afirmando el uno que el lenguaje poético debe buscar la más perfecta transparencia, sosteniendo el otro que es preferible que cada palabra sea opaca. Marta les oye e intenta conciliarles. Les cita las palabras del Evangelio: “*Hay muchas moradas*”. O también les recuerda lo que había dicho a Couchoud referente a Pascal: “No *la buscaríais* (a la poesía) si *ella* no os hubiera ya encontrado”. No hubiera sido difícil hacer comprender a ambos poetas que la poesía es vecina de la mística, ya que el último fin del poeta es introducirnos en un universo presente en el interior de este universo y en el que ha caído.

Otra palabra que me viene a la mente cuando intento hacer la semblanza de Marta, es *delicadeza*. Delicado es, según el diccionario, lo que es tierno, débil, lo que es frágil. Mientras fue joven, Marta sobresalía en los trabajos de bordados. Estaba hecha para manejar bolillos, la lanzadera, la aguja, con la fina atención que Vermeer de Delft da a “*La encajera*”. Le gustaban los calados, las miniaturas, los vaciados. Como muchas personas enfermas o deficientes se sentía atraída por las debilidades, hermanas de su debilidad. El ser delicado se presenta ante el otro como vulnerable, influenciado y débil, capaz de ser desconcertado por un soplo. Esta delicadeza podría ser anestesiada por el dolor del que se sabe que nos vuelve insensibles para el dolor del otro. Ella, que no tomaba ningún alimento, se interesaba por los sabores y por todos los detalles de la comida. Cuando una amiga volvía de viaje le preguntaba: “¿Qué has comido? Cuéntame el menú”. Temía que su visitante tuviera hambre o frío, que no estuviera cómodo; era divertido oírle hablar de los platos que le gustaban y que no podía comer. El olor del chocolate le daba náuseas, decía. Como yo le hiciera la confidencia de que no tenía

apetito, me dijo: "No tiene más que suponer que no es Vd. quien come, sino que soy yo la que come en su lugar"; lo que en su boca era una gran ironía

He dicho que Marta raramente daba consejos concretos, respuestas categóricas, y que frecuentemente uno salía de su cuarto irritado por su silencio; y que esto se debía a su delicadeza, sin duda: siempre proponía las soluciones entre paréntesis: (¿No podrías...? ¿No habrá modo...? ¿Quizás fuera posible...?)

Siendo tan poco locuaz sobre sí misma, había recibido en el más alto grado ese poder del corazón de sentir, de amar, tan singular que no tiene término propio en ninguna lengua. Me decía: "Doy gracias a Dios por haberme hecho sensible". He aquí, por ejemplo, las líneas que dictó para una amiga: "Escucha en el fondo de tu corazón a tu pequeña Marta que te ama y se une a ti en el amor del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, en nuestra mamá querida. Ella te abraza tantas veces cuantas estrellas hay en el cielo y pequeñas margaritas en los prados, que abren sus pequeñas corolas de corazón de oro bajo la ventana de tu pequeña amiga".

¿De dónde extraía esta sensibilidad? Sin duda de ese movimiento de su sangre, el solo remolino que no cesaba de agitarse en ella y del que percibía mejor que nosotros el flujo y el reflujo.

Me había impresionado su inteligencia del pecado. Sobre ese asunto, antaño vedado, hoy prostituido, que es la sexualidad en sus formas aberrantes o normales, le pregunté: "¿Quién tiene la experiencia del sexo, el libertino o el asceta, Pascal o don Juan?" Simone Weil ha escrito que sólo la pureza tiene el poder de comprender la suciedad. Hablando de esto con Marta, que recibía con extrema simpatía a los "pecadores" he comprendido que hay dos maneras de conocer: la experiencia en sentido vulgar y el acto de la mente y del amor por el que se capta la esencia. De la confianza de una prostituta, Marta *tomaba sobre sí la sanción*, el dolor inmanente a la falta. Ella conocía el pecado mejor que la pecadora. Ella, que había recorrido en todos los sentidos el mundo de la tentación, que *conocía* sus escalofríos, especialmente los de la desesperación, ella, que me decía que no debe ponerse veneno en la mesilla de los que sufren demasiado; ella, que había sentido la tentación del suicidio, que se preguntaba cada mañana: "¿tendré aún fuerzas?", tenía la experiencia de la debilidad.

Me doy cuenta de que he olvidado lo esencial al hablar de la poesía. Parece que he dado a entender que la poesía era luminosa. Pero la poesía más profunda, como se ve entre los griegos en sus trágicos, y entre los hebreos en el libro de Job, no llegaría a la perfección si no explorara el reino de las tinieblas, el mundo infernal, los territorios de la miseria y la condenación, ante lo que nuestra cultura enseña a volver la vista. Víctor Hugo tuvo el coraje de hablar de *Los Miserables*. Ha sido poco seguido. Existe, sin embargo *"Le Soleil de Satan"*. Marta no había leído ni a Bernanos ni a Dante, mas hubiera reconocido a sus hermanos en estos poetas que han explorado las tinieblas, con esta diferencia: que éstos hablaban de lo que ignoraban y ella hablaba de lo que sabía. Cuando se haga la historia de este siglo con dos inmensas guerras y en el que el horror va en aumento, se patentizará su carácter trágico a la par que su inconsciencia de la tragedia. Parece extraño que, en la hora en que una gran parte de la humanidad está subalimentada, en que la amenaza de la destrucción pesa no sólo sobre las naciones enfrentadas entre sí, sino sobre toda la especie humana, (cuando los muertos en un nuevo conflicto se contarían por centenares de millones) sea también la época en la que se habla también del crecimiento del consumo y el confort, en la que desfilan por las pantallas imágenes de fiesta, en la que todo parece invitar a la felicidad. Cuando la tragedia está presente en nuestras puertas como jamás lo ha estado sobre la tierra; también como nunca volvemos a otra parte los ojos. A tal punto que cuando leemos el

Evangelio, nos saltamos los pasajes en que lo trágico es recordado con insistencia: el Evangelio del fin de los tiempos, el Evangelio del Juicio Eterno.

En las conversaciones hablaba de todo y de nada: de las penalidades inherentes al trabajo de la tierra, de la cría del ganado, de la venta de los terneros, del retraso de la primavera, del pedrisco; más frecuentemente de las enfermedades, de las consultas al médico, de remedios caseros; sobre todo de casos desesperados. Marta escuchaba y daba esperanza. Con los grandes del mundo trataba de pequeña y de alta política, con los curas y religiosos de casos de conciencia, con los obispos de la Iglesia. Marta recibía igual a un analfabeto que a un príncipe.

Todo era secreto, pero me permitirán, pienso, algunas indiscreciones en las que se podrán ejercitar más tarde, como La Bruyere en *Los caracteres*, los que indagan en lo sobre-entendido, en las claves.

Yo le hablaba inevitablemente de mis colegas. ¿Me atreveré a decir que Marta sentía preferencia por Jean-Paul Sartre? Me solicitaba detalles sobre Madame Simone de Beauvoir, de la que yo no sabía nada, sino lo que ella misma cuenta en sus libros. De esta tal me decía: "Rezo por ella, pues no ha acabado su obra". Con su menuda voz de pájaro pronunciaba Merleau-Ponty cantando las sílabas y añadía: "Este no acabará". ¿Qué quería decir? No lo sé.

Se interesaba por las esposas, por las hijas de personajes conocidos. Porque ella sabía lo que era el sufrimiento, me preguntaba por Ana de Gaulle, de quien había adivinado ser el ángel doloroso del General. "Ambos se parecen", decía. Su punto de vista en estos juicios era el de la eternidad y no el de lo efímero. Situaba a los responsables en el misterio del mal, del dolor y de la redención. Pero no hablaba de estas cosas insondables como hablamos nosotros, pues nosotros no nos sentimos directamente afectados por la salvación de los otros, en lo que podemos lavarnos las manos: la salvación del otro concierne a su propia existencia. El conflicto entre el bien y el mal no era para ella, como es para nosotros, un espectáculo. Era una batalla en la que ella estaba en primera línea. Y, como he dicho y ella lo pensaba, la batalla en la que quizás estaba comprometida en solitario, ofreciéndose para la expiación.

De un hombre de Estado de primera fila me decía a veces –lo que parecía presuntuoso–: "Le desapruero totalmente". De un ministro en ejercicio me decía: No os preocupéis, se desvanecerá"; para lo que no creo que se necesite la profecía pues la política es el lugar de los desvanecimientos. De otro ministro me decía: "Están hartos de él". De otro: "No ha cambiado todavía a los que le rodean" De otro: "Está dividido; a veces dice sí, a veces, no". De un hombre de Iglesia: "Es demasiado diplomático. Recuerde a san Pedro. También quiso ser diplomático con la criada y no se puede decir que esto le diera resultado". Sobre un personaje de nuestro tiempo, que fue muy amado y muy contestado, he recogido este juicio que resume su método soberano y sublime: "Jamás me ha hecho sufrir ante Dios".

Conozco un caso singular en el que se metió a estratega. Antes del 10 de mayo de 1940 había hecho saber a un ministro católico del gabinete de Reynaud, M. Carpentier de Ribesque, que si Hitler se decidía como en 1914, a "pasar por Bélgica", sería "imprudente" entrar en Bélgica; que se debía esperar a los tanques alemanes en nuestras fronteras. Idea aldeana, idea del terruño que era compartida silenciosamente por el pueblo. El mejor crítico militar actual, Liddell Hart, ha hecho el mismo reproche al general Gamelin. Me he dado cuenta de que con frecuencia la facultad profética es más sencilla de lo que se piensa; consiste a menudo –como hacía Jeremías en su tiempo– en dejar hablar en nosotros mismos al buen sentido. Pero basta leer la historia de las

guerras para constatar que el buen sentido y la estrategia no están de acuerdo fácilmente.

En mis conversaciones por el mundo he encontrado espíritus muy agudos quienes con alusiones, con reticencias, con términos elegantes machacan gentilmente al prójimo ausente. También he conocido a otros que devalúan la alabanza repartiéndola sin distinguos sobre todos. ¡Qué difícil conseguir la medida y el equilibrio cuando se habla de los demás! ¡Qué raro es, para hablar con Nietzsche, dar el acorde fundamental y no la efímera nota discordante! Estas experiencias me han ayudado a comprender mejor lo que Marta tenía de propio en sus conversaciones, que eran su trabajo ordinario, su oficio. Hablaba de unos y de otros; de los presentes y de los ausentes, de los grandes y de los pequeños con mesura, con nobleza, con prudencia aldeana, pero también con autoridad. Me dejaba sorprendido ese tono de autoridad en algunos juicios sin apelación: "Le desapruebo". "Está equivocado". Pero cuando con aquella voz tan dulce susurraba una palabra perentoria, el juicio se envolvía en indulgencia. Me habría sentido feliz de saberme juzgado por ella, pues adivino que en el mismo momento sería besado en la frente, consolado y salvado.

Acostumbraba a citarle los "místicos" actualmente vivos y de quienes yo había oído hablar. Marta no hacía ningún comentario. Ya había caído yo en la cuenta que no procede hablar de Turena a Condé. Los leones se saludan con la melena. Gentilmente parecía decirme Marta: "¿Es que no soy suficiente para Vd.?" Marta pensaba que cada uno debe arar su surco sin mirar al del vecino.

¡Cuántas veces en su oscura celda, yo pensaba en Marcel Proust, diciendo para mí la frase que llevaba en mi corazón, porque con ella me había consolado en mi cautiverio! "Cuando era niño, ningún personaje de la Historia Sagrada me parecía con tan mala suerte como Noé, por tener que estar encerrado en su Arca durante cuarenta días del Diluvio. Más tarde estuve a menudo enfermo; y durante largos días tuve que quedarme en mi Arca. Entonces comprendí que jamás Noé pudo ver tan bien el mundo como desde el Arca, a pesar de que estuviera cerrada y que fuera de noche en la tierra".

6. UNA CONVERSACIÓN SOBRE DIVERSOS TEMAS

“Que nadie se imagine a Platón y Aristóteles con grandes togas de pedantes. Eran estos tipos honestos y, como los demás, bromeaban con sus amigos” (Pascal).

Es probable que en el año 2000 los libros contengan minicasetes que harán oír la voz de sus autores; esto sería una resurrección. ¿Cómo nos gustaría oír las inflexiones de la voz de Jesús en el sermón de la montaña o en el discurso de la Cena! Los signos mudos grabados en la roca, escritos en el papel dan al pensamiento una perfección postiza. Este retrato de Marta sería infiel si no intentara yo hacerlos escuchar el sonido de su voz cantarina o más bien su estilo de conversar con su visitante invisible. Después de haberla oído sin verla, yo tomaba el pincel e intentaba reproducir su semblante pálido, su forma desvanecida. Tomaba nota de sus palabras, sus agudezas, sus fórmulas, los frecuentes silencios y pequeñas sonrisas, las idas y venidas, los rodeos de esta conversación en la que se entrelazaba tiernamente lo familiar y lo sublime. Yo me recitaba estos versos de Víctor Hugo:

*“Sed por un instante un pájaro posado
que no cesa en su canto sobre la frágil rama,
aunque ésta se doble, pues sabe que tiene alas”.*

Así saltaba de un tema a otro, de rama en rama. La conversación de hora y cuarto relacionaba la tierra con el cielo. Job escribió: “Me ha llegado una palabra. Mi oído ha escuchado un susurro. Oí una voz que dulcemente susurraba”.

YO: Bien, Marta, ¿cómo te encuentras esta mañana? No comes, no bebes, no duermes. ¿Vaya vida aburrida!

ELLA: Me gustaría mucho poder comer, poder beber algo. Me compenso imaginando el menú.

YO: Eso mismo hacíamos en nuestra cautividad.

ELLA: ¿Sabe Vd. lo que he hecho esta semana precisamente? He preparado unos pasteles para los prisioneros, no para los de la guerra; para los condenados. Temo que uno de ellos sea ejecutado... Pues bien, me imaginaba que las cosas que yo ponía en los paquetes de mis prisioneros, las comía con ellos. Pero ¿qué comió Vd. ayer tarde o esta mañana? ¿Qué tiene para mediodía?

YO: Apenas he puesto atención.

ELLA: Es un error. Yo me acuerdo bien de los olores y perfumes. Siempre me ha gustado el café. El chocolate lo encuentro insípido.

YO: ¿Sabes, Marta, que cuando cuento a algún colega mío que ni comes ni bebes nada, me responde que es imposible, que seguramente te deslizas por la noche hasta la despensa y coges algo de queso o algo de agua para beber?

ELLA: Su amigo no va descaminado. No doy importancia a estos ayunos a los que me ha sometido Jesús. Estoy en mi granja y habito en la casa de mi padre; tengo vacas. Si pudiera beber la leche de mis vacas no me privaría de ella.

Pero mejor que hablemos de otra cosa. Vd. estuvo este año en el Concilio. Cuénteme algo de lo que allí se hace. ¿Si supiera Vd. cómo rezo por los obispos y el Papa!... Me ofrezco sin cesar por el Concilio. Temo que la fe se esté perdiendo en el mundo.

YO: Ya sabes que el trigo se mezcla con la cizaña y que no hay parto sin dolor. El Concilio obedece a esta ley. Mientras uno está enredado en las discusiones, en ese vayvén, cuando se ve el hormiguero de los obispos en el interior de la basílica de San Pedro, sobre todo, cuando se piensa en todo lo que sucedió antiguamente en los concilios de los primeros tiempos de la Iglesia, en los que hubo luchas, con frecuencia sangrientas, y en los que no obstante de estas luchas salía una fórmula que es como un diamante... entonces, Marta, uno no se admira demasiado.

ELLA: Me pregunto muchas veces si, después del Concilio, no se verá crecer la fe en el mundo y disminuir la fe en Dios. No oiga hablar gran cosa de sufrimiento y de pecado. Al dolor ni se le mienta... Lo que no impide que exista. Ni tampoco que exista el pecado. Y ¿el Purgatorio?... Pues será necesario pasar por allá.

YO: Y, ¿si nosotros habláramos un poco del Purgatorio?

ELLA: No me querría pasar por alto esta experiencia y sin embargo no la tendré. No me gusta el término purgatorio; me hace pensar en las purgas que me daban de niña. El Purgatorio no es una purga. Es algo grande y serio. Yo diría una cosa noble. Son sufrimientos, pero sufrimientos de amor, de verdadero amor, de puro amor. Las almas intentan ir hacia Dios, se apresuran... pero no llegan. ¡Si vierais qué desgarrón! Aún no es su hora, que queda aplazada. Cuanto más se desea salir, más se busca entrar en él. Se debiera llamar 'purificador'. Todo debe ser purificado. Nuestras mismas intenciones deben ser purificadas. Nunca sabemos si nuestras intenciones son perfectamente puras. Teresa del Niño Jesús, que era tan pura, ¿tenía siempre intenciones perfectamente puras? Ya le he dicho que yo no deseo evitar el Purgatorio.

YO: Marta, ¿podríamos hablar de otra cosa? Nunca me has contado gran cosa de tu juventud. ¿Has ido al colegio? ¿Qué has leído?

ELLA: Leí mucho cuando estaba en mi butaca, aquí al lado. Ya no podía andar. Me traían libros de todo. Bordaba baberos y más baberos. hacía baberos para poder comprar las medicinas; no teníamos dinero. Mi padre, recuerdo, me hacía rabiar. Me decía: "Marta, ¿has ganado para esa medicina que tomas?" Poco después, para curarme, han querido hacerme baños resinosos. Me metían en un horno. Yo llamaba a aquello 'mi cochura'.

YO: Pero tendrás seguramente algunos buenos recuerdos.

ELLA: ¡Cómo no! Tengo buenos recuerdos. Siempre me ha gustado reír. También ahora; me gusta mucho reír. Cuénteme, Vd. que sabe hacerlo, alguna historia que me haga reír.

—Guardo en mis alforjas algunas anécdotas. Son la sal de la tierra, el encanto de las largas conversaciones. El profesor Mandor aprendió de Alain que el primer regalo que hay que hacer a los amigos es una 'historieta'. Recuerdo algunas historias que hacían reír a Marta. Por ejemplo: la visita de un obispo a una 'santa'. Un obispo se había enterado de que en un convento había una monja santa; fue a toda prisa y dijo a la portera: "Vengo a ver a la santa". La portera, toda humilde, le respondió: "Soy yo, monseñor" El obispo se volvió.

Otra historieta (que debiera habérsela contado a Luis de Broglie) se refiere al cálculo de probabilidades y al principio de indeterminación. Cuando yo era alférez, castigué a un tal Martín, soldado, por el motivo siguiente: "El soldado Martín estaba probablemente borracho". Mi capitán me llamó y me dijo: "Señor filósofo, lo que Vd. dice es un absurdo.

El soldado Martín o estaba borracho o no lo estaba. Lo que no puede ser es que estuviera probablemente borracho”.

Marta comentó: “No castigue al soldado Martín”.

ELLA: En mi juventud teníamos veladas en las casas de los vecinos; se hablaba medio a oscuras, los viejos fumaban sus pipas, los hombres dormitaban, los mozos jugaban a las cartas. Mientras, nosotras jugábamos a la gallina ciega, al escondite y a otros juegos populares. Al fin se danzaba. Me gustaba mucho bailar: la polka, la mazurca, le saut-de-lapin y a veces el rigodón. ¡Oh, cómo me gustaba bailar, cómo me gustaba danzar! Ahora ya no puedo.

– Después de un paréntesis comenzó a hablarme de nuevo de las almas. Me decía: “él... él”. ¿Quién era “él”...?

ELLA: “Él” siempre está ahí para destrozarlo todo. Esto se derrumba. Va hacia el caos. Otras veces los religiosos confesaban a las religiosas. Oigo decir que ahora algunos se casan entre ellos.

Y Marta se echaba a reír con una especie de piedad y horror.

ELLA: Vd. que es de la Academia, que es, según creo, donde se define el sentido de las palabras, ¿me puede decir si habéis llegado a la palabra ‘faire’ (hacer)? Hay algo que no entiendo. Se hace un guiso. Se hace el bien. Se hace el mal. Pero ¿por qué se dice hacer el amor?

YO: Marta, me preguntas por la más indefinible de las palabras, una palabra que sirve para todo. Yo te respondería que hacer muchas veces quiere decir actuar. Hacer el amor es amar con el cuerpo.

ELLA: Bueno.. ¿Dónde llegáis en vuestro diccionario? ¿Os acercáis ya a Zorobabel?

YO: Hemos pasado ya “*chien*”? (perro) y “*cholestérol*” (colesterol). Pronto llegaremos a la palabra “*comunió*n”.

ELLA: ¡Comunió)n! ¡Oh, cómo me gusta esa palabra! ¡Comunió)n! Vd. debe decir que comunió)n es más que ‘unión’. que es ‘unión total’, para siempre. Es la alianza, la fusión... A propósito, ¿se acepta a las mujeres en la Academia? Me hubiera gustado sentarme en ella. Pero mi padre me dice con frecuencia: “Marta, Marta, no se llega al cielo desde un sillón”. Mas ya que hablamos de la Academia, dígame todavía una cosa. Cuando Vd. fue propuesto, había otro opositor que pensaba ganar, y oí decir que él había preparado unos pasteles. Me gustaría saber qué pasó con aquellos pasteles. ¡Me gustan tanto los pastelitos!

Después de este rodeo la conversación se elevó hacia las alturas. Marta se dirigió al padre Finet, que estaba en la oscuridad. “¿Recuerda Vd., padre, cómo le conocí? Vd. había venido a traerme un cuadro de la Virgen atado con cantidad de cuerda. Entró en mi habitación. Yo le había visto a Vd. seis años antes de su llegada aquí, durante la catástrofe de Fourvière, cuando era vicario de San Juan. Le llegué a ver con los bomberos y entre escombros cuando Vd. socorría a los infelices que estaban bajo las piedras. Le había visto antes de verle. Por ello le reconocí.

– Como me parecía que entreabría la reja de las confidencias intenté que me informara sobre sus experiencias, sobre lo que llamo “fenomenología” mística.

ELLA: Es totalmente diferente de lo que Vd. imagina. Es más evidente que la presencia de Vd. aquí. Antes, cuando yo tenía visiones de la Pasión, podía distinguir la expresión de tal o cual rostro al paso de Jesús y oía hasta las burlas de la turba. Ahora voy más a lo interior, estoy toda interiorizada, no veo nada absolutamente; estoy en comunión con lo profundo. He abandonado los atributos y me hundo en la Esencia.

YO: Pero, ¿me permites una pregunta más? Tú no has llegado a la Esencia, –como dices– de golpe. Ha habido una ruta, un camino, una subida como dicen los libros de mística, por ejemplo Santa Teresa de Jesús o San Juan de la Cruz.

ELLA: No he leído nunca esos libros. Además no me gusta leer. He tenido visiones imaginarias en las que veía las cosas fuera de mí. ¡Sentía entonces una angustia...! En estos asuntos no se está nunca absolutamente segura. Sin embargo, hay casos en que hay certeza, yo diría evidencia. Es cuando Dios obra lo que Él hace. Entonces Dios hace todo.

Al principio, yo tenía mis dudas, pues todavía estaba en las imágenes. He superado las imágenes. Ahora estoy, os lo repito en los atributos... y aun me atrevo a decir, he dejado los atributos de Dios para hundirme en lo que Vds. llaman la Esencia. Es más, he hecho un progreso en el interior de esta Esencia.

YO: Permíteme hacerte una pregunta indiscreta, pero corriente. ¿Tienes durante estas experiencias la impresión de que tu alma se desprende del cuerpo?

ELLA: No puede decirse que el alma se separa del cuerpo... Es arrebatada... algo extraño. Dios se manifiesta al principio por el temor. ¡Es algo tan nuevo... Tan inexpresable! Después se pasa a una paz que es un estado, algo más allá del tiempo. No se puede fechar, no se puede saber en qué momento se ha producido esto. No sé cómo decírselo. Una está fuera de sí misma y en sí misma. Una es arrebatada por el amor. No inevitablemente. Esto puede suceder o puede no suceder. Por ejemplo: después de comulgar sucede que siento una renovación pero no necesariamente en cada ocasión, pues puede ocurrir también, fuera de la comunión.

Intenté hablarle de los fenómenos que están ligados al misticismo: las visiones, los éxtasis, la levitación, la lectura del pensamiento, etc. Insistí sobre el fenómeno del “anillo de oro” que consiste en que el místico cree ver un anillo de oro en su anular.

ELLA: Sí, he conocido estas cosas; eso es superficial. Hace falta superar todo eso sin tantas historias. Me habla Vd. del anillo de oro. Lo he visto en mi dedo creo que una docena de veces. Pero dejadme que os diga que si es bueno tenerlo, es aun mejor no tenerlo. Eso que Vd. llama vida mística está en Vd. igualmente que en mí. La vida mística consiste en intentar ser uno con Jesús.

Hablemos de otra cosa. Nosotros nos parecemos. Vd. está clavado al pensamiento como yo estoy clavada al dolor. ¡Vamos! Debemos intentar desclavarnos, distraernos.

Pero ¿qué hora es? Para mí siempre es de noche y es siempre el dolor...

¿Por qué no hablamos un poco de sus libros? ¿Está Vd. escribiendo siempre? Me hacen leer sus libros. ¿Puedo confesaros que su estilo lo encuentro laborioso? El otro día quise que me leyeran el libro que ha escrito sobre “El amor humano”. No tengo que darle consejos, pero no podréis negarme que es algo oscuro. No debe Vd. intentar

escribir bien, demostrar elocuencia. Déjeme decirle que la elocuencia es muy diferente de la palabra. La elocuencia es humana; la palabra, divina.

La ignorante Marta no sabía que estaba transmitiendo un consejo viejo como el mundo, y que un clásico de todas las lenguas, reflexionando sobre el lenguaje, ya había dado. Platón, antes que Marta, había dicho que los vocablos son como pantallas que nos impiden escuchar la palabra continua, ese diálogo que el alma no cesa de tener consigo misma. El arte de hablar con elocuencia y el arte de escribir con retórica son sustitutos del pensamiento. Se trata, si se quiere escribir bien, de dejar explayarse a la palabra interior: eso que llamamos conversar. En su oscura habitación Marta no dejaba de conversar.

En resumen, haría falta hacer con la elocuencia, el lenguaje y la retórica lo que ella hacía con los estados místicos, lo que era su método universal: ir más allá.

Quiero decir otro de sus consejos a los escritores, oradores y profesores, dramaturgos y cineastas. Estaba yo en apuros porque tenía que dar un curso sobre un tema que conocía mal. Todo profesor, todo diputado, todo ministro conoce este género de tormento. Uno no puede saber de todo ni prever todo. Hay en tales casos el recurso a esos artificios, conocidos por los sofistas, que se enseñan a los estudiantes de oposiciones y que hacen que los escoliastas engendren escoliastas.

Marta no dudó. Inmediatamente me respondió: “Es muy sencillo. Vd. debe fijarse en un tema que conozca bien. Y después transportar. Los que se ejercitan en varias artes conocen el secreto de la transposición. Los pintores proyectan en el lienzo lo que canta un vocalista, otros reproducen musicalmente la cambiante inmovilidad de los colores. Los novelistas transportan: no escriben jamás sino una sola novela. Los predicadores no hacen sino un solo sermón y los ministros un solo discurso”.

Como veía que Marta condescendía en darme lecciones y ánimos, le confesé, como había hecho antes con Couchoud el desaliento del escritor que, después de reunir fichas, notas, documentos, tiembla ante la cuartilla en blanco. Entonces ella simplificando todo, o más bien sublimando a su estilo todo, me dijo: “Para escribir bien, para hablar bien no necesitáis más que una cosa: ser absolutamente Vd. mismo”.

Y me acuerdo que otro día, queriendo definir al Papa Pío XII, por el que sentía una secreta, tierna y atenta admiración, me dijo con una voz muy dulce y sin dudar de que fuera un ideal irrealizable: “Es tan transparente, es ya todo...”

Naturalmente intenté preguntarle sobre el porvenir de la humanidad. Pero ella siempre apartaba estas cuestiones curiosas. Sin embargo tomé nota de alguna de sus ideas que parecían escapársele sin que ella quisiera: “La victoria del mal irá acentuándose durante algunos años. Fijaos en Alemania: creo que va a buscar su futuro al lado de Rusia. Los americanos están demasiado lejos y no son seguros. Así, los alemanes se pondrían de parte de Rusia (y nosotros haremos sin duda, también lo mismo)”.

Durante los sucesos de 1968: “¡Si supierais cómo he rezado, cómo he suplicado para que no se vierta ni una sola gota de sangre! ¡Para que no intervenga el ejército! He estado muy temerosa de la intervención del ejército. Cuando el General ha buscado el apoyo del ejército, yo tenía miedo de que viniera y cercara París. Entonces supliqué. Me ofrecí a Dios. Yo no sé otra cosa que ofrecerme, sufrir. Pero tengo la convicción de que cuando Francia llegue al límite, entonces se producirá una intervención de Dios”.

“¡La bomba atómica! Cuando se piensa que pronto la tendrán las naciones pequeñas, y que bastan dos locos para trastornar todo... Intento cargar sobre mí el pecado del mundo. Tal pecado es espantoso. Es horrible pensar lo que los hombres han hecho de su libertad. ¡Qué descontento estará Dios! ¿Cuánto tiempo durará esto?”

“Sufro en mi cuerpo y en mi espíritu más de lo que Vd. puede imaginar. También yo tengo tentaciones terribles. Y comprendo que no conviene dejar veneno sobre la mesilla de noche de los enfermos”.

Fue aquel día cuando me habló de ése a quien no nombraba nunca y cuando me dijo: “¡Ese tal! ¡Gracias!... Le conozco, es muy inteligente. Y, ¡si Vd. supiera qué bello es! Dios le ha dejado su belleza, su grandeza. Es astuto. Busca el lado ridículo. Cuando tú le coges por un lado, he aquí que viene por el otro... Pero sabe muy bien que está derrotado. De veras, su oficio no es muy interesante”.

YO: Luego ¿tú tienes relaciones con él?

ELLA: ¡Oh! No propiamente relaciones. Me limito a sufrir sus ataques. Varias veces me ha sucedido que he visto su rostro. Ya os he dicho que es bello de verdad. Pero no puede afirmarse que su rostro sea claro. Más bien habría de decirse que deslumbra. Siempre está rabioso. Pero cuando aparece la Virgen no tiene sobre ella ningún poder. La Virgen es tan bella... no sólo en su rostro, sino en todo su cuerpo. En cuanto a él, es capaz de imitar todo: imita hasta la Pasión; pero no puede imitar a la Virgen. No tiene poder sobre ella. Cuando la Virgen aparece, ¡si vierais qué voltereta...! ¡Os moriríais de risa!

YO: ¿Y los ángeles, Marta?

ELLA: ¿Los ángeles? A Miguel le veo con su espada, con su escudo. También he visto a Gabriel. Es alto.

YO: ¿Se te puede preguntar cuáles son tus santos preferidos?

ELLA: Amo a Juana de Arco. Para ella Jesús y la Iglesia son lo mismo. Esto no tiene dificultad. Os diré que lo que prefiero de Juana de Arco, no son tanto sus combates, sino su suplicio. Cuando afirmó que una vez muerta todo el mundo la amaría, no se equivocó. Esto me trae al pensamiento las palabras de Jesús: “Cuando sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia Mí”.

YO: Y Catalina de Siena, ¿te han hablado de ella?

ELLA: Pienso que era muy distinta en el plano político. Yo sé de dónde le venía la fuerza. Era menos de su palabra que de su sangre. Si en nuestros días yo intentara imitarla y partiera hacia Roma, terminaría en una comisaría.

He oído que un erudito árabe, no pudiendo resolver un problema de filosofía, leía y releía el Corán, frunciendo el entrecejo, a causa de un acento puesto sobre una palabra, el cual oscurecía todo. Su mujer, que estaba a su lado, sopló. El acento era una mota de tabaco. Marta soplaba mis motas de tabaco; me hacía pensar en esta observación que hace tiempo leí en un filósofo inglés: “Levantamos nosotros el polvo y después nos quejamos de no ver”.

Al fin de la conversación, Marta tomó la palabra y me dijo: “Vd. me ha estado preguntando, ahora soy yo quien le pregunta. Vd. ve con frecuencia al Papa Pablo VI, y

yo tengo curiosidad de saber cómo se encuentra. Creo que debe aconsejarle que sea firme. En el fondo todo el mundo está con él, pero no se da suficiente cuenta de ello. ¡Ah! Si supiera decirnos después del Concilio las verdades fundamentales, aquellas de las que tenemos más necesidad. Si le ve Vd., dígame que estoy siempre a su lado. Dígame sobre todo que comprendo sus angustias, sus tentaciones. Y cuando hablo de tentaciones, sé lo que me digo. Pienso que él cuando se siente cansado tiene la tentación de presentar la dimisión, o si se siente enfermo, o si cree que las fuerzas le van a faltar. Hace falta que Vd. le repita sin cesar que tiene todavía tiempo ante él, que no debe dimitir. Cuando Juan XXIII fue elegido Papa, yo estaba segura de que Mons. Montini le sucedería. Creo que permanecerá algunos años entre nosotros, pues no veo ningún otro obispo capaz de reemplazarle. Vuelvo sobre sus tentaciones. Dígame que yo las conozco peores. Hay días en que no puedo más. ¡Tengo tantos deseos de ir a Dios!...

El padre Finet me había contado el especial diálogo que tenía con Marta los viernes: “Padre, Vd. sabe que hoy es viernes. Tengo la sensación de que no tendré valor, que no aguantaré. Y oigo una voz que me dice: Continúa, Marta debes morir con las armas en las manos”.

ELLA: ¡Desearía tanto morir! Pero el padre no me da permiso. ¿No es así, padre? (Lo decía gentilmente, afectuosamente, volviéndose hacia él que estaba en la oscuridad). ¿No me permite Vd. morir? (Silencio del padre Finet) ¿Cuándo me lo permitirá Vd.?

YO: A mi juicio, Marta, lo que es penoso en la muerte no es el morir. La muerte no nos trae un mal. Es el juicio. Es eso de encontrarse solo ante Dios...

ELLA: Se suele decir con frecuencia que no se puede ver a Dios sin morir. Pero en Jesús se ve a Dios y no muere uno; se ve a Dios y se vive.

YO: Marta, ¿me puedes decir cómo imaginas lo que te sucederá cuando mueras?

ELLA: Para mí no hay demasiada diferencia entre la vida que llevo al presente y la vida después de la muerte, excepto el sufrimiento. Yo estoy ya un poco como se está en el cielo, con el añadido del dolor. Pero estad tranquilo, una vez allí, no me olvidaré de los que he amado. Los tomaré conmigo. Yo no estoy con quienes amo, soy ellos. ¿Me pregunta Vd. qué anhelo hacer cuando haya muerto? Bien, os lo voy a decir: brincar (*gambader*).

Vuelto a casa, me preguntaba qué podía significar esa palabra *gambader* que oía por primera vez de su boca. *Gambader*, me decía yo, significa retozar, hacer cabriolas, dar brincos. ¿Qué querría decir Marta? Además me había dicho: “Cuando haya pasado al otro lado, creo que estaré más ocupada que en la tierra. Estaré de cabeza, pues hasta el fin del mundo habrá tanto que hacer...” Pero Marta había cambiado de asunto y, de pronto, me dijo: “¿Por qué no hablamos un poco de pintura? Me parece haber oído que Vd. pinta cuadros. Me gustaría saber sobre qué temas. ¡He amado tanto la luz! ¡Es tan bella la luz!” Pronunciaba la palabra luz con alegría. Palabra que ella misma es luminosa y que Marta hacía resplandecer.

YO: He tomado asuntos sacados de la Escritura. Como fra Angélico he pensado que la pintura debía ser una especie de contemplación.

ELLA: ¿Qué asuntos?

YO: Lo que me venía a la mente sin reflexión: Dios creando la luz, Dios creando al hombre y la mujer, Dios creando la primavera, Dios creando el dolor, Abraham inmolando a su hijo Isaac, Jesús y la samaritana. Ahora querría ejercitarme en el Vía

Crucis. Me parece que el rostro de Cristo, sobre todo el de Cristo en su último día, el de Cristo al lado de su Madre, es el más hermoso tema que puede existir para un pintor.

ELLA: Yo en vuestro lugar, si tuviera que realizar el rostro de Cristo, lo haría joven. Le haría no demasiado sangrante. Recuerde que Jesús dijo a las mujeres de Jerusalén: “No lloréis por Mí, llorad por vosotras” Y, esas pinturas que va Vd. a hacer ¿no podría entregárnoslas al padre o a mí? Nosotros las expondríamos. Después posiblemente nos las quedaríamos.

Recuerdo haberle citado el texto de Pascal en “El Misterio de Jesús”, donde Pascal hace decir a Jesús: “¿Quieres que siempre me cueste la sangre de mi humanidad, sin que tú des tus lágrimas?” Entonces Marta me dijo con voz inquisitiva: “¿Pascal dijo esto? “Sí, Marta, Pascal dijo esto, le respondí. Y ella replicó: “La sangre y las lágrimas...” queriendo dar a entender que ella sabía de ambas cosas, y aun de lágrimas de sangre.

– Recuerdo haberle hecho una última pregunta: “Marta, tú hablas de un Pentecostés de amor. ¿Cómo te imaginas ese Pentecostés de amor?”

ELLA: ¡Oh! En modo alguno en forma extraordinaria. Lo veo como apacible, lento. Pienso que se realizará poco a poco. Es más, pienso que ha comenzado. En cuanto al porvenir, Vd. sabe que se me atribuyen muchas ideas sobre el porvenir. No sé nada, salvo una cosa: el porvenir es Jesús.

¿Qué hora es? ¿Es por la tarde? Siempre es de noche para mí. Vd. cenará con nosotros. Oigo pasos en el salón. Debemos separarnos... Al Dr. Couchoud le dije: Ahora un abrazo. Entre los que se aman sobran palabras, basta el silencio... Esta tarde tengo mucho que hacer. Siempre ando retrasada con el correo... Pero pasad ahí, al lado... Vais a tomar la cena conmigo. Va Vd. a sentarse a la mesa en el sitio donde yo me sentaba con mis padres cuando era pequeña. Yo oiré el ruido de los cubiertos en los platos.

7. LOS DICTADOS

La mayor parte de los místicos nos son únicamente conocidos por sus escritos, o mejor dicho por sus palabras que se recogieron en el tiempo en que no existía el magnetófono o los microsurdos. Jesús, que no escribió sino una sola vez y está en la arena, no nos es conocido más que por sus palabras. Según Pascal, Jesús decía las cosas tan sencillamente que parecía que no las había pensado, y tan claramente que se veía bien lo que Él pensaba. Tal claridad, unida a tal sencillez, son admirables. Así era el estilo de Marta sin que ella tuviera conciencia de ello. Tenía el privilegio de ignorarse a sí misma; y nada más bello en el mundo como el rostro de una mujer que no intenta gustar.

Marta no ha trazado más que unas pocas líneas de propia mano. Su voz ha hecho escribir mucho y hasta su última hora dictó su correspondencia. Desde sus 25 años había tomado la costumbre de dictar al primero que llegase. Estos dictados se hallaron, y por casualidad, después de su muerte en el fondo de un armario de su habitación. ¿Serán quizás publicados algún día como se ha hecho con los comentarios del padre Foucault sobre la Escritura o con los cuadernos de Simone Weil? Entonces se ejercerá sobre estos dictados la crítica de las fuentes.

Yo he quedado sorprendido por esta masa disparatada, extraña, volcánica de meditaciones, gritos del corazón, visiones, sollozos. Hay páginas impubricables, insoportables para la sensibilidad moderna; como son las exploraciones de la Gehenna de fuego. Pero estas bajadas a los infiernos, ¿habrían desagradado a Virgilio o al Dante? Por contraste he hallado visitas imaginarias y precisas a Tierra Santa, relatos de la Pasión que son comparables a las visiones de Catalina Emmerich, a las que Clemente Brentano dio forma y que iban a inspirar a Paul Claudel.

Los escritos que registran como en un magnetófono el murmullo que fluye sin cesar de la memoria son fatalmente monótonos, como el mar o como el dolor. El amor humano y el amor divino se repiten sin poder traducirlos, porque son inexpresables en palabras. Además la originalidad de Marta Robin no está en el estilo, sino en ser pensamiento encarnado; aquí el pensamiento no se separa de 'la carne y de la sangre'. Con mucha frecuencia la palabra nos sirve para disimular y exageramos nuestra alegría y nuestros llantos. ¿Quién puede proclamarse sincero? La única prueba de sinceridad será que el poeta haya verdaderamente amado, verdaderamente sufrido por lo que él ama, que llegue a realizar en su carne y sangre lo que ha cantado, como Péguy, quien, después de haber cantado la muerte de los combatientes por la ciudad carnal cayó en una batalla.

El estilo dictado por Marta era diferente de su palabra ordinaria, tan campesina, tan concreta y tan sencilla. Pero esto nos sucede así a todos y quedaríamos sorprendidos si hallásemos recogido lo que hablaba Bossuet o el mismo san Pablo. Cuando Marta dictaba se despertaba en ella una segunda Marta más oratoria. Era una Marta exaltada, ardiente como el fuego. Pero el paroxismo es el lenguaje de la plenitud. He aquí una carta a una novia que da idea de su estilo:

“He leído con mucho cariño y con mucha emoción tu carta tan sencilla y llena de amor para todos a quienes deseas poder amar y que te son más motivo de dolor que de consuelo y amor. Pero Jesús que es vida de nuestra vida, veló sobre ti desde tu más tierna infancia y veló igualmente sobre el joven con el que harías te encontraras para que formarais juntos, en el sufrimiento, es verdad, pero también en el gozo y en la esperanza, un hogar, un verdadero hogar en el que os amarais intensamente, fielmente por el sacramento y amarais a los hijos que Dios en su amor quiera concederos.

Esfuézate, mi pequeña, en superarte, sin mirar tanto hacia atrás, sino al presente y al porvenir, para vivir lo que no habéis conocido en vuestros respectivos hogares, y dar luz en torno vuestro.

No puedo responder a todos los temas de tu carta, pero sí te prometo rezar mucho por ti y por tu prometido, por el acomodo en vuestro hogar para que encontréis una vivienda digna, a la que los dos llevéis la alegría en la fe y en el amor”.

Marta hacía versos. Había caído en la cuenta, sin duda, de que es más fácil hacer malos versos que buena prosa, que nuestros más bellos sentimientos se expresan fácilmente en unos alejandrinos, lo que tampoco ignoraba Voltaire, y que nada añadió a su gloria. Las dos místicas francesas más célebres en el siglo XX, Teresa del Niño Jesús y sor Isabel de la Trinidad, hicieron versos. Y recuerdo que Jacqueline Pascal, a los siete años, consiguió ablandar con sus versos infantiles al terrible cardenal Richelieu:

*Puesto que soy objeto del agrado divino
No tengo mal contento, pues no tengo deseos.
Todo de Dios me viene, y de todo me alegro.
A Él recorro en todo, y mi alma a Él confío
Porque a su corazón recurrir siempre puedo
Y no encuentro en la vida de qué preocuparme
A Ti, pues, Jesús mío, todo mi ser entrego
Y nada ya me importa, sino oír bien de Vos.
El pasado, el futuro en nada los aprecio,
En el actual momento el amor es mi ley.
Y con Él a mi lado en nada titubeo.
Sublime precursor, Él allana mi ruta,
Y de ninguna cosa, sino de amor entiendo
Y de éste vive mi alma como respiro el aire,
Mi corazón palpita sin cesar en mi pecho
Mas la eterna alianza anhela mi deseo.*

22 de octubre de 1936.

“A veces me admiro de que en medio de tantos sufrimientos mi alma sea tan melancólica, tan extrañamente bella, con una melancolía que está lejos de ser tristeza, pues ella mantiene mi alegría, me da a Jesús, me entrega toda entera a su amor y pone, al mismo tiempo, en el corazón y en los labios el desahogo necesario a mi estado. Por esto, nunca el tiempo se me hace largo y jamás se me ocurre pedir consuelo o descanso en mis dolores. Pero hay algo infinitamente mejor en mí que lo que hay de mí misma... Está Jesús, amor supremo e infinito que vive en mí y me sostiene en todas mis agonías.

Desde aquellos primeros favores de octubre de 1930 hasta hoy, cada semana se confirman en mí las palabras de Nuestro Señor y he sido llamada a vivir las diferentes fases de la Pasión en las mismas horas en que Nuestro Señor las vivió.

Cada jueves todo mi ser es oprimido por sufrimientos espirituales, angustias, tristezas, dolores de alma, de corazón y cuerpo que van en aumento a medida que se acerca el estado de agonía que invade todo mi ser. Un inmenso pavor trastorna mi alma que sucumbe bajo el peso del pecado que ella soporta. El alma tiene miedo, mucho miedo. Se siente sola, desolada, abandonada de Dios, con un vacío horroroso que de pronto el infierno invade con sus horrores. Surgen los demonios para acentuar el espanto del alma y empujarla al desconcierto en el que sucumbiría fatalmente si una gracia especialísima de Dios no la sostuviera en esta espantosa soledad. Convertida en pecadora, es aplastada bajo tal peso, apartada de Dios, rechazada de su presencia,

entregada a todos los asaltos de los demonios que se ensañan con ella para detenerla e impedirle aceptar la voluntad de Dios, cuyo apoyo no siente ya en absoluto. El cielo parece definitivamente cerrado para ella. Horrorosas visiones la invaden para encadenarla en el desaliento y ensombrecerla. El Señor me mostraba su cruz, que yo veía interiormente, muy claramente. Era una visión totalmente interior, una visión del alma, muy precisa, más segura que la visión ocular, pues los ojos se pueden engañar. Los ojos del alma no se engañan, pues hay algo que les obliga a ver. La vista del cuerpo a veces puede tener fallos. Por defecto de visión creemos ver sombras. Esta visión del alma es ajena a nosotros mismos, se impone al alma que no puede no ver, no podría eludirla. El alma es objeto de una voluntad infinitamente superior, distinta de la suya.

Esta cruz, es decir, la cruz de Jesús, me parecía pesada, enrojecida por la sangre. Jesús me la presentó, comprometiéndome a tomarla; lo que yo acepté inmediatamente cubriéndola de besos y abrazándola. En ese momento yo fui tendida sobre ella por el mismo Señor Nuestro y clavada de nuevo. Me parecía: para siempre.

A veces yo conocía de una manera muy íntima que todo lo que soportaba es querido por Jesús y se cumple en mí por su voluntad amorosa. Él mismo me carga en tal momento su cruz para que suba con ella al Calvario; la siento apoyar muy pesadamente sobre mi hombro derecho que sangra a veces con el roce: mi ropa tiene señales de esto. Caigo con Jesús en la vía dolorosa, mi cuerpo es elevado bruscamente, cae brutalmente sobre el colchón; el dolor es inexpresable. Además de estas manifestaciones divinas, están los asaltos del demonio que se ensaña sin descanso en mí, se apodera de mi cuerpo y lo zarandea brutalmente de un lado a otro. La cabeza choca con violencia contra los objetos que rodean mi lecho, cómoda de mármol, mesa... Arrebata a veces la ropa de mi cama y hasta la almohada. Mi mamá tiene que volver a colocarlo en su sitio. A pesar de su furor y sus aparentes ventajas, jamás ha podido tirarme de mi cama; gracias –¿hay que decirlo?– a la intercesión verdaderamente maternal de la Virgen, unas veces directa, otras de manera más íntima; gracias también a la protección de los ángeles que me asisten durante toda la pasión y me defienden del infierno.

Llegada al Calvario, durante los preparativos para la crucifixión, mi alma está llena de dolor y alegría, porque la voluntad del Padre se va a realizar perfectamente en mí. No, no me atrevo a decir perfectamente, pues estoy siempre muy por debajo de su exigencia de amor, por causa de mi miseria y mi extrema debilidad ante cada nueva exigencia de su corazón.

Me dejo extender sobre la cruz de Jesús y crucificar todos mis miembros. Por un efecto totalmente directo de su voluntad, mis manos y mis pies sangran más o menos en este momento. Presa de estos múltiples sufrimientos, me siento elevada en la cruz en ofrenda suprema de todo mi ser entregado al amor y a la justicia del Padre, con Jesús que sufre y se ofrece en mí y por mí, sostenida por la oración de la Santísima Virgen, que vela maternalmente por su hija, asistida de los ángeles que me rodean con un respeto asombroso.

Durante estas horas de agonía y tortura de todo mi ser, mi cabeza, como la de Jesús, se mueve de derecha a izquierda en un movimiento alternativo, sin encontrar jamás reposo ni descanso. De mis labios se escapan sin cesar dolorosos gemidos, que se hacen cada vez más débiles según se aproxima la muerte.

Y así continúo, siguiendo a Jesús en todas sus etapas dolorosas, viviendo en mi alma las invectivas de los verdugos que son repetidas por los demonios. Cuando el prendimiento, siento en mi cuerpo los mordiscos punzantes de los cordeles con que atan las muñecas y el cuerpo; experimentando en mí misma, como si yo cayera

realmente, los golpes de las sucesivas caídas, sacudida brutalmente como el mismo Jesús; presa de las risas burlonas de los demonios que se mofan de mí, intentando persuadirme de que sabrán hacer inútiles todos estos dolores, remedando así a la turba que se reía y mofaba de Jesús en estos pasos.

Después de las afrentas y los dolores del Pretorio, experimento las invectivas de la turba mientras cruzo la ciudad hasta el foro. Allí conozco todos los sufrimientos de Jesús, y especialmente el de la flagelación, que con frecuencia han marcado mi cuerpo, y particularmente mi espalda con llagas semejantes a los golpes del látigo.

Todo mi ser acepta el sufrimiento, mi casi total incapacidad física, más generosamente, cada vez, con mucho mayor abandono, mayor desasimiento y más total renuncia.

Sin embargo, ¡cómo siente la pobre naturaleza la pena de constatar a veces su total impotencia en una infinidad de cosas que forman a modo del cañamazo de la vida!

Pero aun así, cuando se ama a Jesús y se le ama con amor puro, una permanece tranquila, sonrío con alegría y con amor, a pesar de los dolores que la ahogan, a pesar de los desgarrones que la torturan y los sufrimientos punzantes; a pesar de las desoladoras pruebas y su dejo amargo.

Estar enferma es estar abocada a humillaciones, privaciones y miserias; mas humillaciones, privaciones y miserias se transforman en otras tantas lámparas ardientes para el alma que quiere amar a Dios.

No, el camino del Cielo no tiene nada de terrorífico, cualquiera que sea su oscuridad no hay motivo para desanimarse jamás. ¡Oh, cómo me gustaría saber decir, afirmar que el sufrimiento se llena de luz para las almas pequeñas que se abandonan en el Señor! “Si alguien es pequeño que venga a Mí y Yo mismo seré su fuerza y su consuelo”. Conmovedora verdad, pues es certísimo que el alma, dócil a la gracia, se confía gozosamente a quien no puede defraudarnos.

En los brazos de un Amigo tan compasivo, de un Padre tan tierno, de un Esposo tan amoroso como Él, se puede sufrir, se puede llorar, se puede languidecer. No, nadie mejor que Él puede comprender y calmar. Los consuelos humanos son muy fríos al lado de los de Dios. Todo apoyo humano es una caña demasiado frágil para ser un buen apoyo de los que sufren. Sólo Dios, que ha soportado hasta lo infinito todos los dolores, puede suavizarlos todos. El amor cincela los corazones, el amor purifica; el dolor da paz. ¡Oh Jesús! Cómo sufre tu pequeña víctima y cómo te ama ya que Tú le has dado el amor. Lejos de Ti no soportaría vivir ni sufrir. ¡Oh Jesús, guárdame siempre! Yo te pertenezco. Dame paciencia y calma en todo. No miremos ni demasiado adelante, ni demasiado alrededor... siempre a lo alto.

*Y cuando en vuestro nombre, para salvar un alma
con plena confianza el cielo alce mi grito,
Señor, que vuestro Espíritu haga brotar en mí
una llama inmortal y ella inflame mi espíritu.
Cuando vaya a buscar a la oveja perdida,
vayan nuestras pisadas por un mismo camino,
y tras muchos esfuerzos, si la llevo a tu lado
que la sepa guardar en vuestro amor divino.
Vuestra piedad inmensa por quien sufre abandono
pueda siempre leerse en mis rasgos, oh Cristo;
vuestra ternura amable y fuerte, en mi sonrisa,
en mis ojos y labios, vuestro perdón divino.*

*Cuando en mi ser profundo busque aquella palabra
vibrante y eficaz que produce los santos,
¡Oh Jesús! Que se llene mi corazón del vuestro
y consiga que os amen tanto como yo os amo.*

Pentecostés

“Envía, Señor, tu Espíritu y todo se creará, y renovarás la faz de la tierra”.

Señor, renovad vuestro primer Pentecostés. Conceded, Jesús, a todos vuestros queridos sacerdotes la gracia del discernimiento de espíritus, colmadlos de vuestros dones, aumentad su amor, haced a todos valientes apóstoles y verdaderos santos entre los hombres.

Espíritu Santo, Dios de amor, venid como un viento potente, a nuestras catedrales, a nuestras iglesias, a nuestras capillas, a nuestros cenáculos, a las más lujosas mansiones como a las más humildes moradas. Llenad la tierra entera de vuestra luz, de vuestros consuelos y de vuestro amor. Venid, Espíritu de amor, traed al mundo el frescor de vuestro soplo santificante. Envolved a todos los hombres con el fulgor de vuestra gracia. Arrastradles a todos en el esplendor de vuestra gloria.

Venid a reconfortarles en este presente tan cargado de angustia, iluminad el porvenir incierto de tantos, reafirmad a aquellos que titubean también en los senderos divinos. Espíritu de luz, disipad todas las tinieblas de la tierra, guiad a todas las ovejas errantes al divino redil, traspasad las nubes con vuestras misteriosas claridades. Manifestaos a los hombres y que ese día sea el anuncio de una nueva aurora. Llenad todos los corazones de vuestros dones múltiples y preciosos. Fruto divino de la inmolación del Calvario, prenda magnífica de las promesas de Cristo. Espíritu divino, fuego de amor, gozo que sobrepasa toda la plenitud, luz que ahuyenta las más lamentables oscuridades, inspirador de toda alabanza, Espíritu de la Verdad, poned en todas las almas el gusto de las cosas santas, hacedlas penetrar en las profundas bellezas de vuestras misteriosas moradas. Que entren en el reino secreto de los misterios divinos según la promesa del Verbo, y su vida, totalmente transformada, transfigurada, divinizada en Cristo, alcanzará una fuerza infinita por el valor mismo de vuestras divinas riquezas.

Divino consolador de nuestras penas, encanto precioso de fecundas soledades, animador de todas nuestra alegrías, germen sagrado de toda vida espiritual, extended sobre todo el universo vuestra inmensidad. Llenad el mundo de vuestra plenitud. Absorbed nuestra sustancia humana en el misterio de vuestra amistad divina, imprimid en los corazones el sello de las promesas del Padre, despejad toda sombra de nuestras frentes, poned sobre todos los labios la embriaguez del cáliz de Jesús y pronto toda una cosecha de santos saldrá a la luz.

26 de mayo de 1939.

“Y aun cuando hubiera consultado todos los libros que tratan de los mayores favores, de los más elevados con que Dios pueda favorecer a un alma, todavía no habría dicho nada. Por lo demás, esto es lo que me ha sucedido cuando he pedido que me leyeran algunos libros para que me fuera más fácil decir lo que debía sobre las inauditas gracias que yo recibía, (lo que me resultaba imposible en cada ocasión que lo intenté). El Señor me había reprendido por ello severamente con estas palabras: “¿Es que no te soy bastante?” ¡Oh mi Jesús, –gritaba yo toda confusa– Vos me habéis dado todos los bienes en abundancia, pues Vos mismo os habéis dado a mí, todo entero, y en Vos están todas las perfecciones y los tesoros infinitos de vuestras gracias y dones. Yo he bebido gratuitamente las aguas vivas y comido el buen fruto de la ciencia. Nuestro

Señor que conoce mi excesiva pobreza y miseria, tiene compasión de mi debilidad y me enseña Él mismo las cosas que quiere que yo sepa y manifieste. Y por cierto que, mientras se me hace la lectura en alta voz, las más de las veces no me entero de nada de lo que se lee y no me queda de ello más que la fatiga que he experimentado. Jesús es para mí el libro de los libros, en el que me está permitido leer, sin tregua y sin cansancio. Es en este libro en el que el Señor me ha enseñado todo lo que sé y lo que debo decir; y desde el santo tabernáculo, desde donde Él me habla, Él me ha saciado cuando tenía hambre de cosas tan buenas, tan bellas que sobrepasan toda descripción.

Además yo soy tan estúpida que, aunque pudiera leer, apenas serviría para nada. He notado siempre que Nuestro Señor no quería que leyera; de otro modo me hubiera dado posibilidades de hacerlo. Hubo un tiempo en que pensé que leer las obras de los grandes santos me ayudaría a explicarme más fácilmente sobre lo que el Señor obraba en mí y sobre las preguntas que se me hacían, pero el Señor me mostró que tal cosa no era conforme a su voluntad.

La Trinidad

¡Oh Trinidad Santa y Eterna! Os adoro y os alabo en Vos misma y en vuestras obras, en la unidad de vuestra esencia, en la igualdad de las Personas, en la profundidad de vuestra ciencia, en la inmensidad de vuestra sabiduría, en la extensión de vuestra providencia, en la belleza de vuestros misterios, en la obra de vuestras obras, que fue hacerse Dios hombre y una Virgen Madre de Dios. ¡Oh obra inefable e incomprensible!

Obra digna sólo de la grandeza y el poder del que la realizó. Obra maestra de vuestras obras, origen de vuestros misterios, expresión de vuestras grandezas, sol de vuestras maravillas. Obra que contiene vuestra esencia, se termina en una persona y produce la más eminente dignidad que haya en el ser creado fuera de la divinidad.

Y esta obra tan bella y tan admirable, tan grande y tan santa, tan magnífica y tan eminente, se realiza en un instante, pero no para ese instante sino para la eternidad... Se realiza en el tiempo, no para un tiempo sino para los siglos de los siglos... Se realiza en Nazaret, no para Nazaret sino para toda la humanidad... Se realiza entre los hombres, pero es para los ángeles, para los hombres y para el mismo Dios. Pues da una madre a Dios, un rey a los ángeles y un salvador a los hombres. Convierte a los hijos rechazados al amor del Padre.

¡Oh Trinidad Santa y Admirable! La Encarnación es la obra maestra de vuestro amor, la que va imitando y expresando la vida, la comunicación, la sociedad y las relaciones íntimas que contemplamos y adoramos en las tres divinas personas; pues Vos obráis todas las cosas para Vos mismo, contemplandoos en ellas.

Vos queréis expresar en esta obra de amor, de misericordia y de paz una idea de Vos mismo. Vos queréis en honra a esta vida y comunicación divina y eterna hacer una comunicación divina y temporal; Vos queréis entrar en sociedad y comunicación con vuestras criaturas, para extender y honrar la comunicación y sociedad que hay entre las divinas personas.

Yo adoro, Padre Todopoderoso, el amor infinito que os inclinará a entregar a vuestro Hijo, el bienamado de vuestra eterna complacencia, vuestro único, al mundo perdido por el pecado original y los múltiples pecados actuales. Yo adoro esta misma divina caridad que se manifiesta en la elección de los medios empleados para la Encarnación.

Vos no quisisteis recurrir a vuestra omnipotencia, sino que apeláis a vuestra divina sabiduría, a vuestra bondad, a vuestra misericordia, a vuestro amor. ¿Podrías acercaros a nosotros por otros caminos? ¿Quién podría vislumbrar también cuán querida y preciosa os es la Virgen María? La habéis creado y enriquecido de los mayores dones de gracia para que fuera digna madre de vuestro Hijo bienamado. En el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria ella es la obra maestra salida de vuestras manos divinas. En el orden de la existencia de las cosas creadas, Vos jamás habéis ordenado, ni ordenaréis jamás, cosa alguna mayor, más noble, más perfecta que la bendita Virgen.

Vuestra Encarnación, oh Verbo divino y eterno, es el punto centro del mundo. Preparado desde la eternidad, y sus consecuencias se extienden más allá de los tiempos y abarca toda la eternidad.

Os adoro cuando aceptáis y recibís de vuestro Padre la suprema misión de rescatarnos, de salvarnos, de librarnos de la esclavitud del pecado, de rehabilitarnos, de volvernos a la vida de la gracia perdida por este mismo pecado, y de disponernos, de incorporarnos a la vida eterna de la gloria.

Os adoro, oh Jesús, cuando os aprestáis a despojaros de los esplendores de vuestra gloria para haceros como uno de nosotros... Pero, ¿qué diré, oh Verbo divino, de vuestra relación con María en el momento de la Anunciación?

Vos quisisteis ser hijo de esta Virgen sin mancha, como sois Hijo único de Dios, para darnos también una madre cerca de Vos. Tenéis a Dios por Padre y quisisteis tener a María por madre para dárnosla y dárnosla a todos.

Por vuestra omnipotencia y vuestra infinita bondad la hicisteis digna Madre de Dios, para que fuera madre de todos los hombres. Le obedecisteis en esta vida terrestre y, coronando vuestra obra, le concedéis que tenga ya en el cielo la gloria que corresponde a su sagrada dignidad.

Yo os adoro, Espíritu de poder de luz y de amor que obrasteis en María la augusta obra de la Encarnación. Convenía que esta obra fuera atribuida al Amor, al vínculo viviente del Padre y del Hijo. Con cuanta perfección, oh divino santificador, habéis enriquecido el alma inmaculada de la augusta Madre de Dios, adornándola de todas las virtudes, de todas las gracias, de todos los dones.

Os adoro, Espíritu de amor, cuando formáis milagrosamente en María el cuerpo de nuestro divino Salvador. Ante tan gran misterio, ante tal maravilla me inclino, mi corazón queda mudo de admiración: “Et concepit de Spiritu Sancto” y todo mi ser vibra de agradecimiento.

¡Oh, qué dulces momentos se deslizan en mí! Es una felicidad comparable solamente a la bienaventuranza de los ángeles y de los santos.

Sí, soy feliz ¡oh amado mío! porque siento palpitar mi corazón en el vuestro, porque os siento en él viviente y soberano. ¡El Señor en mí! ¡Qué misterio! Me siento en el paraíso. Una y otra vez al sentirlos así palpitar, Jesús en mi corazón voy a morir. ¡Oh Jesús! ¡Si un día se pudiera decir que vuestro amor me ha consumido, no por efecto de mis esfuerzos, sino por efecto de tu gracia! ¡Que estoy muerta, no “de muerte”, sino viviendo de amor por Vos!...

¡Oh Dios mío! Si Vos me dais tanta paz, si Vos me hacéis tan feliz sobre la tierra, ¿qué será en el cielo?

Le suplico que suspenda estos dones, pues es demasiado...

¡Oh! Si supieran todos cuán hermoso es Jesús, cuán dulce y cuán soberanamente amable, no se buscaría más que su amor. ¿Cómo es tan poco amado? ¿Por qué sucede que todos los corazones no corresponden al amor misericordioso de Jesús? Nuestro corazón está hecho para amar una sola cosa: a nuestro gran Dios de amor. ¿Qué amaremos si no amamos al Amor?

29 de agosto de 1932.

En esta antología quiero últimamente recoger una visión mariana de Marta del 1 de agosto de 1942. Tal visión no es indigna de testimonios tan conocidos de los católicos después de la aparición de 1830 a Catalina Labouré.

Visión de la Virgen

La Virgen está de pie, los brazos abiertos casi a la altura de la cintura con un gesto muy maternal, o mejor, en un gesto de acogida muy maternal; los codos no tocan su cuerpo, pues se puede ver un poco del interior de su manto entre el codo y el busto. Las dos manos están abiertas hacia delante, casi de cara, ligeramente curvadas como para recoger a sus hijos que van hacia ella. Con el mismo gesto la Virgen parece traer a sus hijos la plenitud de dones y gracias de Dios.

Esta Virgen cierra una etapa y abre otra. Cierra la etapa de los avisos suplicantes, de las amenazas incluso de Dios, en el curso de sus múltiples apariciones en Francia y en otras partes en los últimos siglos. Y abre el tiempo del desbordamiento de la misericordia de Dios a favor de sus hijos que no han comprendido ni sus advertencias ni sus amenazas. Como no hemos escuchado los avisos divinos, hemos sufrido los castigos anunciados por la Virgen. La misericordia de Dios es incansable y la Virgen, sin tener en cuenta nuestras faltas, se hace manifestación, más aún, sacramento de la misericordia de Dios.

Su rostro es de una belleza incomparable. (No se pueden describir los rasgos de la Virgen porque son todos perfectos). Es dulcemente luminoso, no brillante, lo que le hace más bello. La Virgen me maravilla por su belleza, por su actitud, por su gesto; sin embargo atrae y lleva tras sí. No se le ocurre a una ponerse de rodillas, caer de rodillas ante su aparición, sino volar hacia ella no para pedirle algo, sino por un sentimiento de agradecimiento y amor. Vienen ganas de decirle: "Mamá querida, nosotros, vuestros hijos, sabemos bien que nos queréis llenar de bendiciones", (que nuestros corazones sean vuestro descanso, mamá querida).

La túnica de la Virgen es de un tisú finísimo, muy flexible, de un blanco plata espléndido. Es larga y le baja hasta los pies que no cubren completamente. Lleva los pies desnudos y se les ve un poco. La delantera de la túnica tiene como un largo pliegue de arriba abajo. El cinturón, que no queda cubierto por este pliegue, se ajusta a cada costado y acaba en un ramillete de tres azucenas a derecha e izquierda. Las azucenas son de una blancura purísima. De cada azucena salen tres pistilos formados de un pequeño tallo que lleva cada uno un pequeño corazón muy brillante, como el oro que cerca la flor de la azucena. Cada uno de estos circulitos tiene, más o menos, la anchura de un milímetro. La túnica termina alrededor del cuello que permanece descubierto. Varias vueltas de perlas la rematan. las mangas son ceñidas y sujetas a los puños. Son

ceñidas a partir del codo solamente: el antebrazo no está muy ajustado a la manga que se cierra completamente en los puños.

La Virgen lleva un velo y un manto. El velo va graciosamente puesto sobre la cabeza, dejando ver un poco sus cabellos a cada lado. Es tan exactamente justo que no deja ver los cabellos de la frente. El velo es del mismo tisú que la túnica, blanco plata. Los cabellos son castaño oscuro y parecen negros de lejos. El velo cae graciosamente por la espalda, sin apoyar en los hombros, un poco como una mantilla.

El manto, de un tisú muy fino, es, no obstante, bastante firme. Es de un azul indescriptible, acercándose algo al azul de Francia, pero un poco más claro. Es del color de los claros azulados del cielo cuando, después de un día de lluvia aparecen entre las nubes oscuras y blancas. No es, pues, el azul ordinario del cielo, sino un azul más noble a causa del contraste con las nubes que le rodean y le encierran. Pero el azul del manto es, sin embargo, infinitamente más bello que el descrito. Ningún galón bordea el manto que llega armoniosamente cerca del cuello y desciende a lo largo del brazo, cubriendo un poco los hombros y completamente el codo, que se entrevé no obstante, por la parte interior del busto. El manto cae sobre los hombros como un manto de corte. No está abrochado. Cae tan abajo como la túnica y termina con un amplio círculo. Los antebrazos quedan cubiertos por el manto.

El cinturón es blanco, flexible y del mismo tisú que la túnica: blanco plata. Anchura, tres centímetros más o menos, quizás cuatro. Menos ancho que larga es la cruz de mi rosario.

La corona es de oro purísimo, el redondel de oro lleva una hilera de azucenas exactamente semejantes a las del cinturón. Se las ve de cara. Encima de esa hilera de azucenas aparecen a intervalos regulares pequeñas cruces de oro purísimo rodeadas por tres círculos de perlas magníficas en forma de festón, de un tono muy blanco con múltiples reflejos, (oro, verde, azul, malva...)

El cuerpo está ligeramente inclinado hacia delante, como siguiendo a las manos en el gesto de acogida. Una luz dulcísima emana de la Virgen, especialmente de su rostro, y la envuelve muy discretamente, como un velo de luz que proviniera de ella misma”.

1 de agosto de 1942.

La oración de Marta

Marta, que tenía más tiempo para pensar que los pensadores, había resumido su experiencia íntima en una oración concisa que se recita todos los días en los “*Foyers de la charité*” (Hogares de la Caridad):

“¡Oh Madre amada! Vos que conocéis tan bien los caminos de la santidad y del amor, enseñadnos a elevar nuestro espíritu y nuestro corazón con frecuencia hacia la Trinidad, a fijar en ella nuestra respetuosa y afectuosa atención. Y puesto que vos camináis con nosotros por el camino de la vida eterna, no permanezcáis ajena a los débiles peregrinos que vuestra caridad quiere en verdad acoger. Volved a nosotros esos vuestros ojos misericordiosos. Atraednos a vuestras claridades. Inundadnos de vuestras dulzuras. Conducidnos siempre más lejos y más alto hasta los esplendores del cielo. Que nada pueda turbar jamás nuestra paz ni alejarnos de pensar en Dios, sino que cada minuto nos haga avanzar en las profundidades del augusto misterio hasta el día en que nuestra alma plenamente abierta a la iluminación de la divina unión verá todas las cosas en el eterno amor y en la unidad. Amén”.

¡Oh mi Dios, Trinidad que adoro! Ayudadme a olvidarme enteramente de mí para establecerme en Vos, inmóvil y tranquila, como si mi alma estuviera ya en la eternidad. Que nada pueda turbar mi paz ni alejarme de Vos, ¡oh mi inmutable! sino que cada minuto me haga avanzar más lejos en la hondura de vuestro misterio. Pacificad mi alma, haced de ella vuestro cielo, vuestra amada morada y lugar de vuestro reposo. Que yo jamás os deje allá solo, sino que esté allí toda entera, toda vigilante en mi fe, toda adorando, toda entregada a vuestra acción creadora. Amén.

8. LA EXPERIENCIA MÍSTICA EN LA EVOLUCIÓN

Aunque yo haya nacido y crecido en una familia católica, no sentía ningún atractivo por lo que se ha llamado en nuestros días "la experiencia mística". Como cada hombre venido a este mundo yo tenía dos *mitades*, en el sentido de Proust: la de mi padre y la de mi madre. Y por diferentes que sean estas dos mitades (una más bien jesuítica y la otra más bien jansenista) estaban de acuerdo para pensar que un niño no debe ser inquietado por lo que Bremond había llamado "el sentimiento religioso". Al niño la religión se le presentaba como un misterio eminentemente razonable. Los jesuitas hubieran podido hacerme leer a sus místicos, en primer lugar san Ignacio de Loyola. Pero, bien sea por su idea de dirigir personas que vivan en medio del mundo, sea por ascetismo y desconfianza en lo sensible, no estimulaban las experiencias místicas. El P. de la Colombier, director de Margarita María, había sido una excepción.

En nuestra época de indiscreción e impudor tenemos dificultad en comprender cuál ha sido la sensibilidad religiosa en la burguesía francesa, sea católica o protestante. Una ley de reserva, un código no manifiesto (o mejor, un pudor que no debía exteriorizarse) rechazaba a una zona de sombra todo lo que era intimidad, relaciones personales del alma con Dios. Aun menos de lo que se hablaba de amor a propósito de los casamientos, se hablaba de Dios con los suyos; y los libros de los místicos, como Teresa de Jesús, están cerrados en un cofre de cedro. No llegaban a mí de estas experiencias extraordinarias sino lo que podía asimilar un adolescente sensato. La mística estaba filtrada a través de Bossuet y Fenelon por Mons. Dupanloup, quien había extraído de éstos la esencia bajo el título "*Verdadera y Sólida Piedad*". Se pensaba que los estados íntimos no debían ser desvelados. En Francia los buenos modales aconsejaban la reserva; en Inglaterra, más aun. La hija de Churchill me contó que, preguntando a su padre si creía en Dios, éste le había respondido con esta expresión intraducible: "*What a continental question!*". Aunque yo estuviera en "el continente" tenía el mismo género de pudor.

Por lo demás la Universidad no me había iniciado en el estudio de los místicos. Ésta era fiel a Víctor Cousin, quien veía en el "misticismo" una aberración, o al menos, una etapa que hacía falta comprender y sobrepasar, como lo habían hecho Hegel, Schelling y Auguste Comte. Leon Brunschvicg, que me honraba con su amistad en la Sorbona, donde él era el príncipe de la agudeza, me decía que Pascal se comportaba como un judío supersticioso, mientras que Spinoza era el verdadero cristiano que adoraba sin imágenes, "en espíritu y verdad". El insistía sobre la sorprendente afinidad entre la inteligencia y la superstición, el genio y el delirio. En tal perspectiva los místicos no podían ser otra cosa que monstruos sagrados y su estudio reservado a la teratología de la teología.

Bergson

Bergson me hizo cambiar de idea. Alumno de la Escuela Normal, fui a visitarle para presentarle una invitación a un baile. Era el tiempo cuando enclaustrado por el reuma no salía nada. Tiempo en el que, lejos del mundo, se iba a dedicar más que nunca a la exploración interior de la conciencia, como Maine de Biran. Leyó las obras de los místicos cristianos: ciertamente a Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, estas dos columnas, pero también los "*Torrents*" de Mme. Guyon, sin olvidar el "*Proceso*" de Juana de Arco. Él había escrito "*La Evolución Creadora*" que es el poema del cosmos captado en su devenir. Pronto iba a publicar "*Las dos fuentes de la moral y de la religión*". Estas dos obras tienen una gran similitud y una profunda diferencia. Se cambia de perspectiva: se está ya fuera del mundo. Secretamente Bergson se encaminaba hacia el

catolicismo en el que debía ver (como consigna en su testamento) el desenvolvimiento de la fe de Abraham en la que había nacido.

A sus ojos la evolución de las especies vivas sobre este planeta que él llamaba *refractario*, tras muchas paradas y retrocesos, culminaba en los grandes místicos cristianos. Estos imitan, cada uno de manera original, nueva, imprevisible lo que había manifestado en "el caudillo de los místicos": El Cristo de los evangelios. Así la historia humana tenía por significación última ser, sobre esta tierra refractaria, lo que la cibernética llama un *hagiostat* y que Bergson (fue su última palabra) llamaba "una máquina de hacer dioses".

Yo había pasado los más bellos años de mi vida, éstos que van de los 20 a los 30, tratando de comparar a dos filósofos que representan dos tipos opuestos de misticismo, entendido éste como el método que tiene que seguir el alma para unirse a su principio: Plotino, amamantado por Platón y sobre todo por Aristóteles, puede ser propuesto como tipo del misticismo griego. San Agustín, convertido al cristianismo curiosamente por la lectura de Plotino era el místico cristiano por excelencia. Fue Bergson quien me había desvelado a Plotino. Bergson y Plotino se parecían en que consideraban el *éxtasis* como una experiencia capaz de instruirnos sobre nuestro destino. Plotino tuvo cuatro éxtasis. En cuanto a san Agustín, él conoció en Ostia, junto a su madre santa Mónica, un instante de eternidad.

La lectura de las "*Dos fuentes*", muchas conversaciones con Bergson, la meditación sobre las "*Enneadas*" de Plotino y las "*Confesiones*" de san Agustín me indujeron a leer a los grandes místicos como a los hermeneutas del Invisible. Yo sabía por J. Chevalier, cómo Bergson se encaminaba hacia la religión católica; había yo llevado a Mons. Pouget a su casa y había asistido a su conversación*. No tenía yo dificultad en concebir que el catolicismo fuera la plenitud del judaísmo, ya que he nacido en la posteridad de Jesús. Para Bergson sucedía al revés. Lo que para mí era un origen recibido sin esfuerzo y sin mérito, era para él una aspiración final, conseguida al cabo de una vida de búsqueda.

El lector puede comprender con qué espíritu leí, habiendo amado tanto a Bergson, los testimonios de los místicos católicos, procurando por su eco en mi alma no sé qué resonancias de sus experiencias. Así trato de escuchar, sin ser músico, a los grandes músicos.

Siempre me ha sorprendido la desproporción entre la causa y el efecto. Me parece como si esas extrañas personas fueran proyectadas en un universo distinto, fuera del espacio y del tiempo. (Si fue en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, dice san Pablo). Cuando yo vi sobre la pantalla a los primeros astronautas titubeantes sobre el suelo lunar, me hacían pensar en esos místicos torpes, incapaces de expresar sus sentimientos. Pero lo más paradójico, a mi parecer, es que los grandes místicos dicen haber adquirido ciencia superior. Uno lo comprende de un astronauta que ve la tierra bajo una nueva perspectiva. Pero ¿tiene el místico razón para pretender enseñarnos lo que enseña? Esta pregunta se me presenta inevitable.

En nuestro tiempo los místicos han obtenido por fin el derecho de ciudadanía en la inteligencia. Ciertos filósofos de comienzos de siglo, como Delacroix o Baruzi, han examinado las obras de los místicos sin pretender comprenderlos, como se estudia a los poetas, a los músicos, los cuales nos dan las emociones supremas sin que se pueda

* *Portrait de Mns. Pouget. Gallemard, 1941, pp. 254 a 258*

jamás definir qué es la poesía pura o la belleza: basta tener corazón. Bajo este punto de vista poco importaba que el artista o el místico sea normal o anormal, poco importa que delire. Nosotros sabemos que lo propio de ciertos genios de primer orden es transformar el delirio en luz y, como hizo Pascal, aceptar las humillaciones a fin de sacar de ellas "un fruto verdadero y saludable".

En la Sorbona yo escuchaba a Delacroix. Leía a Baruzi y a Pierre Janet, quien en el libro titulado *"De la angustia al éxtasis"* estudiaba a una santa enferma tratada en la Salpêtière y que él comparaba a santa Teresa: todo el problema de la mística se plantea en esta obra.

Después me zambullí en los dos volúmenes de este exégeta filósofo incomparable que a mis ojos es F. Von Hugel. Este, en lugar de exponer la filosofía, como solemos hacer los continentales, por una tesis abstracta, ha enfocado toda su información y su atención sobre un solo caso singular (como yo hago en este momento en relación con Marta Robin): la historia admirable de Adorna Fieschi, conocida bajo el nombre de Catalina de Génova. Pienso que no está equivocado, pues en un solo ser pueden quedar reflejados los demás. También leí la obra de William James *"La Experiencia religiosa"*.

Mrs. Soames, la hija de Sir Winston Churchill, me había dicho que su padre, para asegurar la fe de ella cuando era adolescente, le había hecho leer el libro de W. James. De hecho no conozco un estudio más exacto para hacer entender en qué difiere la experiencia religiosa de la experiencia moral. Desde las dos orillas del océano, Bergson y James coincidían en el problema de saber cuál sea la relación de la experiencia mística, tan rara y anormal, con la experiencia moral de todos los hombres.

En la vida mística, según James, se manifiesta una emoción imperiosa y dulce, un esfuerzo sin esfuerzo del que Bergson quedaría sorprendido, y en el que iba a ver un equivalente, casi instantáneo, de toda una serie de esfuerzos, que da soltura y facilidad y que explica por qué la palabra "gracia" tiene el doble sentido de don divino y de elegancia humana.

Este dicho esfuerzo es llamado por los autores místicos abandono. Entonces, dice James, se pasa de la inquietud a la paz, a la aceptación gozosa de los acontecimientos. El amor se extiende a todos los seres, a los animales, a la materia misma, Se descubre, en fin, la existencia de los otros, pues los otros dejan de ser fantasmas para hacerse semejantes. Y sucede que el sufrimiento y el gozo coinciden. *"¡Alegría, alegría, lágrimas de alegría!"*, decía Pascal.

Lo que había sorprendido a W. James es que esta experiencia mística no es exclusiva de los cristianos, sino que emparenta en las filosofías y en las religiones a ciertos seres enamorados de absolutos, quienes en lenguajes diferentes se asemejan, sea por la descripción de sus estados, sea por el silencio sobre lo que sus estados tienen de inexpresable e inefable. Algunos de estos místicos no han conocido esta experiencia más que una sola vez en su vida. El instante privilegiado es con frecuencia un instante irreplicable, como fue para los tres apóstoles la Transfiguración de Cristo en el monte Tabor.

Supongamos, me digo a veces, que después de una guerra atómica, un grupo de supervivientes en una caverna subterránea educa a unos niños, quienes oyendo hablar del día y de la luz, se resisten a creer en ello. Mas he aquí que por una grieta se filtra por un instante un rayo de sol. Esto sería suficiente para saber que hay algo distinto de la noche que no es más que un obstáculo pasajero de la luz.

Y ¿no pudiera ser que todos, tantos cuantos existimos, tenemos o tendremos una vez al menos durante la vida, quizás en el momento de morir, una de tales iluminaciones sobre lo que está en juego? ¿Quizás la experiencia mística instantánea tendrá lugar para mí en mi última hora?

W. James cita numerosos testimonios tomados de todas las religiones. He elegido entre todos el de una mujer de confesión protestante, porque la reforma desconfía en general de este género de cosas.

He aquí cómo describe su experiencia la señora J. Edwards: "Mi alma gustaba una paz indeciblemente dulce descansando enteramente en Cristo. Me parecía ver que el amor divino descendía del cielo como un haz de luz y se derramaba sin cesar sobre mi corazón. Creo que experimenté en un solo minuto más felicidad que la que había sentido hasta entonces en toda mi vida. Al volver en mí, me parecía que ya no me pertenecía. Sentí que las opiniones de los hombres sobre mí no eran nada y que mis intereses personales no contaban a mis ojos más que los de una persona extraña. La resplandeciente gloria de Dios parecía absorber todos los deseos de mi corazón. Todos los sufrimientos y todos los terrores imaginables parecían desvanecerse ante ella. La sensación de esta gozosa resignación duró todo el resto de la noche, el día siguiente, toda la noche posterior, la mañana del lunes hasta el mediodía, sin interrupción y sin debilitarse".

W. James cita los textos de los grandes místicos desde Plotino a Jacobo Boehme, pasando por el maestro Eckhart y Ángel Silesius. "Yo no soy nada, —dice Boehme—. Todo lo que soy no es más que una imagen del ser, y Dios solo es mi yo soy. Así, reposando en mi nada, doy gloria al Ser eterno: no quiero nada para mí mismo, pues sólo Dios quiere en mí". Esto hace pensar en la frase de san Pablo: "No soy yo quien vive ya en mí, es Cristo quien vive en mí"

Y no creamos que hace falta tener una fe muy firme, una esperanza cierta, para acceder a estos estados. W. James cita los pensamientos de Jules Lagneau, el maestro de Alain, cuyo misticismo se nutría de desesperación. Hay seres que no alcanzan el Ser sino a través de la Nada, por una experiencia fundamental de "pobreza". Simone Weil pertenece a esta familia.

Lo que me impresiona en estos escritos, en estos textos, en estas constataciones es la impresión de realidad que me dan; como si un velo fuera rasgado y me pusiera en presencia del *dato inmediato* de Bergson, o de la *cosa misma* de Husserl.

Yo iba a encontrar junto a Marta Robin aun más: el desvanecimiento de los problemas en su solución y, por decirlo en una palabra, la simplicidad. Marta era una mujer absolutamente simple.

Bergson iba más lejos que James para quien todos los místicos tenían parentesco. A sus ojos los grandes místicos cristianos eran profundamente diferentes de los místicos no cristianos, griegos o hindúes, paganos o budistas. Para éstos el éxtasis era la parada. Por el contrario, los místicos cristianos daban la vuelta al movimiento que les llevaba al éxtasis; reconvertían la conversión devolviéndola del cielo a la tierra. No se debe permanecer en el Tabor, sino descender hasta la ribera del lago y, caminar después hasta Jerusalén y el Calvario. Se trata de transformar el éxtasis en no-éxtasis. ¿Se puede proponer un nombre nuevo, *énstasis*? Tal será la vida de los mansos, de los pobres, de los de puro corazón, de los que sufren persecución. El místico así olvida al misticismo. "Ahora la unión es total y en consecuencia definitiva. Es una abundancia, una sobreabundancia de vida, un inmenso impulso, un empuje irresistible que lanza al

alma a las más vastas empresas". En la vida del éxtasis el alma mística no ha dado aún a Dios su voluntad total; lo que explica su agitación, sus inquietudes, sus esfuerzos y sus temores. "Sobre todo el alma mística ve con simplicidad, y esta simplicidad que extraña tanto en sus palabras como en su conducta la guía a través de complicaciones que sólo ella precisamente no percibe".

¡Cuántas veces visitando a Marta he pensado en estas líneas en la que parecía describirla! Bergson advierte que hay en el gran místico "una ciencia innata, una inocencia adquirida que le sugiere de golpe los pasos útiles, el acto decisivo, la palabra sin réplica", Bergson se preguntaba de dónde viene esta energía lúcida. Decía que esta sobreabundancia de vitalidad brota de una fuente que es la misma de la vida. Pero este término de vida es equívoco: ¿se habla de la vida material, la vida biológica? ¿No hay otra vida de distinto orden?

"Ahora, continúa Bergson, las visiones quedan lejos; la divinidad no podría manifestarse desde fuera de un alma que ya está llena de ella". Esto es precisamente lo que Marta me decía, recalcando que ahora ya tenía un modo de percepción de la Pasión que era diferente al que había conocido hasta entonces. Ella no oía ya "injuriar", no veía ya sangre. La existencia era anulada en la Esencia.

"Nada absolutamente –dice también Bergson– diferencia al místico de los demás hombres entre los que marcha". Esta palabra "marcha" parece ironía aplicada a Marta pues ella estaba inmóvil en un centro. "El místico –prosigue Bergson– se siente pasivo en relación a Dios (¡oh, cómo se llena de sentido la palabra "pasivo" referida a Marta!) y es activo en relación a los hombres". Y, como si hubiera entrado a hurtadillas en el cuarto oscuro, como si hubiera estado allá de incógnito, Bergson escribe también: "De esta elevación el místico no saca desde luego orgullo alguno; por el contrario, crece su humildad. Pues, ¿cómo no será humilde, cuando puede comprobar en sus encuentros silenciosos, a solas, con una emoción que parece derretir al alma entera, lo que se puede llamar la humildad divina?"

La humildad, entendida en pleno sentido, como la sintió san Pablo, es quizás el rasgo más profundo, más íntimo, de la Pasión. Pablo nos dice que Jesús, si bien es igual al Padre, no hizo alarde de su condición divina, sino que tomó la condición de esclavo, destinado a la muerte, y muerte del esclavo fugitivo y crucificado. Más tarde, en una de sus últimas intervenciones, en 1939, un año antes de su muerte, Bergson, hablando de Péguy, decía que "pronto o tarde él llegaría a Aquel que cargó a su cuenta los pecados y los sufrimientos de todo el género humano". Como diré enseguida, ésta era la vocación de Marta.

Habiendo hablado con ella de los estados por los que había pasado, caí en la cuenta de que, sin menospreciarlos los ponía en su sitio, es decir, los consideraba como símbolos que no añadían ningún mérito al que gozaba de ellos. Me decía: "Tener la alianza nupcial es bueno, pero mejor no tenerla". Así recuperaba la idea del Evangelio de san Juan de que el que cree es más que el que ve, ya que la evidencia le arrebatara ese acto de libertad en la oscuridad, que se llama *AMOR*.

Görres

El libro de J. J. Von Görres sobre *La Mística Cristiana*, aparecido entre 1836 y 1845, me ayudó a completar los puntos de vista de Bergson. La hostilidad de este autor al espíritu francés explica que esta obra capital sea poco conocida entre nosotros. El pensador alemán abre nuevos caminos.

Leyendo a Bergson y James nos podría parecer que la experiencia de los místicos es en realidad un fenómeno anormal que se superpone a la vida psíquica normal y que no concierne más que a escasos privilegiados. Si la vida mística no está ligada con el psiquismo tenderemos a tenerla por un producto de la imaginación y, a la postre por una "alienación" en el sentido de Marx y de Feuerbach. Freud veía en ella una transposición del instinto. Así, sobre todo, se realiza la "crítica". Pero luego llega el momento en el que, a su vez, la "crítica" se realiza sobre sí misma y critica a la crítica.

Para Görres, que está en la tradición de Plotino, la vida mística no es una vida superpuesta a la vida sensible: es la sublimación, la plenitud de esta vida. Nuestros sentidos pueden adentrarse en los dominios del espíritu sin dejar de ser sentidos. Dicho de otra manera: Görres tiene la opinión de que podemos usar de los sentidos en dos direcciones posibles. Por la primera los sentidos nos ponen en relación con un objeto exterior. Por la segunda, los sentidos nos pueden poner en relación con un objeto de una calidad superior a lo que llamamos "materia" o "vida". Hay así dos maneras de usar de la vista: una primera que es corporal, utilitaria, ordinaria; otra que es la de "vidente" por la que quien ve, o cree ver, capta una realidad escondida a los demás e invisible. Este doble uso es, sin duda, posible para los demás sentidos, aun para aquellos que son más interiores. Lo difícil es distinguirlo de las alucinaciones. El médico, el psiquiatra, el psicoanalista tenderá, casi necesariamente, a clasificar a los "visionarios" de enfermos. Pero ¿qué es la salud? Si la salud se define, no por la opinión que se tiene de ella, sino por su irradiación, por sus efectos, por la adaptación inmediata a la realidad, por la eficacia, por una cierta alegría triunfante siempre aún en los fracasos – llamémosla *genio*– entonces se deberá crear para estos anormales un término específico. Será necesario reconocer clínica y psiquiátricamente que existe una anomalía sobrenormal que es lo contrario de la enfermedad.

Admitamos que para ciertos privilegiados existe una segunda función de los sentidos. Estos no harían sino despertar una facultad, virtual en cada hombre y susceptible de aflorar un día, de suerte que todos seríamos místicos que se ignoran. Si pudiéramos provocar en nosotros esta segunda percepción, de un modo imperfecto, en algunos momentos muy escasos –como en el último de la vida– entonces, la conciencia del universo se modificaría. Tendríamos la impresión de salir de la realidad y entrar en el sueño. Este es el caso de los místicos: cuando vuelven a la vida después del éxtasis creen estar soñando; los seres les parecen irreales, lejanos, fantasmagóricos; pues han entrado en esa mezcla de sombra y de luz que la Escritura llama "*una nube*".

Un contemporáneo, Andrés Frossard, ha expresado bien el estado de su espíritu después de una especie de éxtasis que transformó su vida y que jamás se le borró de la memoria:

"Los escombros de mis construcciones interiores cubrían el suelo. Yo miraba a los viandantes que marchaban sin ver, y pensaba qué sorpresa sería la suya cuando tuvieran a su vez el encuentro que yo acababa de tener. Seguro de que la misma aventura les sucedería pronto o tarde, me divertía por adelantado de la sorpresa de los incrédulos y de los que dudaban sin dudar de sí mismos"^{*}.

Para intentar, pues, comprender de modo intelectual el *fenómeno* de Marta, proyectaba sobre ella mis esquemas y moldes. Pero era mucho más indicado consultarla a ella misma y procuraba interrogarla sobre los estados de su conciencia de acuerdo con las distinciones que usa la teología mística donde todos los estados han recibido un nombre

^{*} "*Dieu existe, je l'ai rencontré*", Fayard 1969, p. 170

y han sido clasificados según su jerarquía. Y encontraba siempre alguna diferencia entre su experiencia propia y la designación clásica. O mejor, siempre la oía decir: "He conocido eso que me dice y lo he superado".

Yo me veía atado a los conceptos, a las abstracciones, a los sistemas de los filósofos, a las distinciones de los términos, a los discursos vacíos, a las palabras frívolas o mundanas, a las formas cortesés. Como los prisioneros de la caverna de quien habla Platón en su mito, veía yo desfilar las imágenes de las cosas sin poder escapar y contemplar fuera de la caverna, bajo el sol, a las cosas mismas. Pero, he aquí que, escuchando a Marta, tenía la impresión (difícil de definir) de encontrarme simplemente en presencia de... de eso... *de ese no sé qué*, para lo que no tenemos palabras, excepto si se usa la más ordinaria, la palabra ser. ¡Cuántos ilustres pensadores contemporáneos, retomando las investigaciones de los primeros griegos después de Heráclito o Parménides, intentan reencontrar el SER, y nos obligan a reflexionar sobre el *ser* y el *no ser*, si queremos tener algún contacto, a colocarnos, como Husserl, ante "*la cosa misma*"! ¡Es tan cierto que entre nuestra cultura, nuestro silencio y "*lo que es*" se interponen opacos velos! Y qué deseable sería –pienso yo– encontrarse de modo totalmente simple ante un ser sencillo, que me dijera sobre cada acontecimiento, sobre cada destino, *lo que es*. Este tipo de genio se encuentra más potente entre las mujeres, más ligadas inmediatamente a la naturaleza y a la vida. Se puede decir que Marta era mujer hasta el sumo grado. Las pantallas, los velos, las mentiras desaparecían. Ella estaba allí, totalmente sencilla, totalmente familiar. Y, sin embargo, era una fuera de serie y tan extraña a las ciencias que había sido abandonada por los médicos, los psiquiatras, los psicoanalistas, quienes habían renunciado a examinarla, menos por escepticismo que por impotencia. Sólo faltaba detenerla por el delito, no inscrito en las leyes, de no comer, de no vivir como todo el mundo.

Antes de haberla conocido dudaba de lo que se me contaba de ella. Después de visitarla no era capaz de concebir que lo que había visto en su cámara fuera verdad. Tan extraordinaria, Marta, y tan ordinaria. Más que nadie fuera del mundo y más que nadie y más sencillamente como todo el mundo.

Lo anormal y lo subnormal

Hasta aquí he dejado de lado un problema capital, muy frecuentemente pasado por alto, pero que estaba presente en mi espíritu cada vez que visitaba a Marta: cómo explicar en su caso, y en el de muchos otros seres excepcionales, que las más elevadas formas de pensamiento, acción y oración tengan como condición un estado desastroso del psiquismo o del cuerpo. Para hablar más claro, ¿en qué medida un desequilibrio inferior puede favorecer un equilibrio superior?

Que el genio y la locura tengan oculta relación no lo ignoramos. Virgilio había expresado la vacilación de la inteligencia ante este extraño fenómeno cuando hacía decir a Niso dirigiéndose a Eurialo: "¿Son los dioses quienes nos dan este ardor, o el indomable deseo hace de cada uno un dios? (*Dine hunc ardorem mentibus addunt / An sua cuique deus fit dira cupido?*)" Lo mismo había expresado Baudelaire: "¿Vienes del más alto cielo o brotas del abismo? (*Viens-tu du ciel profond ou sors-tu de l'abîme?*)".

Tal era el problema que había de plantear Freud. El que lo resuelva esclarecerá el misterio de nuestro ser.

Con este espíritu voy a considerar las experiencias de Châteauneuf. En Marta tenían lugar fenómenos desconcertantes que hasta hoy la ciencia humana ha descuidado tanto por método como por principio. Es probable que pronto los examinará bajo nueva luz.

En los hechos que se refieren a Marta serán interpelados los teólogos, los sabios y los filósofos. Cada uno responderá según su especialidad. Se relacionarán, sin duda, estos fenómenos con conjuntos más vastos, con leyes más fundamentales, con los conceptos aún mal definidos de la *"gracia o naturaleza"*. Desde hace siglos los teólogos explican estos hechos por medio de conceptos religiosos. En el orden de la gracia todos los estados que conoció Marta han sido desde hace tiempo enumerados, nombrados, inscritos, clasificados jerárquicamente. Pero la gracia no destruye la naturaleza, la conserva y la informa. Y en nuestros días los mecanismos de la naturaleza –que, con frecuencia, en la Edad Media se atribuían al diablo– nos son mejor conocidos. No será, pues, despreciar a Marta, sino por el contrario comprenderla mejor, poner a la luz el lugar que ocupan estos fenómenos místicos en una filosofía general de la evolución.

Como decía Leibniz: "Las cosas inferiores existen en las superiores de una manera más noble que como existen en ellas mismas". Todo sucede, en efecto, como si el ser humano, inmerso desde el principio en la naturaleza, sometido a las leyes del cosmos, se evadiese, en cuanto le es posible, de estas servidumbres, tendiendo a disminuir su dependencia, a liberarse de sus coacciones, como si tendiera, por medio de una organización más y más compleja, a hacer crecer su autonomía.

Hace falta añadir que todo ocurre como si estas elevaciones fueran tanto más intensas cuanto más surgen de una desintegración más radical. Como ha hecho notar el Dr. Larcher, los tres votos monásticos de castidad, pobreza y obediencia acercan al asceta al niño. El ayuno le asemeja a un niño de pecho, el ayuno total a un recién nacido antes del corte del cordón umbilical, la apnea, decir, la ausencia de respiración, le asemeja al feto antes de nacer, la parada circulatoria, a un embrión de menos de cuatro meses, la "biostasis" le asemeja a un óvulo sin cambios antes de la fecundación. Pero estas "mortificaciones" que parecerían ir contra corriente, recapitulan al revés las diferentes fases del desarrollo. Nos encontramos en un campo aún mal explorado, salvo por algunos individuos hindúes o cristianos que se han esforzado en resistir al dolor o en retardar la muerte, no mediante técnicas médicas sino por un esfuerzo moral de ascesis. ¿Qué es, en efecto, un asceta sino el hombre que disminuye las funciones que le adaptan a la existencia a fin de hacer brotar otras que le puedan preadaptar a una vida más libre y más elevada? Por la castidad y la continencia disminuye la influencia de la función reproductora. Por el ayuno controla la nutritiva. Da jaque a la dispersión de la vida mundana por el silencio. Frena su independencia sometiéndose a los maestros que libremente se ha dado.

En apariencia su esfuerzo va en contra del impulso de la evolución, ya que es una vuelta al estado original; pero esto es sólo en apariencia.

El esfuerzo ascético puede compararse al esfuerzo del arquero, que tira de la cuerda del arco para acumular la energía que lanzará la flecha al espacio. Y, sin duda por esto los dos ciclos evolutivos, el progresivo (al que casi exclusivamente estudiamos) y el recesivo (al que nos olvidamos de observar) tienen una relación íntima mutuamente. Con tal de que esté purificada de todo dolorismo, se puede afirmar que la "mortificación" es vivificación, ya que aumenta la independencia del microcosmos en relación al macrocosmos, pues libera al hombre de muchas servidumbres, poniendo a su disposición ciertos poderes escondidos que le hacen más libre, es decir, más capaz de obedecer a Dios. En los grandes místicos esta regresión toma formas anormales que desarrollan capacidades nuevas de memoria, de percepción y adivinación.

Por esto, cuando yo preguntaba a Marta Robin sobre su estado agónico recogía sus respuestas a mis preguntas esperando que pudieran interesar a todos los espíritus, iluminando el inevitable paso de la muerte y lanzando destellos luminosos sobre la

evolución de los seres después de la muerte. Supongamos que encuentro a un explorador lunar y le pregunto sobre cómo veía la tierra: yo tendría así la oportunidad de adquirir nuevos conocimientos sobre ella.

Desde análoga perspectiva se han estudiado los fenómenos que se producen en el momento de la muerte. Los que han rozado la muerte sin hundirse en ella han tenido la experiencia de un estado de "desincorporación" que puede permitir comprender las experiencias de ciertos místicos. El Dr. Moody, en su libro *Life after Death*, cita un gran número de testimonios. He conocido a algunos que han experimentado la pre-muerte, como Mauricio Genevoix, quienes me han confirmado que se puede tener en el momento de la muerte la impresión de estar desunido del cuerpo, como si éste fuera un objeto sobre el que se sobrevolará. A medida que la conciencia se transforma, alejándose del tiempo horizontal que supone *antes, durante y después*, se vuelven a ver de manera global y sincrónica los sucesos de la historia propia, que se despliega en una recapitulación huidiza como si fuera una película agradable.

Existen, por otra parte, mutaciones ascendentes. Cuando el ser viviente está ante una alternativa de vida o muerte sucede con frecuencia que la evolución da un salto hacia adelante. Ni siquiera la tortuga "cibernética" de Walter se resignaba a salvar un obstáculo por saltos más que cuando había agotado todas las posibilidades de rodearlo en el plano horizontal. Podemos imaginar que, pasados cincuenta mil años, la humanidad quizás se encuentre en una situación análoga, es decir, que deba elegir entre *perecer o sobrevivir*. O bien continuará su camino de igual modo que hoy y deberá afrontar la polución, la superpoblación, la guerra y la amenaza de la destrucción, o bien deberá *pasar el umbral*.

Pero ¿cómo se realizará este paso del umbral? ¿En qué medida un trastorno de nuestras funciones será favorable a este salto del umbral? Por decirlo más claro, ¿en qué medida una enfermedad mental, que es un estado anormal, podrá favorecer el desarrollo de facultades sobre-normales?

Bastará constatar que en los grandes artistas, especialmente en los músicos, sus deficiencias han sido fuente de su genio. Desde la más lejana antigüedad las "drogas" se han utilizado para introducirse en "paraísos artificiales". ¿No serán a veces los estados patológicos la condición para nuestro acceso a esos estados extraños y privilegiados, como llaves que de pronto nos abrieran el cuarto del tesoro? Los botánicos han podido así comparar la flor a una hoja mortecina. La belleza exacta de los pétalos, y más aún su perfume, que es análogo a la "esencia", ¿no precisarán la extenuación de la savia? En cualquier caso, los sabios y los santos han expresado sin cesar esta ley suprema de todo crecimiento: que es preciso que todo ser antes se deshaga, se destruya y, por decirlo así, se descomponga en este mundo, para que merezca ser recompuesto en un plano superior. La muerte, pues, sería una etapa para su renacimiento.

Solía considerar a Marta, tan moribunda, como si fuera un insecto a punto de transformarse, pasando de la vida a la Vida a través de una muerte provisional. En ella veía una muestra de esas mutaciones que pueden darse en la evolución de las especies, así como de la humanidad. Y en el límite extremo, (lo que sólo tiene sentido para un cristiano que reflexione sobre *el misterio pascual*) una imagen, un anuncio, una primera figura de la última mutación: la de la resurrección de los muertos. Entonces solía preguntarme si no sería necesario trastocar nuestras concepciones "los vivos y los muertos", y decir, como sugieren oscuramente muchos mitos, que todo ha comenzado por una primera catástrofe, que somos "hijos de Adán pecador" sub-normales, no

vivientes todavía en plenitud; que la biología debe rematarse con un estudio de la victoria del viviente sobre la muerte, lo que podríamos denominar una *tanatología**.

Bilocación

No me extenderé más sobre los fenómenos paranormales que se han podido observar en la vida de Marta. Lo difícil es discernir cuál es la relación que tienen estos fenómenos con lo "sobrenatural"; mas esto es mi oficio. Propongo mi hipótesis: lo paranormal es ambiguo cuando no está poseído por un elemento superior de heroísmo, de sabiduría o santidad. Brevemente: el "*médium*" es un desequilibrado cuando no es un santo. No quiero, sin embargo, dejar este dominio sin haber presentado un hecho de la vida de Marta sobre el cual he podido investigar largamente y que interesa a la psicología profunda: la relación del alma y el cuerpo más allá de *la percepción*.

Una profesora de Châteauneuf, Mariángela, estaba muy enferma. Hacia las siete de la tarde un sacerdote del *Hogar* llevó la comunión a Mariángela y le anunció que al anochecer volvería para darle la Unción de Enfermos. Mariángela se concentró en la oración. Silencio de la noche. Apagó la lámpara de la cabecera. A las diecinueve treinta y cinco la profesora de matemáticas, Janine Chevalier, entró en la pequeña antecámara que precedía a la habitación de Mariángela, quería abrazar a su amiga antes de su partida fijada para el día siguiente. Llama. La campanilla no responde. Se queda inmóvil, pues, cosa extraña, oye hablar en la habitación. Llega a oír estas palabras: "Corazón sacratísimo de Jesús, paciente y de infinita misericordia, ten piedad de nosotros. Corazón sacratísimo de Jesús, lleno de bondad y de amor, ten piedad de nosotros. Corazón sacratísimo de Jesús, casa de Dios y puerta del cielo, ten piedad de nosotros. Corazón sacratísimo de Jesús, esperanza de los que en Ti mueren, ten piedad de nosotros..." Janine golpea la puerta. Nadie responde. Llama entonces a la enfermera del Hogar, que trae la merienda a Mariángela. Entran. Mariángela está acostada sobre el lado derecho con la mano puesta sobre el corazón. Está muerta.

Preguntaron a Marta. Ella respondió con su vocecita tranquila: "Había prometido a Mariángela ayudarla en su última hora. Y he ido. He visto su habitación. He dicho esa oración".

Esta "visita" de Marta a Mariángela no puede negarse. Se encuentran en las hagiografías muchos relatos análogos, a los que se clasifican bajo el nombre de "bilocación". Sin querer pronunciarme sobre el fondo, ateniéndome sólo a las apariencias, yo diría que todo sucede como si una especie de *imagen* de Marta estuviera presente en la habitación de Mariángela, como si Marta tuviese la facultad de extender el campo de su percepción y de su acción. Se sabe que en las horas dramáticas de la vida (por ejemplo, a la hora de la muerte) los agonizantes envían mensajes al espacio, que son recibidos a miles de kilómetros. La telepatía sería un caso particular de la comunicación entre las conciencias, y la bilocación podría ser considerada como la transferencia de un "*ectoplasma*" de un sujeto al lugar donde se halla otro sujeto al que está unido por lazos de simpatía. Estos fenómenos psíquicos que la ciencia de nuestro siglo deja de lado por temor a las ilusiones, serán sin duda mejor descritos en el futuro, pues la ciencia frecuentemente ha progresado por el estudio de casos juzgados en su tiempo impensables.

* Ver el libro tan denso en intuiciones de Hubert Larcher: *Puede la sangre vencer a la muerte*, Gallimard 1957. Este capítulo debe mucho a las conversaciones y a textos inéditos del Dr. Larcher. Manifiesto mi reconocimiento.

He tenido oportunidad de conversar de estos problemas con dos filósofos de muy diferente mentalidad, pero que tenían por máxima no negarse *a priori* a admitir la posibilidad de un hecho. Henri Bergson y Gabriel Marcel eran curiosos, se interesaban por las excepciones. Es más, solían pensar que lo que nosotros llamamos anormal, excepcional, quizás sea o debiera ser lo verdaderamente normal; por ejemplo, que debiera ser normal comunicarse a distancia o construir una ciencia psíquica antes que las llamadas ciencias físicas*. ¿Qué sabemos de la relación de la materia y la memoria, del cerebro y del pensamiento, no obstante vivir nosotros este misterio impensable? ¿Qué sabemos de esa presencia de los seres y de las cosas en nosotros, lo que llamamos *percepción, conocimiento, simpatía, amor*? Y los hechos marginales, aberrantes, condenados de antemano por nuestros postulados, ¿no deberían ser estudiados con cuidado para extender nuestro saber, para preparar el futuro? El lector comprenderá sin esfuerzo que, habiendo conocido la extraordinaria existencia de Marta, yo haya hablado de ella a filósofos, a sabios, a fin de recabar su juicio. Frecuentemente me daba cuenta de que apenas me escuchaban, pues teniendo tomada ya previamente una postura, Marta les parecía o engañada o engañadora. He podido comprobar una vez más, cómo en cada uno de nosotros se yuxtaponen una extrema curiosidad por aquello que nos cae bien y una indiferencia radical para lo que nos molesta.

Después de Hiroshima

La ventaja de Marta sobre los místicos que la han precedido, es haber vivido en el momento de la primera bomba atómica. Marta tenía entonces unos cuarenta años y aún viviría otros cuarenta. Durante esta vida sin sueño, de constante pensar y de oración, pudo entrever el porvenir de la evolución. Por mi parte jamás he dejado de pensar que con la era atómica hemos entrado en una nueva fase, y quizás decisiva, de la *historia*. Ni Bergson ni Husserl pudieron tomar esto en consideración. No sé que Sartre o Althusser lo hayan tomado en cuenta, más bien han continuado el impulso anterior. El Concilio Vaticano II, optimista por esperanza, no se ha enfrentado a esto.

Me parece que el pensador del año 2000 se verá obligado a proponer una hipótesis de este tipo:

Todo sucede como si la evolución fuera una victoria creciente del espíritu. Todo sucede como si este progreso se hiciera indirectamente, *aleatoriamente*, por una serie de mutaciones improbables. En un cosmos sembrado de nebulosas, donde no había al principio más que fuego y vacío, sobre una mota ínfima apareció un organismo, es decir, una materia animada, capaz de reproducirse indefinidamente. Mas, ¡qué casualidad inconcebible, infinitamente improbable, ver aparecer en el reino animal un ser capaz de representarse, hacerse *idea* del conjunto de los seres (y por añadidura, de él mismo)! ¿Cómo explicar este improbable que es el animal *pensante*, capaz de un progreso indefinido? Y, para continuar esta serie de improbabilidades, ¿cuál era la posibilidad de ver aparecer en la humanidad pensante, y entre tantas supersticiones fabulosas, una religión contestada, vulnerable, pero siempre viva en un "pequeño resto"? Así todo ha ido siempre de improbable a más improbable; pero los improbables eran teledirigidos. Cuando se considera su serie se percibe un eje, un designio, una suerte de idea directriz. Verdaderamente en cada etapa, en cada salto de umbral, sobreviene una crisis. El nuevo improbable aparece bajo formas ocultas, germinales, mezquinas –como los primeros mamíferos, los primeros hombres, los primeros cristianos– pero el avance prosigue. ¿Va a interrumpirse?

* Bergson, *L'Energie Spirituelle*, PUF pp. 860 a 874.

Después de Hiroshima vivimos uno de esos periodos de crisis que preceden a un salto del umbral. E, indudablemente, al más decisivo de la evolución.

De Heráclito a Bergson o a Teilhard las cabezas pensantes han especulado sobre una *historia* que pronto nos va a parecer como una época lejana, un "Antiguo Testamento". Una nueva era ha comenzado, análoga a la era del *fuego* y más renovadora. Cuando se descubrió el fuego los hombres eran escasos, dispersos por el planeta. No existía una humanidad formando un conjunto, a imagen de un solo hombre.

Este tiempo nuevo es tan reciente, tan inimaginable, que no ha podido ser comprendido aún por los pensadores, ni gobernado por los jefes de las naciones, ni vivido por los grandes místicos o grandes profetas.

Existe en estos saltos de umbral, en estos pasos improbables de un orden a otro, un intervalo, a veces inmenso, entre el momento en que se siembra la semilla y aquel en que brota la espiga. Digamos: entre el *origen* y la *emergencia*. La mutación está adquirida, pero permanece virtual. Después de Hiroshima, nosotros estamos en este intervalo del que no podemos saber si durará algunos años o algunos siglos. Y ¿ha habido en el pasado de la evolución una fase tan solemne, a pesar de su silencio y de su fracaso, en la que se hayan observado más los signos de una *emergencia*, sin que se pueda determinar si será "para lo peor o para lo mejor"? ¿Ha habido un tiempo en el que la esperanza y la desesperanza hayan sido más intensas y estado más mezcladas?

Para volver a mi asunto, que es situar a Marta en la evolución, voy a presentar algunas observaciones *utópicas*, pero que, como toda utopía, pueden orientar muchas investigaciones.

Viendo a Marta vivir sin alimentos solía yo considerar la relación del animal con su medio bajo sus dos formas de respiración y de nutrición. La solución del animal difiere de la del no animal: sin movilidad, pero con la ventaja de asimilar directamente la energía solar, sin destruir ninguna sustancia viva, sino con una relación directa al origen. Paul Valery y Jean Bernard, reflexionando sobre *la sangre*, han llegado a ideas análogas. Hablando del animal, Valery escribía: "Si la sangre del animal recibiera totalmente preparadas las sustancias cuya elaboración requiere tanta coordinación, se puede concebir un modo de mantenerse vivo que no haría uso de ninguno de los órganos de relación: los sentidos, los motores, los instintos, la *psiqué*; y después todo el trabajo en cadena que se inicia desde que las señales de los sentidos se han puesto en marcha, que exige trituradores, amasadores, transportistas, filtros, tubos, quemadores y radiadores". A los ojos de Jean Bernard, que cita este texto, Valery vislumbra lo que será una medicina de sustitución, anunciando la sangre artificial, los tejidos artificiales*. Estos dos maestros del "pensamiento sobre la sangre" me han ayudado a comprender lo que sucedía en mi amiga "cuyo cuerpo todo no existía más que para la sangre", como el de la *Jeune Parque*.

Vayamos todavía más lejos en nuestra hipótesis. Los estigmatizados pierden su sangre con una tal abundancia que algunos sujetos sufren una pérdida equivalente a la de su volumen sanguíneo. Y recobran su peso sin alimentarse. Así pues, yo pregunto: ¿No habrá una fuente oculta de energía en el interior de la materia?

¿Qué son, pues, nuestras centrales eléctricas y nuestros ciclotrones sino laboratorios que desencadenan y después ralentizan la explosión de energía contenida en ciertas

* Ver el estudio de Bernard en *Fonctions de l'esprit, treize savants redécouvrent Paul Valery*, págs. 71 a 80

parcelas de la materia? ¿No podría concebirse un alternador en el que la energía se convirtiera en materia y la materia en energía por una especie de respiración atómica? Y si nuestra industria pudiera un día fabricar un alternador así (análogo a una lámpara perpetua) ¿no se podría conectar a este alternador canales que permitieran obtener una nueva energía?

Solía yo comparar el estado de Marta con la situación de los cosmonautas que viven sin *pesantez*. Marta estaba también en hibernación, y se hubiera podido sacar provecho de sus experiencias para nuestras nuevas técnicas astronautas o medicinales. Más que la nuestra, la sangre de Marta era un "sol líquido". ¿Quién sabe si no poseía propiedades desconocidas, si no hubiera ayudado a perfeccionar las investigaciones que están en marcha para la curación de la leucemia y el cáncer? Se dirá que todo esto son ficciones, Pero la utopía, el mito, la poesía surrealista, la pintura abstracta, como las profecías enigmáticas, pueden ser anticipaciones. Leí, siendo niño, a Julio Verne sin creer en sus extraordinarias historias, y he vivido lo suficiente para saber que el primer submarino atómico tenía por nombre *Nautilus*.

El misterio del tiempo

He reflexionado largamente sobre los problemas que plantea el *tiempo*, su realidad, la percepción que tenemos de su fluir.

El *tiempo* y el *espacio* están ligados estrechamente el uno al otro, más que nunca en el pensamiento científico de nuestros días. ¿Qué significan el espacio y el tiempo? Los filósofos han convenido hace tiempo en designarlos como el "medio", el "cuadro", como si estuviéramos regulados por ellos. Se han preguntado sobre si el espacio y el tiempo tienen realidad independiente de la percepción que nosotros tenemos de ellos. ¿Son ilusiones de las que la muerte nos hará escapar? Después de Einstein y de la *relatividad* el problema que plantean el espacio y el tiempo ha cambiado radicalmente. Si el tiempo no es más que la cuarta dimensión del espacio, si por tanto el cosmos y la historia se dan en su entera totalidad en acto (y que se puede ir del futuro al pasado como se va del pasado al porvenir) entonces el tiempo no es *realmente* sucesivo; en ley se debería poder actuar sobre el pasado, anticipar el porvenir. Estas paradojas, impensables para nosotros, están presentes en el pensamiento de muchos espíritus matemáticos. Lanzan nueva luz sobre la retrodicción y la predicción, como ha señalado M. Costa de Beauregard, cuando dice que esta cuestión, suscitada por Boltzmann en 1896, es profunda y que ella inaugura toda una problemática sobre las relaciones entre *el cosmos y la conciencia*".

Alguien se admirará de verme recordar estas perspectivas de la ciencia a propósito de Marta. Pero no se puede negar que Marta tenía o creía tener, como Catalina Emmerich, una relación privilegiada, con el espacio por la ubicuidad, con el tiempo por la predicción. Y era interesante preguntarle por la percepción confusa que tenía de las dimensiones y de las duraciones. Su relación con el *eterno presente* era tan diferente de la mía...

Por otra parte, el momento más real de la historia sobre este planeta es el de la Encarnación, y más exactamente, el del sufrimiento del Verbo Encarnado (lo que Jesús llamaba *su Hora*) y puesto que Marta revivía esta *Hora* de una manera tan constante, puesto que habitaba en la ribera de la eternidad, ¿cómo no podría yo recibir luces sobre el impenetrable misterio, o al menos indicios, presentimientos? Marta conocía mucho mejor que yo el lazo del tiempo con la Simultaneidad, vivía cada semana una "última hora". Con relación al espacio, me parecía que ella poseía el don de la ubicuidad, que abolía las distancias. Yendo más lejos, me preguntaba si esa sangre que borboteaba en

ella, que era su alimento, que se nutría de una partícula de "materia consagrada", ¿no se había convertido en ella en un órgano de adaptación a la *materia*, una suerte de *luz interior*? ¿No podría quizás darme ella una idea de la correspondencia entre *la luz y la materia*, sobre la que Louis de Broglie me había hecho reflexionar?

Estudiando a los místicos había advertido que todos habían conocido –o creído conocer– instantes extáticos que imaginaban coincidir con la "eternidad". Todos, bajo formas diferentes según las culturas, habían confesado dos impresiones contrarias sobre el paso del tiempo. A veces el tiempo les parecía muy corto, pues sentían que su fin estaba próximo, pues todo lo que debe perecer ya ha perecido. Y, a la inversa, muchas veces se lamentaban de su duración, la duración interminable del tiempo. Uniendo ambas contrarias experiencias, Teresa de Jesús decía: "vivo sin vivir, pues muero porque no muero". Esta es quizás la experiencia más abismal que un espíritu puro puede tener del tiempo, supuesta la verdad de que el tiempo es ante todo un plazo que no acaba de cumplirse y como un retraso de la Bienaventuranza.

Así, por diversos y convergentes caminos, llegué a pensar que el misterio del tiempo no es precisamente la sucesión, sino cómo participa de la Simultaneidad. Que el tiempo es una sinfonía inacabada, que el final de esta sinfonía está ya presente en nosotros en la medida en que participamos oscuramente de eso que los teólogos llaman la "predestinación" y a lo que los filósofos llaman *destino*. Sólo un demiurgo, situado más allá del tiempo, tendría el conocimiento del tiempo, ya que él podría ver todo a la vez de una manera global, reunido en un punto*.

Retornando a Marta, yo me pregunté cómo percibía ella el tiempo. ¿Era capaz de tener una "visión doble", de presentir el porvenir? ¿Era capaz, cuando pensaba en su patria o en la Iglesia, de entrever la dirección del porvenir? Y ¿cómo viajaba por el espacio?

Acontecióme hablarle de estas cosas a propósito de los *discursos* de Jesús en los Evangelios sobre el fin de la historia. Y, como después de Hiroshima estamos en un periodo *escatológico* de la evolución, yo recogía sus más ligeras frases, aunque me dijo que "no pertenecía al sindicato de las echadoras de cartas". Una frase profunda de una de sus hermanas estigmatizadas, recogida por Brentano, el amigo de Goethe, me venía a la memoria: "Tengo la facultad de ver todo a través de todo, de modo que jamás un ser me ha ocultado a otro". Los grandes místicos se han evadido fuera y son ya lo que nosotros aspiramos a ser.

Y desde este punto de vista son análogos a los filósofos de primer orden. Es más, podemos preguntarnos, como hicieron Bergson y Lavelle, si la filosofía no traduce en conceptos inciertos y complicados la intuición mística. Descartes lo admitía, ya que en algunas páginas un tanto secretas, él ha contado sus ensoñaciones místicas. Y Pascal tuvo su noche de fuego. ¡Cuántas veces, escuchando a Marta en su oscura habitación, pensaba que Plotino, Spinoza o Malebranche habrían envidiado a quien había experimentado en su carne lo que ellos pudieron concebir solamente en su espíritu!

Marta *viajaba* únicamente al pasado; pero muchas veces imaginaba el porvenir. Ella me afirmó siempre que, desde luego, es imposible decir si este porvenir vislumbrado, presentido, previsto, es inmediato, muy cercano, lejano, muy lejano, último, *escatológico*; si sucederá mañana o dentro de mil años. Dicho de otro modo: el tiempo visto por el profeta, (y sin duda por Jesús en cuanto hombre) no tiene la tercera dimensión: la profundidad. Esta advertencia me hace dudar de quienes nos anuncian el fin cercano de

* Ver *Histoire et Destinée*, Desclée de Brouwer, cap. VII y VIII.

la evolución. Mil años como un día. Un día como mil años. Y el *momento presente* contiene el tiempo todo entero, del cual es una contracción.

El problema del milagro

En este momento tomo el término *milagro* en su sentido radical: entiendo por milagro no un hecho maravilloso, inaudito, inexplicable; sino, como lo definía Malebranche, "un efecto que no depende de ninguna ley ni conocida, ni desconocida".

Me pregunto si la *inedia* de Marta, tan prolongada y tan total, puede, en el estado actual de la ciencia, ser tenida por *milagrosa*.

La respuesta depende de un acto mental, de una decisión filosófica. Es chocante recordar la actitud que tuvo, frente a un hecho análogo, el fundador de la Medicina Experimental. Claude Bernard nos habla de una mujer que vivía con buena salud y que no había comido ni bebido nada desde hacía varios años. Y Claude Bernard, que tenía por principio no rechazar jamás ningún hecho, ni siquiera ninguna observación popular, habiendo recibido la visita de un médico que le pedía su opinión sobre el caso, escribía: "Este médico persuadido de que la fuerza vital es capaz de todo, no buscaba otra explicación y creía que su caso podía ser verdadero. La más mínima idea científica y las más simples nociones de fisiología le habrían podido desengañar, mostrándole que lo que él proponía equivalía más o menos a decir que una bujía puede lucir y permanecer ardiendo durante varios años sin consumirse". Así Claude Bernard profesaba una sumisión total a la experiencia y excluía de antemano la posibilidad de una inedia parcial. Si se le hubiera consultado el caso de Marta Robin, no se habría desazonado.

Tales ejemplos de incredulidad científica hacen contrapeso a las actitudes de credulidad, frecuentes en los creyentes. En ambos casos se trata de una forma de fetichismo, aquí "racionalista", "milagrero" acullá. Pues los contrarios pertenecen al mismo género, lo que explica que se pase tan fácilmente de uno a otro. Yo me había propuesto resistir a la admiración, rechazar lo maravilloso, limitarme al *mínimo*. Practicaba lo que Descartes llamó la "duda metódica", eso que Pascal aconseja cuando nos habla de comenzar por la negación*. Es el camino de la prudencia, el que la campesina Marta se aplicaba a sí misma.

Pero llega un momento en el que la desconfianza metódica va contra su propio fin, que es la búsqueda de la verdad. Obedecer a despecho de todo a esta razón limitada, llamada *científica*, y tan contraria al espíritu de la ciencia, no me parece razonable. Comencé prudentemente por expresar con reserva: "Todo pasa como si, en este caso particular, hubiera intervenido una causa que no es objeto de examen ni definición para la ciencia".

Después, filosofando en la línea de los grandes metafísicos que han sido compañeros de mi vida, he pensado que debía llevar el espíritu crítico hasta ejercerlo sobre la crítica en sí misma; que debía proseguir hasta lo último, lógica y lealmente, aplicando la negación a la negación. Me fue preciso pasar de las causas, así llamadas, *segundas* a la Causa primera.

Mme. Saint-René-Taillandier me contaba que ella había comido en su juventud en casa de Renan y que le había oído decir que él aceptaría los milagros si pudieran repetirse ante la Academia de las Ciencias. Ella le había respondido que éstos no se repetirían nunca ante una academia de negadores por principio. Subrayaba con esto que en los

* Cfr. L'Absurde et le Mystère, Desclée de Brouwer, 1984.

problemas últimos todo gira sobre una cuestión previa que es metafísica, una opción primera que compromete la libertad de raíz.

El caso de Marta está en la frontera entre lo improbable y lo imposible. Desde el punto de vista de los sabios, hablando en su lenguaje, yo diría que lo imposible está en el límite hacia el que tiende lo improbable; es lo que en el estado actual de la ciencia es absolutamente improbable: improbabilidad absoluta. El salto de lo improbable a lo imposible no lo puede hacer el sabio en cuanto sabio, sino el metafísico que es la prolongación del físico.

Pero para quien no es ni sabio ni filósofo, para quien usa solamente el buen sentido, para los innumerables visitantes, para el *pueblo*, no cabe duda ni titubeo: estamos ante lo imposible.

En esto yo pienso como el pueblo. Aun las evidencias de la geometría, los postulados, los axiomas no se imponen sin un acto de aceptación, un consentimiento, una conformidad. Con mucha más razón en el dominio de lo moral. Afirmamos que la experiencia de Marta en el siglo XX, la alianza en ella de tanto sufrimiento y de tanta sabiduría, por los estigmas y la inedia, es un *signo*. Y que ello tiene las características de los signos divinos: oscuro, impugnable, opaco, molesto para unos; claro, neto, reconfortante para otros; imposible para unos, improbable para muchos, luminoso para quienes aceptan recibirle en silencio como un *signo de los tiempos*.

9. EL MISTERIO DE LA SANGRE

Cuando se escribe sobre Marta Robin, hace falta usar imágenes y nociones que chocan con la sensibilidad contemporánea y que nos parecen (sobre todo después del último concilio) impuras y superadas. ¿Cómo hablar de Marta con exactitud sin pronunciar las palabras sacrificio e inmolación? Es tan grande en nuestra época la crisis de lo sagrado que no nos atrevemos ya a emplear la palabra *sacrificio* ni cuando se trata de la Eucaristía.

Todavía es más difícil hablar de Marta sin recurrir a la palabra sangre, ya que ella vivió sumergida en el misterio de la sangre. Pero ¿se puede concebir, al final del segundo milenio después de la muerte de Jesús, el misterio de la sangre?

Frecuentemente he tratado este insondable problema de la sangre con un amigo judío que no lo esquivaba. Él creía firmemente en Dios y estaba abierto al problema de Jesús, singularmente al misterio de la Pasión. Robert Aron había sacado de sus estudios sobre la infancia de Jesús en Nazaret y sobre sus subidas anuales a Jerusalén, la idea de que Jesús había estado desconcertado por la sangre, y que jamás pudo aprobar ni pensar el misterio de la sangre.

En Nazaret, a cuya sinagoga él acudía cada sábado, Jesús se había formado con la lectura de la Ley, los salmos y los profetas; mas ésta era una religión de maestros, de rabinos. Sin sacerdotes, sin sacrificadores, sin sacrificio. Por el contrario –me decía Robert Aron– cuando Jesús subía cada año a Jerusalén, el adolescente místico y puro quedaba escandalizado por los berridos de los animales degollados en el templo. Debía sentir horror de esa sangre vertida por los matarifes sagrados. No podía evitar pensar que la sangre era un símbolo malsano, que el culto de Jerusalén era infiel al espíritu de la Ley y los Profetas.

Robert Aron no quería molestarme. Pero me daba a entender que la religión cristiana, nacida de Jesús, había conservado en su raíz una concepción impura del sacrificio y que debía renunciar a esa idea de una sangre vertida para la salvación de la cual no se habla en los Profetas.

Estas charlas con mi gran amigo judío eran privadas, nadie las había escuchado. Puedo confesar ahora que ellas habían inspirado en parte el discurso que yo debía pronunciar para *recibir* a Aron bajo la cúpula, como él mismo había deseado. (Discurso que Aron oyó en la comisión un jueves, pero que jamás fue pronunciado, pues murió de repente el sábado siguiente, como si nuestro diálogo no debiera proseguirse en la tierra.)

Los lectores de esta obra adivinarán sin duda fácilmente que, cuando intenté precisar en el elogio de Aron la idea de sacrificio, yo no apartaba de mi mente a Marta Robin.

Por lo demás, no se trata de una dificultad propia de un filósofo israelita. El problema era más vasto: nos introduce en el corazón de la actualidad y, quizás más aun, en el corazón del porvenir.

En su obra *"Las cosas ocultas desde la creación del Mundo"* (*Des choses cacheés depuis la foundation du Monde*. Ed. Grasset 1983) René Girard plantea el problema más claramente todavía que Robert Aron. En su opinión, Jesús vino para abolir la idea bárbara del sacrificio sangriento. Por un malentendido trágico, Jesús fue víctima de esta mentalidad primitiva que él había intentado hacer desaparecer. Del mismo género es la crítica que se halla en Bultmann este maestro de la exégesis moderna. Pero la

originalidad de R. Girard es buscar en este trágico equívoco sobre la sangre la explicación del drama actual de la humanidad.

En las revoluciones y en las guerras de nuestra época vemos repetirse la violencia por todas partes. Algunos hasta intentan legitimarla en nombre del Evangelio y la liberación. ¿Quién no ve que retornamos a la situación de la humanidad primitiva, como si los periodos finales reprodujeran los tiempos de origen? ¿No hay riesgo de que mañana se intente conjurar la suerte derramando sangre, recurriendo a sacrificios reputados como sagrados, bajo formas tanto más crueles cuanto son más perfectas nuestras técnicas?

Debemos avanzar más. Si se pretende determinar las pulsiones inconscientes que han impulsado a los hijos de Adán a hacerse la guerra y a inmolar a sus hijos, como lo hicieron Abraham y Jefté, ¿no se encontraría la idea de que para aplacar a Dios debe derramarse la sangre de los seres queridos?

Creo que he llevado la objeción sobre la sangre a su mayor dureza.

Me corresponde decir cómo me he enfrentado a ella, cómo me va a servir para profundizar y para purificar la idea que yo me hacía de la Redención. Naturalmente no puedo aquí desarrollar un "Tratado sobre el Sacrificio". Me limitaré a indicar los ejes de mi pensamiento.

A mi ver, el sacrificio sangriento está teñido de cierta tosquedad mental, una idea biológica primitiva. Pero es demasiado precipitado detenerse en este aspecto superficial, Yo me he esforzado siempre para encontrar el *espíritu* que subyace en las *mentalidades*. Ya nadie admite el sistema de Ptolomeo y la inmovilidad de la tierra. Sin embargo, éste fue durante siglos el soporte de la revelación mosaica y hubo mucha dificultad para abandonarlo. Ahora bien, bajo la imagen primitiva y tosca se ocultaba un espíritu: la Tierra no es el centro de los mundos, pero la *caña pensante* permanece como el centro inmóvil, a igual distancia de dos infinitudes de grandeza y pequeñez. Así en Pascal resurge lo que estaba mal expresado en Ptolomeo.

Lo mismo sucede con la sangre. A nadie en absoluto se le ocurriría hacer de la sangre el elemento sustancial de nuestro ser, portador y signo de *la vida*, no sólo corporal sino espiritual. ¿Debo recordar que para los pueblos de la Antigüedad la sangre no se distinguía de lo que hoy llamamos alma, el yo, el espíritu, la conciencia de sí? Aún en nuestros tiempos ilustrados decimos todavía que el soldado "vierte su sangre", mas nadie vincula ya el derramamiento de la sangre con una alianza eterna. Nadie admite ya que la separación radical del cuerpo y la sangre en un macho cabrío, un toro o un cordero sin defecto pueda purificar la conciencia humana. Los cristianos saben que la inmolación estéril de innumerables víctimas animales ha sido sustituida por la inmolación única y eficaz del Hijo de Dios, cuyo cuerpo y sangre han sido misteriosamente sublimadas en el rito eucarístico. Pero será difícil justificar ante una inteligencia moderna, cultivada y crítica que la Iglesia conserve el lenguaje de la sangre.

Yo intento, por mi parte, discernir por medio de un análisis profundo cuál es el *espíritu* que se significa y se oculta bajo estas *mentalidades*. Y respondo que éste es el espíritu más profundo y el más puro, el más abismal, el más nuclear de la religión judía y de la religión cristiana, el espíritu de los profetas, el espíritu de los apóstoles, el espíritu de san Pablo y de san Juan, y, para resumirlo de una vez, el espíritu (el más hondo) de Jesucristo.

¿Cuál es este espíritu, este misterio, esta idea? Consiste esta idea en que, a causa de la solidaridad entre los hombres y de su comunión íntima y sustancial, la aceptación por

un ser puro de una muerte sangrienta purifica al ser impuro; la idea –que se deduce en consecuencia– de que no hay prueba de amor más grande que dar la vida por quienes se ama. Y encontramos así lo que tácitamente es admitido por la conciencia universal: el sublime valor del darse a sí mismo por amor.

En la tradición de Abraham, de Isaac y de Jacob, el primer profeta que ha traducido esta intuición del corazón humano es el que llamamos "segundo Isaías" cuando describe el estado del justo perseguido y que ofrece su vida por la salvación de los demás. Conocemos todos estos versículos en los que se puede ver un esbozo de la Pasión: "Él fue herido por nuestros pecados, quebrantado por nuestras iniquidades. Él soportó el castigo que nos trae la paz y con sus cardenales hemos sido curados".

Aunque él haya hablado en este texto de un cordero inmolado no ha hecho mención concreta de la sangre. Sin embargo el "pensamiento de la sangre" se expresa por primera vez. Y nadie ha negado jamás que Jesús tenía en la mente a Isaías. Ahí veía su anuncio y su primera imagen.

Como todos los símbolos, el de la sangre es enigmático, ambiguo y puede llegar a ser equívoco. El hermeneuta moderno, exégeta y filósofo, debe profundizarlo y purificarlo: éste es, a mi juicio, el oficio del pensamiento.

Hago notar que el don de la sangre en su más alto grado se llama holocausto. En el holocausto efectivamente la criatura es enteramente consumida, la sangre es aniquilada. El holocausto es, pues, la más perfecta donación que la criatura puede realizar de sí misma. Un holocausto perpetuo tenía lugar mañana y tarde en el templo de Jerusalén inmolando un cordero.

¿Puedo contar aquí que, durante la última guerra, Marta, a quien nada escapaba, se ofrecía cada semana en una especie de holocausto, uniéndose más que cualquier otra mujer a sus hermanos y hermanas de Israel?

Así sucede que, cuando intento descubrir el espíritu en los símbolos, todo se invierte y cambia de sentido. Bajo la corteza bárbara aparece lo sublime. El *mito* de la sangre, mediante el *pensamiento* de la sangre se transforma en *misterio* de la sangre.

Si tratara ahora de definir en el lenguaje abstracto de los filósofos la esencia de lo que la fe llama "misterio de la Encarnación y Redención" me vería obligado a proponer una formulación de este género: "nos encontramos en presencia de un caso particular de una relación posible entre el Infinito y el finito. Caso en el que el finito es asumido, negado de alguna manera, pero *sublimado* en el Infinito. O, si este elemento infinitesimal que llamamos *sangre* es elevado a la dignidad de sobre existir en el seno del Infinito ¿cómo concebir que esa sangre, –yo diría más con Pascal– "la menor gota de sangre" asumida por la divinidad, no tenga un valor único en su género? ¿Cómo no había de ser *preciosa*? Los teólogos inspirados en san Pablo y san Juan, han pensado que la Encarnación, que conlleva sangre, era una segunda Creación, o mejor, que era el coronamiento de la obra de la cual la Creación era soporte y anuncio. El Evangelio de Juan está penetrado de este pensamiento; nos hace asistir a un nuevo *Génesis*, o mejor, a eso que para el apóstol es el verdadero *Génesis*.

Por lo demás, para pasar sin transición de la teología más antigua a la ciencia más actual, ¿qué sabemos sobre la sangre al final del siglo más científico de todos? Jean Bernard nos acaba de enseñar que la ciencia de la sangre nació recientemente en 1963. ¿Estamos, quizás, en vísperas de descubrimientos sobre la sangre que van a transformar el arte de curar y, por ejemplo, darnos los medios para controlar el cáncer?

Y ¿qué es ese remolino líquido sanguíneo que nos une al cosmos, como nos liga a nuestra raza y a nuestra herencia?

Pero aún hay más. El examen de la paradójica supervivencia de Marta Robin nos conducirá, quizás, a plantear la cuestión de qué sea la nutrición; a buscar la relación de la sangre con el sol, con la atmósfera; a poner a punto los métodos de supervivencia que puedan ayudar a los cosmonautas.

Michelet, para resucitar a los personajes de la historia, analizaba su sangre (o la descomposición de esa sangre) que concebía como una sustancia germinal y terminal de los vivientes. ¿No llamaba al niño "deslumbrante y tierna flor de sangre"? Uno puede preguntarse en este final del siglo si los sabios no terminarán esclareciendo estos arcanos de la sangre que no habían sido percibidos más que por los creyentes, como si se acercara el tiempo en que estarán de acuerdo, como lo esperaba el P. Teilhard, las intuiciones de la fe y las verificaciones de la experiencia. Yo oí decir a Jean Bernard que la sangre es "*un fuego líquido, medida del tiempo de nuestro cuerpo, el piloto de nuestras efímeras historias*". ¿Sabía que se hacía eco de los textos de la liturgia en la fiesta de la "Preciosa Sangre": aquel de Isaías en el que evoca al desconocido "que viene de Edom y de Bosra, tintos en sangre sus vestidos"; y éste del Apocalipsis: "Estaba vestido de un manto teñido en sangre y su nombre es *Verbo de Dios*"?

Debo avanzar más aún. Sirviéndome de la experiencia de Marta Robin quiero proponer algunas cuestiones más profundas que se refieren a la relación de la sangre con el *fuego*. No puedo detenerme en el holocausto. Más allá del holocausto, y sin duda en el corazón de la idea del holocausto, encuentro la de combustión. Más allá de la de inmolación, avanzo hasta la consumación. Más allá de la muerte hasta la resurrección. Más allá de eso, que es hasta una superexistencia que llamo *sublimación*. Ahora bien la sublimación me parece simbolizada por el fuego, que es a la vez consumidor y consumado. Consumidor: ésta es su imagen física; consumado: ésta es la traducción intelectual de esta imagen. Toda *consumación* es una figura de la consumación, en la que se puede ver el término final de toda evolución espiritual, que san Pablo definía como el momento en que "Dios será todo en todos".

El sacrificio no es completo si se limita la efusión de la sangre. Hace falta que más allá de esta efusión intervenga el *fuego*, es decir, el soplo del Espíritu, la única operación que es capaz de transformar.

El sacrificio de Cristo no quedó acabado con su Pasión. Esta no era más que una fase en el proceso del sacrificio total. La fase de sufrimiento era necesaria, pero no era suficiente. Después de esta fase debía existir otra, ésa que llamamos *Resurrección*. Por la Pasión y la Resurrección el holocausto encuentra al fin su plenitud. Sin duda es así como se debe entender el "perfume de agradable olor" que asciende del sacrificio de Abel. La Resurrección es una nueva creación que se efectúa mediante lo que la Escritura llama *fuego*. Es el fuego del Espíritu el que lleva a su término el sacrificio de la sangre; es por el fuego del Espíritu como la sangre, transformada en llama se convierte en principio del mundo nuevo, como dice el himno *Veni Creator*, donde el Espíritu se define por el agua y el fuego: *fons, ignis*.

Un sacrificio, por tanto, consta de dos partes. La primera es la *ablación*, es decir el aspecto doloroso que corresponde a la Pasión; la segunda es la *oblación*. La oblación es la plenitud de la ablación. Desde este punto de vista se puede decir que la misa católica conmemora el acontecimiento único de la *ablación* del Cristo histórico y lo reproduce místicamente por una *oblación* repetida sin cesar.

Considerando los sufrimientos de Marta, yo concebía las relaciones de la ablación con la oblación de una manera más perfecta. La ablación está significada por su cuerpo reducido al mínimo, por la prueba semanal, por esa sangre que corría aún por sus párpados. La oblación era permanente: en su estado de conciencia, en sus conversaciones, en sus consejos, en su serenidad, en su alegría, en la impresión, que causaba en sus visitantes, de haber traspasado las fronteras de la muerte o, al menos, de vivir en la cresta del camino entre el tiempo y la eternidad. Me posibilitaba imaginar, con una muy lejana analogía, el estado de Cristo resucitado. Aun cuando se "aparecía" bajo diversas formas, en diversas circunstancias y en diversos lugares, él estaba fuera de este mundo: inmortal, había traspasado la frontera, no estaba sometido al espacio ni al tiempo, a la opacidad de la materia. Mas nosotros sabemos por los testigos que el Resucitado llevaba las señales de sus sufrimientos: se podían tocar los agujeros de los clavos y la cicatriz del costado. Digamos que había consumado la *ablación en la oblación*.

También podría yo considerar desde este punto de vista el vínculo de la Eucaristía con la Pasión.

En el caso de Marta, el único día en que comulgaba era el martes, el viernes el día en que sufría. Ambos momentos eran tan cercanos que, por decirlo así, no eran sino una sola Hora. El martes, cuando recibía la comunión. Marta entraba de repente en un sueño extático. La hostia atravesaba su garganta oclusa. Decía que, si no fuera por los dolores, en ese momento gozaría del paraíso en la tierra. Pero este estado no duraba más que un día y anticipaba la hora del dolor. El misterio de la Cena y el misterio de la Cruz no formaban en su semana sino un solo acontecimiento interrumpido por un ligero intervalo. Los misterios que la liturgia asocia se reproducían en ella cada semana, sin drama, sin simbolismo, sin lenguaje, sin esos intermediarios que a la vez los interpretan y los ocultan.

El 16 de agosto de 1946 dijo: "Tengo deseos de gritar a los que me preguntan si como, que yo como más que ellos, pues yo me alimento en la Eucaristía de la sangre y de la carne de Jesús. Tengo deseos de decirles que ellos impiden en sí los efectos de este alimento. Bloquean sus efectos".

Marta semejava una hostia por su cuerpo pálido, yacente y sangrante. El holocausto bajo sus dos aspectos de sangre y fuego (de inmolación y sublimación) estaba allí representado. Bajo estas apariencias visibles, llevado a buscar su sentido interior, yo pensaba con Descartes y quizás con Aristóteles, que la cumbre del valor es el acto en el que se realiza el don de sí mismo y que Aristóteles denomina magnanimidad. El alma de Jesús era magnánima por excelencia, ya que Jesús llevó su magnanimidad hasta aceptar el acontecimiento final de la muerte que le era constantemente presente, mientras que para nosotros la muerte es una cosa vaga de la que no conocemos ni el lugar, ni la hora, ni el modo. Jesús tenía ante sus ojos lo que se iba a cumplir al final, "el bautismo con el que iba a ser bautizado". Marta podía comprender esta presencia de la muerte en el seno de la vida. Más que cualquier otro cristiano, desde la mañana del lunes, sabía lo que le esperaba el viernes, preguntándose si tendría fuerzas una vez más para enfrentarse a ello.

Hice para mí una extraña hipótesis. Imaginaba que la Revelación era propuesta en otros planetas a otros seres pensantes. Suponía que en algún otro planeta de otra galaxia la conservación de los vivientes no estaba ligada al ciclo del carbono, que la adaptación de la máquina pensante a la vida no se producía de la misma manera; que allí no había respiración ni nutrición, y que en esta biología inimaginable, pero que puede pensarse, la *sangre* no tenía el significado ni la utilización que le damos en la tierra. En tal caso es

claro que la "separación del cuerpo y de la sangre" no tendría lugar y que no podría dársele ningún sentido. Suponiendo que Cristo se hubiera encarnado en este planeta imaginario, la prueba que hubiera dado de su Amor eterno hubiera sido diferente. No puedo imaginar el modo; pero el pensamiento abstracto tiene el privilegio de concebir lo que no se puede imaginar.

En esta hipótesis nuestra mentalidad sería otra y otro nuestro lenguaje. Pero el *espíritu*, es decir, la realidad traducida por el lenguaje y la mentalidad permanecerían idénticas. El misterio del Amor eterno estaría presente bajo formas diferentes. La *oblación* permanecería idéntica. Sería idéntico eso que nosotros expresamos con esta palabra, tan devaluada y tan profanada: *el amor*.

Pero volvamos a la condición terrestre. Consideremos una vez más el misterio del cuerpo humano. "Hay descubrimientos a los que no se puede llegar más que por rodeos. Los modernos se obstinan en proceder por línea recta: los círculos platónicos eran un método mucho más seguro". Así habla Joubert. Yo he hecho un rodeo reflexionando sobre la sangre y el fuego. No me gustaría que el lector pudiera creer que estos pensamientos se presentaban a mi espíritu mientras escuchaba a Marta sin verla. Si quisiera resumir en una sola frase el testimonio que deseo dar sobre su misterio, yo diría que en ella lo familiar y lo sublime no se separaban apenas.

Es el carácter propio de la religión del Verbo encarnado y que la distingue de todas las religiones. Esto es lo que anuncia el Evangelio: la *buena nueva* por esencia. Los que escribieron los Evangelios no eran en modo alguno genios literarios, sino observadores, narradores, reunían pequeños hechos, sencillas palabras. Y de esta colección, llena de lagunas y repeticiones, surge en nuestro espíritu un ser en quien lo familiar y lo sublime se encuentran unidos en el mayor grado que podemos pensar, ya que, si bien es Dios, su historia es la de una existencia humana ordinariamente silenciosa, corriente y común, salvo su fin sangriento.

En las visitas a Marta, lo familiar y lo sublime estaban tan entrelazados que era difícil separarlo. Ciertamente lo familiar ocupaba todo el espacio, pero reflexionando sobre lo familiar se encontraba el elemento sublime cuya frontera no podía trazarse. Quizás, como sugiere Paul Valery, ¿es una misma facultad de intuición profunda la que sublima en nosotros lo familiar y la que nos familiariza con lo sublime? ¿Es quizás un privilegio oculto en nosotros este poder de coincidir con las dos dimensiones del *ser*?

En la casa de Marta se oía cantar al gallo, mayar al gato, borbotear el agua en la marmita, el ruido de las almadreñas. Todo era tan ordinario como en millones de hogares de este pequeño planeta. Esta diferencia entre la monotonía de la vida y su misterio la encontramos cada día en nuestras experiencias. Toda existencia se desarrolla sobre un fondo silencioso. Toda palabra supone un silencio más profundo que la palabra. Toda cosa dicha supone muchas cosas que no se dicen. Y la multitud de estas pequeñas cosas que se piensan, pero no se dicen; de esos sufrimientos que se soportan, pero que no se expresan; de esas confidencias que mueren en los labios constituye el misterio del ser. En aquella habitación donde pasaban tantas cosas, a primera vista no pasaba nada.

Pero lo que era más incomprensible y más indecible es lo que voy a intentar decir, aunque es casi inexpresable.

Marta decía que sus sufrimientos de orden físico no podían compararse con su sufrimiento de orden moral. Ella tenía la impresión de estar reprobada. Se encontraba *desolada*, en el sentido más fuerte de esta expresión. Participaba de las mayores

tinieblas. Se creía rechazada. La epístola a los Hebreos, que es una meditación sobre la Pasión, dice que Cristo "se hizo pecado" y que tomó sobre sí, no la culpabilidad, pero sí la pena del pecado. Marta se sentía "convertida en pecado".

Baudelaire, entre los modernos, es quizás quien ha expresado de un modo más íntimo la sensación de estar habitado por el asco:

*En tu isla, oh Venus, no he encontrado de pie
más que una horca simbólica de la que pendía mi imagen.
Oh Señor, concédeme fuerza y coraje
para poder mirar mi corazón y mi cuerpo sin asco.*

Esta sensación de pecado era lo más doloroso para ella en su prueba del viernes. Y, como pensaba que la desgracia del siglo XX era la ruptura que la humanidad había efectuado con Dios (una especie de infierno en la tierra), creía que, probando esta sensación de abandono y de condenación, ella representaba a la humanidad entera en este final del siglo XX.

¡Qué difícil es hablar de sufrimientos humanos cuando alcanzan el paroxismo! El exterior de los combates de Verdún ha podido ser reproducido en el cine por actores que imitaban sus ademanes. Pero el interior, escondido en el corazón de los soldados, ese santuario donde la misma memoria penetra mal, y hasta olvida cuando la prueba ha pasado el umbral de horror, ¿quién lo expresará? En estos casos los sufrimientos son comunicables. ¿Será por esto que no hay libros sobre la guerra de 1914 verdaderamente bellos y por lo que no los puede haber?

Marta ha "desmitologizado" la Pasión realizándola más que nadie. Ningún ser del siglo XX ha sufrido esta Pasión con tanta regularidad y tanta intensidad. Pero Marta quitó a la Pasión su aspecto dolorista. No conozco ningún místico cuyo lenguaje haya sido tan natural para describir lo inexplicable sin recurrir a esos términos de paroxismo que son casi inevitables. No hablo aquí sino de su palabra. En sus escritos ella ha sacrificado lo que ella misma llamaba elocuencia y que me aconsejaba evitar. Hablando de sus pruebas tenía la sencillez de los relatos evangélicos cuya serena objetividad es conocida.

Si Marta era tan normal, tan natural, tan sencilla era porque su experiencia tenía la intensidad más íntima. Los contrarios no se unían en ella después de su separación, como sucede en los filósofos. En ella se hallaban fundidos, según su expresión, *en el eterno amor y en la unidad*.

Yo diría que Marta me quitaba la angustia para no dejarme más que la atención; me quitaba el tormento para no dejarme más que la pena; el estremecimiento para dejarme la sensibilidad. Y esta pasión que está siempre mezclada con nuestros amores, Marta me la quitaba para dejarme sólo el amor. Podía comprender esta paradoja de Leon Bloy: "Sólo se sufre por lo que no existe. Lo que es no hace sufrir". El perfecto corredor da la impresión de estar inmóvil, el jinete cabal de estar recto. Y el trabajo más perfecto no deja huellas del trabajo.

Marta era tan simple como el pan que puede comerse a cualquier hora del día, como la leche recién ordeñada que sabe a vaca, como una mañana de primavera, como una conversación junto a la lumbre, como un paseo a Emaús, como el partir el pan, como la vida al borde del lago: dulce, calmosa, familiar, sin sorpresas, o más bien como el chapoteo del agua, el ruido de los zuecos o la risa de los niños. Junto a ella y a su alrededor se entrelazaba lo grande y lo pequeño, lo alto y lo bajo, lo familiar y lo

sublime. En resumen, lo más extraordinario de la vida humana es que no es extraordinario sino corriente.

La consecuencia de este carácter de simplicidad es que Marta, a diferencia de la mayoría de los héroes, era imitable. La distancia en que estaba de la condición ordinaria de los hombres era tan grande que le daba derecho a estar más cercana de cada uno de nosotros y de nuestras condiciones ordinarias de la vida. Ella dramatizaba, sublimaba la vida cotidiana dándole una extraña semejanza a su propia vida. Yo le hablaba de las páginas de Catalina Emmerich redactadas por Brentano donde describe la "dolorosa Pasión". Ella respondió: "No conocía estos relatos de Brentano, Yo podría hacerlos. He tenido visiones de la Pasión. Por ejemplo, he oído el griterío al paso de Jesús". No olvidaré cómo pronunciaba esta palabra, *griterío* (*hurler*). Lo hacía con fuerza. "Os diré también que he visto algunas miradas a lo largo del camino de la Cruz. Pero ahora ya he superado todo eso".

¡Cuántas veces le he oído decir que hacía falta menospreciar el exterior de las cosas para llegar al *interior*, que todo debía ser siempre *superado*!

El fondo de su filosofía era que la más alta expresión de lo sobrenatural es lo sobrenatural hecho carne, que la traducción más exacta de la eternidad es el tiempo, que lo más deseable en lo extraordinario es lo ordinario.

Como no he asistido nunca a su Pasión, he procurado interrogar a los testigos. Todos me han dicho que no era algo espectacular o terrorífico; que la voz de Marta era dulce como un murmullo; que se tenía la impresión de estar en presencia de algo más allá del lenguaje y la experiencia, tanto que uno era incapaz de describir lo que sucedía. Uno de ellos me escribió: "Es el jueves por la tarde cuando comienza la prueba. La sangre nunca había cesado de brotar de sus llagas, en particular de sus ojos. Todas las noches de la semana sangraba de las manos, de los pies y el costado. Pero el jueves, hacia las veintiuna horas, la prueba comenzaba. Yo la oía decir: "*Padre mío, Padre mío, que se aparte de mí este cáliz, pero que se haga tu voluntad*". A partir de este momento era un gemido, o más bien una lamentación, una melopea melódica en tres notas, y que pudiera compararse a los pequeños gritos que da un recién nacido".

El P. Finet: "Yo volvía el viernes hacia las catorce horas. Para reproducir las tres caídas de la Pasión, Marta había sido movida. Yo la tornaba a su posición; ponía su cabeza en la almohada. Esa cabeza caía sobre un cojín, donde ordinariamente había un chal blanco. Cuando Marta recibió los estigmas al comienzo de octubre de 1930, ya sufría la Pasión desde su ofrenda victimal de amor en 1925. Añadiré que, en el momento de la estigmatización, a comienzo de octubre de 1930, Jesús, no sólo la marcó aquel día con los estigmas en los pies, las manos y el costado derecho, sino que, además, le encasquetó su corona de espinas profundamente en la cabeza y Marta se puso a sangrar no sólo de los pies, manos y costado, sino también de toda su cabeza; y comenzó a verter cada noche lágrimas de sangre.

Fue en este momento cuando Jesús le dijo que la había elegido para que ella viviera su Pasión más que nadie, después de la Virgen, y que nadie después la viviría más totalmente. Jesús añadió que cada día aumentaría más su sufrimiento y que, por esto, no dormiría jamás durante la noche

Ahora bien, después de la estigmatización, no sólo no ha podido ya Marta comer ni beber, sino lo que, a decir de los médicos que la han examinado, es más grave: no ha dormido más. Ha vivido, pues su pasión día y noche, sin un minuto de descanso; aumentando siempre la gravedad de sus sufrimientos cada tarde del jueves en la hora

de Getsemaní. Esta agravación, que se notaba por unos gemidos muy dolorosos, se prolongaba el viernes exactamente hasta el momento después del mediodía, en que ella repetía las últimas palabras de Jesús en la Cruz: "*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu*".

En este momento, daba una especie de inmenso suspiro y durante las dos horas siguientes no mostraba ningún signo de vida, salvo una ligerísima respiración. Frecuentemente me ha explicado cómo, durante estas dos horas, cargada con los pecados del mundo, veía el cielo entero alejarse de ella con horror, hasta el momento en que san Juan intervenía ante la Santísima Virgen para que ella misma obtuviera de parte de nuestro Padre del Cielo, el perdón de todos los pecadores con cuyos pecados estaba cargada. Después de que este perdón estaba concedido, Marta volvía a gemir y sus gemidos, muy dolorosos, se prolongaban toda la tarde del viernes y, durante los primeros años, el lunes hasta las cinco de la tarde. En este momento comenzaba de nuevo a hablar, pero sufriendo siempre, constantemente los dolores de la Pasión. Y esto ha sucedido todos los viernes, desde 1925 a 1981.

El éxtasis duraba hasta el lunes o el martes. Era difícil hacerla volver de él. No podía hacerlo yo más que mandándoselo en virtud de la obediencia, y hacía falta, con frecuencia, repetirlo poco a poco, pues yo temía que, haciéndola volver demasiado deprisa a la tierra, pudiera morir.

Pronunciaba esta oración que me había dictado ella: "Hija mía, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, por María, Madre nuestra, os lo ordeno: volved a nosotros". Entonces recobraba los sentidos y recibía visitas. Se le leía el correo y dictaba sin pausa las respuestas. Yo permanecía con ella hasta media noche".

Como tengo una sensibilidad delicada jamás deseé presenciar una Pasión; he podido, sin embargo, asistir a una comunión. En la habitación se hallaban reunidas una docena de muchachas. Marta había hablado ya con cada una de ellas, preguntándoles, escuchándolas, a veces contando chistes y juegos de palabras. A una de sus amigas que le dijo que iba a marchar a la Martinica para fundar un "*hogar de caridad*" le comentó, sin sospechar que se estaba definiendo: "La Marta única" y se echó a reír*.

Se oró. El sacerdote se revistió de sobrepelliz, cuya blancura apenas se notaba en la oscuridad de la habitación. Avanzó hacia el rostro de Marta, acercó la hostia a sus labios y a su garganta cerrada. La hostia quedó deglutida.

Siempre ha enseñado la Iglesia que la Eucaristía tiene dos aspectos, dos caracteres: es a la vez, se dice, *sacrificio y sacramento*. En nuestros días se insiste, sobre todo, en el aspecto de sacramento, poniéndose entre paréntesis el aspecto de sacrificio, con la idea, falsamente ecuménica, de no disgustar a nuestros hermanos de la reforma. Después del Concilio se presenta frecuentemente la misa como un banquete; se celebra "cara a los fieles". Ciertamente no se le niega su dimensión de sacrificio, pero a fuerza de pasarlo en silencio esto está en nuestra mente como si no estuviera.

Hago estas advertencias sin ningún espíritu de crítica y para confiar a mis lectores mi impresión cada vez que me encontraba en presencia de Marta. Su ejemplo traía a mi memoria las palabras de mi catecismo en el que se decía que "la misa es la renovación incruenta del sacrificio de la Cruz". A decir verdad, en mi infancia no comprendía este misterio, pero ¿puedo al fin de mi vida, decir que lo comprendo mejor?

* Martinica suena en francés parecido a Marthe unique –Marta única–.

De lo que estoy seguro es que este misterio atañe a la sustancia de la fe católica. Cuando me encontraba junto al lecho de Marta, ciertos textos, que yo guardaba en mi memoria parecían como si se iluminaran. Por ejemplo, este versículo de san Pablo (Col 1,24): *"Suplo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo, por su cuerpo que es la Iglesia"*, o también *"Vivo yo, mas no yo, es Cristo quien vive en mí"*, y más, *"La vida actúa en vosotros y la muerte en mí"*.

Sucedía también que después de visitar a Marta en su casa, algunas horas después asistía a la Eucaristía celebrada por el P. Finet. No podía evitar entonces ver sobrepuesta la imagen de Marta sobre el altar. Aquella no era una misa como las otras. Yo proyectaba sobre el blanco mantel lo que había creído ver en el cuarto oscuro.

10. CONVERSACIÓN SOBRE LOS ESTIGMAS

YO: Marta, necesito tu ayuda. Este año en la Sorbona he tomado como tema de mi curso público “La existencia de Dios”.

ELLA: Y ¿cómo lo vais a desarrollar?

YO: Lo hago avanzando por vías convergentes. Al principio –hace ya tres años– estudié el cosmos, el orden armonioso y simple que existe en el mundo y que hace posible la ciencia. He llegado a la idea de que para dar razón de este orden hace falta admitir una causa soberanamente inteligente. Al año siguiente, expuse el mundo moral, la psicología humana: nuestras aspiraciones tienden al infinito. Y concluí que hacía falta admitir que esa causa inteligente era capaz de colmar nuestros deseos: que era al menos, eso que llamamos una persona.

ELLA: ¿Y después?

YO: Después, Marta, he estudiado esos seres extraños, esos monstruos sagrados que aseguran estar en contacto con esa causa inteligente y amorosa. Les he llamado, según la costumbre, místicos. Entonces he leído sus libros, pero jamás durante mi vida he conocido un solo místico. Por eso precisamente tengo necesidad de ti. No me vayas a dejar en este atolladero. El buen samaritano recogió al levita (sic) en su camino.

ELLA: Pues pregunte Vd. Intentaré contestaros.

YO: En primer lugar te rogaría que me des alguna luz sobre esa experiencia tuya que se llama los *estigmas*, voz que tú jamás has empleado. La historia conoce aproximadamente ciento cincuenta estigmatizados, de los que la mayoría son mujeres. La primera cuestión que quiero plantearte es ésta: ¿Habías oído hablar de estos casos? ¿Estabas al corriente? ¿Habías leído la historia de san Francisco de Asís?

ELLA: ¡Oh, no! Ciertamente, no. ¡Si supierais qué poco iba por tal camino mi cura! Yo no había leído ningún libro, ni había oído hablar jamás de estas cosas. No conocía nada. Mi padre se había enterado de que yo quería hacerme carmelita –él había dejado de practicar–, yo le dije entonces: “Papá, ¿por qué has dejado de ir a misa?” Me respondió: “Métete en lo que te atañe”. No insistí más. Como os he dicho, me entregué entonces de manera absoluta a Dios, pero no eligiendo ser carmelita, sino no eligiendo nada en absoluto. Recuerdo que un día estaba en casa de mi hermana haciendo las labores y tropecé con un viejo libro de piedad, que cayó al suelo, donde leí esta frase: *Debe preferirse el sufrimiento a la alegría, debe preferirse la lucha al descanso*. No leí nada más. Fue mi iluminación. Después recaí en la enfermedad en casa de mi padre. Mi familia estaba de nuevo destrozada por mi causa.

YO: Marta, eres muy hábil. Te he dicho que me hables de los estigmas y de eso no me dices nada.

ELLA: ¿Qué queréis que os diga? ¡Es tan difícil hablar de estas cosas! Preguntad algo concreto, veré si puedo responder.

YO: La pregunta que te voy a hacer es muy sencilla. En los análisis que he leído sobre la estigmatización y la transverberación, he tomado siempre nota de una observación que hacen quienes han sido a la vez favorecidos y víctimas, y que dicen ser algo al mismo tiempo doloroso y delicioso. ¿Cómo es posible que lo doloroso y delicioso se den juntos?

ELLA: Cuando decís “delicioso”, sin duda se piensa en algo sensible, un placer o un gozo humano. No tiene que ver nada con esto. Aquello es un gozo vivo, pero es un gozo divino, o mejor un gozo interior. Es un sufrimiento extremado, insoportable; pero es un sufrimiento muy dulce.

YO: Y ¿has sentido algo así como eso que los místicos llaman un dardo, una especie de punta de fuego?

ELLA: Sí, he sentido un fuego ardiente, a veces un fuego interior. Este fuego salía de *Jesús*. Exteriormente yo lo veía como una luz.

YO: ¿Qué tipo de luz? ¿Lo puedes precisar?

ELLA: Pues bien, una luz roja, más bien roja oscura; una luz ardiente, una luz que quemaba... Todo lo que digo ahora está muy mal expresado. Una vez más hay que dejar de lado lo exterior. Lo interior es *Jesús, Jesús* en su vida divina. Ciertamente *Jesús* no sufre más una vez entrado en su gloria, pero Él está siempre ofreciéndose actualmente. Nosotros, nosotros podemos sufrir todavía como Él sufrió.

(Marta insiste sobre el carácter repentino, sin aviso previo, de su experiencia. Me dice: “Se tiene la impresión de que *Jesús* sufre en ti, al margen del tiempo y del espacio; más bien *Jesús* en su gloria”. Mientras la escuchaba, yo me repetía una frase que había leído no sé donde: “Aquello fue como un amanecer, pero el de un sol de sangre”. Y oía a Marta que me repetía: “No os lo puedo explicar; era algo insoportable... y era delicioso”).

YO: Permíteme, Marta, citarte un pasaje del libro de Job, del Antiguo Testamento: “*Era aquello un fuego devorador que quemaba mis huesos. Todo en mí se disgregaba*”.

ELLA: No he leído nunca a Job. No sabía que él había dicho eso que me citáis. Dios es *fuego devorador*, es verdad.

YO: Permíteme preguntarte una vez más. Sabes que me intereso por las relaciones del tiempo con la eternidad. Intento saber cómo percibimos el tiempo y me gustaría que me indicaras cómo lo percibís vosotros durante esta operación. ¿Puedo preguntarte cuánto tiempo dura, cómo empieza y cómo finaliza?

ELLA: Es algo que sucede tan rápido que a una le da vértigo. El sufrimiento es tan grande, la acción tan íntima que una tiene... cómo diría yo... la impresión de que se disloca, que no se puede resistir más.

YO: ¿Tuvo fases sucesivas?

ELLA: ¡Si se puede llamar fases a aquello...! Dios hace lo que quiere. Cuando quiere ponerte en la Cruz, te pone en la Cruz... Me parece que una voz me había preparado antes, que esta voz me había señalado un día próximo, como si Jesús me hubiera dicho: “Mira, mi pequeña Marta, tengo una cosa que decirte” y que aquella cosa era que iba a ser como Él, ser Él. Nunca he oído esa voz interior. Era mucho más simple y aquello no se retrasó.

Lo primero, Jesús me pidió que le ofreciese mis manos. Me pareció que un dardo salía de su corazón y se dividía en dos rayos: el uno para herir mi mano derecha, el otro la izquierda. Pero al mismo tiempo eran atravesadas mis manos, por decirlo así en lo interior. Después Jesús me invitó a ofrecer mis pies, lo que hice al instante separando

mis piernas y estirándolas. Entonces también vi un dardo que se dividía en dos. Pero todo duró un instante. Jesús me invitó seguidamente a presentarle mi pecho y el corazón, como había hecho con mis manos y mis pies. Esto se realizó mucho más intensamente por lo que Vd. ha llamado *dardo*. Quedé casi desvanecida durante varias horas. Los rayos de fuego desaparecieron de repente, así como de repente habían venido. Jesús me invitó aun a recibir la *corona* de espinas. La colocó en mi cabeza apretándola muy fuerte.

YO: ¿Tuviste la impresión de que aquel era un fenómeno que sucedía una vez por todas o de que se repetiría de nuevo?

ELLA: ¡Oh, no! Desde un principio comprendí que aquello era para siempre. Pero, como yo lo repito, cada vez se hace más íntimo, cada vez más interior.

Pasados varios años, ya no estoy en la Cruz exteriormente. Yo soy la Cruz, por así decirlo. La Cruz está en mí y yo en ella. Ya os he contado que en mis visiones al principio llegué a ver a la gente al paso de Jesús subiendo al Calvario. Que había oído las burlas. Ahora he superado eso. Es más, yo diría que ni me interesa. Lo que me interesa es la Pasión, es Jesús sólo. No sé cómo explicároslo. Estas cosas son tan dolorosas que, si Dios no te sostuviera, morirías. Y, sin embargo, es delicioso.

YO: Permíteme hacerte una pregunta indiscreta. Querría saber qué sientes el martes cuando te dan la comunión, que es tu único alimento, tu sola bebida. ¿Tienes la misma sensación que cuando el fuego te atravesó el corazón?

ELLA: Es cierto. Yo no me alimento más que de eso. Se me humedece la boca, pero no puedo tragar. La hostia pasa a mí, no sé cómo. Ella me produce entonces un efecto que me es imposible describirlo. Esto no es una comida ordinaria, es una cosa diferente. Es una vida nueva que penetra en mis huesos. ¿Cómo decirlo? Me parece que Jesús está en todo mi cuerpo, que Él es mi cuerpo... como si yo resucitara... Después no hago pie; estoy desligada del cuerpo, libre con relación al cuerpo.

YO: Entonces, ¿estás fuera de lo que, nosotros los filósofos, llamamos el tiempo?

ELLA: No conozco los términos filosóficos. Os repito que no hago pie.

YO: Se me ha dicho que entonces, en ese momento, viajas por el espacio, que tienes la impresión de que visitas países lejanos.

ELLA: ¡Si se puede llamar a eso viajar! Es como Gagarine, aunque Gagarine estaba de suyo en el mundo actual. Yo viajo en Dios, Él me lleva donde quiere.

YO: En tal caso –le dije sonriendo– ¿os lleva a Roma o a Constantinopla?

ELLA: Sí, a Roma y a Constantinopla, pero en Jesús. Y también con la Virgen. Una veces con Él y otras con ella. Y estoy siempre en el mismo estado de dolor. Es el amor quien me conduce. No tengo sino dulzura dejándome llevar por el camino.

Jesús es tierno. Él toma para sí lo que hay de penoso y no me deja más que el mérito de seguirle sin resistencia. Vd. sabe que con la fe en Dios y el conocimiento de su amor se puede fácilmente prescindir del resto, mientras que todos los bienes de la tierra no pueden sustituir esta paz, esta ternura. Cuando se comprende el amor de Dios para con nosotros, se aprecia que la eternidad no será suficientemente larga para agradecerse.

Es un océano. Nuestra felicidad forma parte de su felicidad. No sé cómo explicaros todo esto...

Reflexiones

Tales fueron las respuestas de Marta, tomadas en vivo, a mis preguntas. Respuestas ingenuas (*naïves*) como se decía en el siglo XVII. Marta no había leído nada sobre los estigmas. Yo me hallaba frente a una fuente pura. Nuestras respectivas exigencias eran gemelas: yo aplicaba mi método crítico no deduciendo sino el *mínimum* de un texto o un dato. Marta hablaba naturalmente el lenguaje campesino, elíptico, conciso, evitando los comentarios, no comprometiéndose demasiado. Sin reflexionar, conveníamos en elegir entre dos términos el de menor significado. Ya había caído yo en la cuenta, cuando preguntaba a Mons. Pouget en su celda, que el espíritu campesino y el espíritu crítico se apoyan como dos formas de la virtud de la prudencia.

Más tarde he comprobado los *dichos* de Marta comparándolos con los ejemplos famosos. San Buenaventura ha narrado la estigmatización de san Francisco de Asís. La impresión de las llagas había estado precedida de un incendio íntimo, una especie de exceso de gozo. Francisco describió al serafín bajo un aspecto gracioso. Fue después de los coloquios con el ángel ardiente cuando llegó el dolor.

He aquí el pasaje de santa Teresa en el que cuenta la transverberación: “Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite... No quisiera ver ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria que cuantas hay en todo lo creado”. (*Vida*, cap. 29) Decía además que no podía comprender cómo pena y alegría podían darse en ella simultáneamente. Y es lo que hemos experimentado, más o menos, todos quienes a veces hemos sentido amargura en el placer o dulzura en el dolor.

¡Qué impotente es nuestro vocabulario para definir y para describir! ¡Cuántas veces decía Marta que las palabras eran mentirosas! Ella jamás pronunció la palabra *estigmatización*. ¡Qué difícil es describir lo que es en sí un gran amor! ¡Cuán indispensables y cuán lamentables son las expresiones “yo amo” o “yo sufro” para manifestar los matices del dolor o del afecto! Un placer ardiente se puede tornar en lamento y un extremo dolor puede dar una alegría íntima. Un veterano jugador decía que si existe la alegría de ganar, él sabía que hay una más pura, la de perder. ¿Por qué? En el momento de la muerte, abandonados de todas sus fuerzas físicas, juzgados por muertos por los que les rodean, algunos tienen la impresión de entrar en una zona de calma, radiante, luminosa, como si sus facultades, hasta entonces dormidas, se despertaran. Los místicos, tanto orientales como occidentales, han hablado de una visión por la que parecen fusionarse en el océano divino, al mismo tiempo que éste en oleadas sucesivas los invade.

La Hora

La vida de Marta giraba en torno al viernes, día en que ella sufría; y esto me llevaba a reflexionar sobre lo que el Evangelio de san Juan llama *La Hora*, centro al que tendía la vida de Jesús.

Parece como si en un lapso de 20 horas se presentaran las formas más diversas del sufrimiento, como si todo hubiera sido combinado por un calculador de capacidad infinita. Tal acumulación de improbabilidades es tan grande que, para ciertos críticos radicales, como era el Dr. Couchoud, el relato de la Pasión no es *histórico*. De hecho el lector se encuentra frente a esta alternativa: o bien este relato es obra de un falsario consumado –sería un Poe, Stendhal, Merimé– o bien se trata de un conjunto querido por el Señor de los *Kairoi*. A partir del momento en que Jesús “se entrega”, la maquinaria cibernética funciona de tal modo en fabricar un *máximo* de pruebas en el menor espacio de tiempo. El ordenador opera como un hábil cirujano: con rapidez cruel, implacable, pero sin el menor exceso trágico, sin efusión inútil de sangre. Yuxtapone, a los sufrimientos físicos establecidos por la ley judía y romana, humillaciones suplementarias. El Rey de reyes es tratado como un esclavo fugitivo, el Justo de los justos es juzgado autoritariamente sin defensa.

¡Qué difícil era conseguir en pocas horas esta doble condena, la de la justicia judía y la de la justicia romana, y sobreañadir a esto formas de suplicio muy diferentes, como la flagelación o la cruz! El falsario debía respetar la verosimilitud humana al mismo tiempo que la verosimilitud geográfica, jurídica, sin olvidar la yuxtaposición, tan difícil de respetar, de dos jurisdicciones rivales. Hacía falta también que Jesús fuera idéntico a sí mismo, que se le reconociera su nobleza, su sublimidad, pero también los desfallecimientos de su debilidad. Todo esto, repito, en tan poco tiempo; la muerte debía ocurrir antes del crepúsculo. Se confesará que esto era un puzzle de una dificultad considerable. Si un fabulador lo ha resuelto, debemos concluir que este tal era un incomparable mitólogo. De modo que, teniendo todo en cuenta, me parece más razonable pensar que este mitólogo no fabulaba. Pero cerremos aquí este paréntesis para abrir otro sobre la filosofía del sacrificio.

Marta no era ni filósofa ni teóloga: ella no *pensaba* su sacrificio. Ella lo *vivía*. A otros les toca pensarlo, a otros comprenderlo.

En cuanto a mí, después de conocerla, buscaba entre los pensadores una justificación de lo que en ella era como un *hecho*, eso que los marxistas llaman *praxis*. Y antes de cerrar este capítulo querría indicar brevemente en qué dirección podrían comprometerse los filósofos o teólogos de mañana.

Lachelier ha dado una definición del sacrificio, cuando escribió en el *Vocabulario Filosófico* que quien se sacrifica supone que el ser finito no existe fuera del infinito sino interinamente, por una especie de tolerancia, a la cual el alma siente que es bueno renunciar. Pero aún podemos ir más lejos y debemos aprobar cuando Hegel veía en el sacrificio el momento en el que la muerte y el amor absoluto coinciden. Como ha recordado recientemente Hans Küng, el sacrificio de Cristo representa en el tiempo de la historia humana la idea eterna divina. Fue ésta también la intuición de Scheeben, el teólogo alemán quizás más profundo del siglo XIX. En efecto, para quien reflexiona es difícil separar la vida íntima de Dios de la manifestación de esta vida en la tierra. Es difícil no suponer que Dios en la creación se imita a sí mismo en alguna manera proyectando su semejanza. Es por lo mismo difícil pensar la Redención, la Eucaristía y los “misterios del Cristianismo” sin ver en ellos la expresión de la Vida divina eterna. La Encarnación, que es una generación temporal, prolonga la generación eterna del Hijo

por el Padre. Y el *don sacrificial* del Hombre Dios es la más perfecta expresión concebible del Amor eterno infinito. Desde esta perspectiva me esforzaba por ver y percibir, “comprender” lo que pasaba cada semana en aquella casa.

En 1921 Emilio Boutroux vino a la Escuela Normal para conversar con alguno de sus alumnos de filosofía y hacer para ellos su *testamento*. Iba a morir pocos meses después. Recuerdo que, intentando resumir lo que tienen de común Pascal y Spinoza, (difícil empresa pues nos sitúa en el corazón de la mística) pronunció estas sibilinas palabras: *No podemos dejar de buscarnos a nosotros mismos más que si Dios condesciende a buscarse en nosotros*. Había de pasar medio siglo antes de que Marta me aclarase estas palabras llenas de misterio.

11. EXPLORACIÓN DEL MÁS ALLÁ

El Purgatorio

Marta tenía una concepción muy original sobre el *purgatorio*. Y su experiencia no carecía de analogía con la idea que yo me había hecho de este problema. Reflexionando sobre los diversos niveles del tiempo, intentando determinar las etapas y los estados intermedios entre la eternidad y el tiempo, había llegado a deducir un tiempo intermedio: el del *purgatorio*.

Había intentado concebir qué experiencia de la duración podía tener un “alma del purgatorio”, pensando que esta experiencia permitiría profundizar el misterio del tiempo. Aquel es un tiempo sin tiempo. Un progreso sin riesgo, una purificación sin tormento, un sufrimiento sin rebelión y, por tanto, un dolor junto con la dulzura; un tiempo sin riesgo, ni incertidumbre ni angustia, un tiempo sin avidez, en el que no cabe el pesar por el pasado ni el temor del futuro; un tiempo sin libertad de elección ni de caída, un tiempo sin más, *el puro tiempo*. Desaparecido ese lastre sombrío de lo que no volverá jamás (*el pasado*); sin aparecer el horizonte ambiguo del *porvenir*. Tiempo en el que cada parte desemboca en otra parte mejor por disminución del plazo, por acrecentamiento de una esperanza cierta.

He tratado de aislar en mi vida momentos análogos en los que la pena y la alegría se encuentran mezclados y sobrepasados, como hace Dante en el canto XXIII del *Purgatorio*:

*Domine, labia mea aperies per modo
tale che diletto, e doglia parturie.*

(Se oyó llorar y cantar:
“Me abrirás los labios, Señor,
con tal dulzura que producirá
placer y dolor”).

Como sabía que Marta era una especialista de los estados excepcionales “*entre el cielo y la tierra*” me propuse interrogarla sobre este punto: la conciencia que de nosotros mismos tenemos, sea en nuestros *últimos momentos* en el tiempo, o mejor dicho, en nuestro *primer momento* de eternidad. Mons. Saci, el director de Pascal, pronunció antes de morir esta frase que Sainte-Beuve dice ser una frase de “humilde esperanza”: “¡Oh dichoso purgatorio!” Tal era también, según creo, el pensamiento de Newman, como lo fue ya el de Catalina de Génova, Adorna de Fieschi.

Mis ideas sobre el purgatorio y los *últimos momentos* provenían de mis reflexiones sobre la libertad. Yo me decía: es necesario que los seres libres puedan hacer en algún momento, una vez al menos, un acto de *libertad pura*. Pero ¿en qué momento de la vida soy capaz de tal pureza? La mayor parte de la gente, enredados por la carne, las preocupaciones, las obligaciones del oficio ¿tienen siquiera un instante de libertad plena que les permita una elección decisiva entre el bien y el mal absolutos? Ahora bien, si Dios es justo –me decía– ¿puede admitirse que recompense o castigue (que ofrezca la gloria o la vergüenza eterna) a seres que no habrán tenido nunca la ocasión de hacer un acto puro de libertad? Así llegué a la idea de que había que distinguir el momento de la muerte social por paro respiratorio (el “último suspiro”) y el momento de la muerte real. Había estudiado ese poema de Newman titulado *The Dream of Gerontius*. Newman toma al moribundo en ese intervalo en que, desaparecido el soporte

corporal, el recién fallecido queda reducido a una pura libertad total, sin que le lleguen las voces de la tierra y no oyendo más que las del cielo.

He tenido ocasión de preguntar a amigos que habían tenido la experiencia de la muerte. La habían rozado en el frente o en un accidente. Mauricio Genevoix me contó tres experiencias de tales casos que él había recogido durante la primera guerra. Se han publicado estudios estadísticos sobre estas experiencias de la pre-muerte. El agonizante pasa por un estado de paz en el que la memoria del pasado se le ofrece de manera tranquila y panorámica, su alma parece estar separada del cuerpo al que ella contempla como un objeto. Me he preguntado si este momento no será el de la libertad pura que yo había creído poder deducir.

Marta no estaba lejos de esta perspectiva. Decía que había un intervalo entre la muerte real y la muerte aparente. Cuando murió su madre, hacia las cinco de la tarde, en un lecho que estaba junto al suyo, Marta esperó cerca de diez minutos; después se oyó decir: “Mamaíta, entra en el cielo. ¡Se acabó tu purgatorio!” Marta pensaba que debía cargar sobre sí la pena de su madre; (ya he dicho que tal era su vocación específica: cargar con el dolor de los otros). Para Marta ella duró varios meses. Yo recordaba la oración de santa Catalina de Siena: “Dios mío, dad a mi padre el descanso eterno y castigad en mí las faltas de su vida”.

La correlación entre mi pensamiento y la experiencia de Marta me ha conducido a reflexionar sobre el concepto de purgatorio”, tan extraño a nuestra mentalidad actual.

Encuentro admirable el tratadito de Catalina de Génova sobre este asunto. Adorna de Fieschi concebía el cielo, el purgatorio y el infierno como estados del alma y no como lugares. Y no estaba lejos de pensar que estos tres estados tienen una existencia germinal, confusa y virtual en la vida presente. Se concederá fácilmente que existen en nuestros días en el mundo presente experiencias infernales. Es suficiente pensar en Hiroshima, en los jermes rojos, en las hambrunas y en este infierno de privación de Dios tan característico de nuestro tiempo. ¿No existe, sin duda, en los limpios de corazón una felicidad anticipada? Así, también existe ese estado intermedio y mezclado, el del alma radiante y doliente que sufre dos penas, como escribe un poeta inglés:

*These two pains so counter and so keen
The longing for Him when thou seest Him not.*

¿Era tal vez este el estado de Marta? No me atreví a preguntarle, pero cuando la veía y la escuchaba, tenía la impresión de que su manera de existir era la de un “alma del purgatorio”.

¿Cómo hacerse una idea de esa vida de sufrimiento purgativo del más allá, que quizás será la nuestra y que es, sin duda, la de muchos seres a quienes hemos amado?

“Marta, –le decía yo– vais a tener suerte. No tenéis riesgo de pasar por el purgatorio. Si tú no vas derecha al cielo, no queda otro remedio que decir que nadie irá”. Y ella respondía: “Quiero conocerlo todo. Me gustaría conocer el purgatorio. ¿Por cuánto tiempo? No sé. Además ¿existe allá el tiempo? Quisiera pasar allí al menos unos instantes”.

Adorna Fieschi (Catalina de Génova) enseñaba que el alma en el purgatorio participaba de un estado de felicidad porque ya no podía hacer mal uso de su libertad. Liberada de la libertad de elección, el alma sólo tiene la libertad de aceptación. Ciertamente soporta sufrimientos, pero ¿hay verdadero sufrimiento cuando se acepta a Dios? *Lo que es no*

hace sufrir. El alma conoce a la vez el dolor y el gozo unidos en el acto de amor. Sintiendo plenamente el dolor por el pecado, no siente ya vergüenza; Dios, según Catalina le quita hasta la complacencia de mirarse a sí misma, aunque sea para juzgarse culpable. No le queda otro recurso que confiarse al amor. De suerte que Miguel Reboul ha podido definir el purgatorio como “*el dolor del fuego del amor*”. Porque Dios la ama, consume en su fuego todo lo que separa el alma de Él. El gozo va creciendo según siente aproximarse la plenitud.

“Ratto, ratto che'l tempo non si perda per poco amor”

(¡Vamos! ¡Vamos! No perdamos tiempo por el poco amor)

(Dante. Purgatorio. XVIII)

Marta escribe: “Puede imaginarse la dicha del alma del purgatorio encontrándose de pronto en la patria celestial, gozando de Dios ya para siempre. Dios, ése es su pensamiento. ¿Puede hallarse mejor que en el centro de su felicidad? De modo semejante está mi alma unida al Bien soberano. Ella no tiene otro pensamiento, otro querer que el suyo. De Él brota para ella una luz que me invade, me diluye. En mi Dios amado... está el paraíso en la tierra. Estoy sumergida en Él como en un océano de amor. Me veo envuelta de amor, rodeada de Dios al que amo y me ama. Soy como una esponja en el océano del amor. Si una esponja pudiera estar enamorada del agua ¡qué feliz sería al verse traída y llevada a través de un océano de agua!” (5 de julio 1935)

El condenado a muerte

Marta mantenía contactos con una visitante de prisiones; se interesaba por los presos condenados a muerte.

En aquel tiempo aún existía la pena de muerte. Los condenados derramaban verdaderamente su sangre. Y había entre Marta y ellos una complicidad, la de la sangre derramada. Sabía ella lo que es ver correr el líquido rojo y oro, y pudiera decirse que era condenada a muerte cada semana. Sabía también que hay culpables que son inocentes y que ciertos jueces, también culpables, merecen el mismo castigo. ¿Pensaba quizás que este género de muerte que la sociedad infligía era una pena metafísica, ya que nos lanzaba a otro universo, que era como remitir el hombre al Señor, y que, en cierto sentido, una muerte tal en lucidez era envidiable?

Otros grandes místicos habían ayudado a los condenados a muerte. Sabemos que Catalina de Siena había acompañado hasta el postrer suspiro a un condenado cuya cabeza sostuvo sobre el tajo. Él le decía: “¡Quédate conmigo, no me abandones! Sólo así podré sentirme bien y moriré contento”. Y ella le contestaba: “Valor, mi dulce amigo, pues pronto será la boda. Te esperaré en el lugar de la ejecución”. El respondía: “Iré con honor y fortaleza y me parecerá que faltan mil años para aquello, pensando que vos me esperáis allí”.

Se sabe también que Teresa del Niño Jesús se había asociado a la muerte del asesino Pranzini.

El condenado a muerte, a quien amaba Marta, se llamaba Jacques Fech. Fue guillotinado a los veintisiete años. Su conversión en la prisión se debe en gran parte a su amistad con Marta. Otro condenado llamado Bontemps fumó su último cigarrillo sacado de un paquete que Marta le había enviado. Cuando Marta hablaba de sus

condenados les llamaba por su nombre: *Jacques, Reé, Michel*, como si se tratase de sus hermanos.

He aquí la última carta de Jacques Fech inspirada por Marta: “Voy a morir. ¿Puede mi razón esperar un hipotético indulto a última hora? La fe que poseo y la voluntad que me mueve a ofrecer el don de mi vida con una paz que el mundo ignora me serán, por sí solas, la certeza suficiente. Poco a poco el pasado y el presente serán una sola cosa y acabarán en ese acto para el cual he nacido y que tiene su origen en una gran misericordia. Espero la noche y la paz... Tengo mis ojos fijos en el crucifijo y mis miradas no se apartan de las llagas de mi Salvador. Repito incansablemente: “Por ti, Señor”. Voy a guardar esta imagen hasta el fin, yo que voy a sufrir tan poco”.

El aborto

Marta, que amaba tanto a los niños, juzgó crueles y nefastas las leyes votadas sobre “la interrupción voluntaria del embarazo”. Era, no obstante, más severa con los legisladores que con las pobres mujeres desesperadas o traumatizadas.

Con solemnidad, con una grave certidumbre, que raramente encontré en ella, decía que los niños asesinados en el seno de su madre pedían en el otro mundo perdón a Dios para ellas. Porque a sus ojos, estos niños estaban en una situación análoga a la suya: la de víctima inocente y por lo mismo redentora.

Tal era el fondo de su espiritualidad: la solidaridad de las conciencias, la comunión de inocentes y culpables, la unión final de los verdugos y las víctimas. A sus ojos el niño privado de la vida por la desesperación de la madre, arrojado a la eternidad por su madre, salvaba a esta madre de su pecado. De lo profundo del mal brotaba un mayor bien.

Cuando leo la *Divina Comedia* me parece que falta en ella este grupo de niños inmolados por sus madres y que las redimen.

12. LUCIFER

Marta tenía casi a diario una extraña experiencia. Yo sería infiel a su memoria si escondiera estas cosas.

Para hablar con exactitud y discreción, como observador imparcial, me limito a decir que había junto a ella un elemento que le hacía la contra; que, según ella decía “le estropeaba todo”. A veces de una manera infantil, como un chiquillo enrabiado, descolocaba los objetos, no dejaba abrir la puerta, tiraba la lámpara; siempre, sin embargo, sin romperlo ni dañarlo, como si estuviera furioso, pero inofensivo. Otras veces intentaba suscitar dificultades fuera, tramar enredos, incidentes, intentar –como Marta también decía– “demoler el Hogar”.

No soy psiquiatra ni tengo la misión de investigar sobre “el Maligno”. Me limito a describir las apariencias y las impresiones. Lo que me sorprende de estos testimonios es que, ése que Marta llamaba muy simplemente él, no ejercía sobre ella más que una acción exterior; nunca alcanzaba su intimidad. Y más bien le movía a risa. Con este maestro de la ironía Marta luchaba sirviéndose también del arma de la ironía. Y no me hablaba de él más que lacónicamente, compasivamente, como una esposa habla de su marido ebrio, como un soldado nombra al capitán feroz.

Él, este él, ¿quién es? Se comprende que yo pensara en ese que el Evangelio en el Pater llama “el Maligno”. Hemos preferido traducir por “líbranos del mal” lo que debería traducirse por “líbranos del *Maligno*”. Y los exégetas que son tan susceptibles de exactitud en la traducción del *Gloria*, hasta el punto de no aceptar la expresión querida de Jules Romain: los *hombres de buena voluntad*, han rebajado al Maligno para reducirlo al mal. ¿No habrán contentado, sin duda, a este compañero sutil, que adora el disimulo y que tanto goza persuadiendo a los sabios de este mundo de que no existe?

Lo que me ha sorprendido, conversando con Marta sobre esta punzante y ordinaria prueba es que, como en las tentaciones del Evangelio, Marta no despreciaba a su gentil Belcebú. También Descartes había creído ver al Maligno en la noche del 10 de noviembre de 1779. Creyó que debía llamarle “un genio maligno” y le hizo jugar un gran papel en su dialéctica. Marta decía que él es muy inteligente, y añadía que él era bello.

Desde entonces ya no he podido representarme jamás al Adversario bajo las formas barrocas, repulsivas y ridículas. Cuando para pintar a Lucifer más propiamente yo intento representármelo, me imagino un magnífico tipo de doctor. Veo dos largas y finas manos, con bellas uñas, unidas como en oración, pero sin entrelazar los dedos, que es signo de amor. En resumen, me imagino un ser castigado por haber amado mal o demasiado, a la criatura, a una imposibilidad eterna de amar.

Cuando Marta hablaba de él, acabo de decirlo, no le despreciaba. Percibía que, aunque ser caído, mantenía su nobleza. Caín estaba protegido por Yahvé, quien no permitía que

se le tocara. *Él* era a los ojos de Marta, como el hermano de Abel, un príncipe caído y sin esperanza, que había recibido el poder de “estropearlo todo”.

Cuando *él* atacaba su cuerpo virginal, al que zarandeaba, lanzaba contra el muro, tiraba por tierra –como hizo el último día– nunca le causó heridas, ni jamás la descubrió. El Impuro respetaba su pudor. Si en el último momento de su vida sobre la tierra la tiró al suelo, me atrevo a pensar que fue por una postrera discreción: para permitirle evadirse de este mundo en soledad, sin molestar a nadie con su agonía.

En resumen, el triunfo del Maligno era a los ojos de Marta un triunfo fracasado, su poder era un poder impotente. Esta era también la idea de Goethe: en “*Fausto*” Mefistófeles habla como un desesperado, como un vencedor vencido.

13. LA MUERTE

Marta habitaba en dos ámbitos: el que nosotros llamamos este mundo y el que, a falta de otra expresión y por negación, llamamos el *otro mundo*, o mejor aun, el *más allá*.

Para mí, Marta era el testigo, "único en su género", que podía responder en este planeta refractario a mi suprema pregunta, la de todos los hombres: ¿Qué hay en el más allá? Este más allá estaba para ella aquí mismo. En parte ella habitaba ya ahí; sin embargo, no había traspasado todavía el oscuro umbral. Estaba en plenitud de espera, de esperanza y, más aun, me atrevería a decir, con una especie de curiosidad.

Yo me preguntaba: ¿cuánto tiempo vivirá?, ¿qué piensa sobre la fecha de su muerte? Yo tenía dos impresiones muy diferentes: la primera, que siendo *inéfica*, podía persistir indefinidamente sobre la tierra; pero que, del mismo modo, bastaba una fruslería para que dejara de vivir. Ella decía que deseaba morir. Su vida no era vida. Tenía miedo de ver morir a su capellán antes que ella muriese. Me decía bromeando: "¿Dónde me llevarán si el padre no está ya aquí? ¿Tendréis un rincón para mí en vuestra choza?" Más que Teresa de Jesús habría podido decir que "moría porque no moría".

Una de sus esperanzas era obtener del padre el permiso para morir. Decía con su acento infantil sabio y algo irónico: "Me gustaría morir, pero el padre no me lo permite". Y desde la oscuridad, a su lado, el P. Finet replicaba: "Marta, tu tarea no está acabada".

*¡Atráeme, sombra querida,
Aspírame hacia el otro mundo!
Que pueda dormir por fin
Y escuchar siempre al amor
Me inundan de la muerte
Las olas refrescantes.
Mi sangre es como un bálsamo
No es más que éter sutil.
Transcurren mis jornadas
Llenas de ánimo, llenas de fe;
Y muero durante mis noches
Abrasado por llamas sagradas.
(Novalis)*

Pedí al P. Finet que me relatara cómo había transcurrido el último día de Marta.

"Era viernes. Yo llegué a su habitación por la tarde, a las 17 horas. Desde hacía unas semanas, Marta padecía más dolores que nunca. Pero nadie sospechaba que iba a morir. Ella me decía que él le hacía difícil la vida; que a veces la tiraba al suelo. Efectivamente, cuando entré en su habitación, la encontré tendida en el suelo, cosa que nunca había sucedido. Pedí a alguien, que estaba en la pieza contigua, que viniera a ayudarme a levantarla. Su brazo estaba ya frío y oí a Marta decirme: "Él me ha matado". ¿Oí yo tales palabras? La persona que estaba conmigo no lo oyó. La levantamos entre los dos y la colocamos sobre el lecho. El otro brazo estaba tan frío como el primero. Puse un espejo sobre sus labios y no recogí ningún aliento. Entonces se fue a avisar al médico. Llegó hacia las ocho de la tarde y dijo: "Está muerta". Se avisó a la hermana de Marta, que tiene noventa y dos años, y también a la familia. Llegaron a media noche. El obispo de Valence llegó hacia las 22 horas.

"Llegó por fin el sábado. Los niños de las escuelas querían ver a Marta. Se la vistió, como había deseado, con un vestido blanco. Era una túnica de comunión bastante larga

para que pudieran ser cubiertos sus pies, siempre en forma de arco. Se le colocó un rosario entre sus manos juntas. La noticia de su muerte se conoció inmediatamente en la aldea, fue anunciada, sin nuestro consentimiento, por televisión el domingo por la mañana. Entonces comenzó un desfile ininterrumpido alrededor de su lecho”.

También interrogué a uno de los últimos testigos, María Teresa, que era quien le leía el correo. La víspera de su muerte le había leído una veintena de cartas. Sin titubeos, como de costumbre, Marta le había dictado lo que debía contestar, situándose en el corazón de los problemas, no dando soluciones sino –lo que es mejor que las soluciones– dando luz, y esto siempre con delicadeza. Marta tenía gripe. Tosía. Hacia las cinco de la tarde, sospechando que María Teresa tendría hambre, Marta le dijo que fuera a la cocina para que “comiese cualquier cosa”. Hacia las diez, una vez dictado el correo, María Teresa se retiró.

Recuerdo que Marta me había dicho: “Cuando haya dejado este mundo, estaré aún más activa, y quizás liada con más asuntos que lo que ahora estoy. No sé si podré recibir vuestros recados porque estaré muy ocupada. Tengo la intención de no descansar hasta el fin del mundo”. Todo esto lo decía con gran encanto, bromeando, con un poco de ironía.

Le había yo relatado la agonía de mi esposa el 1974. Ella me comentó: “Yo sé lo que es eso. Cuando uno llega a tal estado es necesario echarse totalmente en manos de Dios. No se trata de actuar, sino de abandonarse. Y, de verdad, esto no es divertido. Me decís que vuestra esposa gritaba; también Cristo. Se trata de dejarse. Cuando María Luisa os dijo: “Ya no puedo rezar” ¡ay! ¡Cómo la comprendo! Está muy bien dicho. Entonces ya ni se puede rezar... pero ésa es la verdadera oración”.

He vuelto a copiar este pensamiento de Leon Bloy: “pintar negra a la muerte es una idea de las funerarias. La muerte es blanca, luminosa, llena de esperanza pues no existe la nada futura. La muerte es una doncella rubia de mirada humilde, de pureza inescrutable, a quien los poetas más profanos han celebrado sin saberlo dándole el nombre extraño, romántico y hermoso del *amor*”.

Cuando conocí su muerte, poniendo casualmente la televisión, tuve un momento de estupor. Ninguna otra persona estaba más cerca de la muerte que ella, pues cada uno de los suspiros de esta *no-viviente* podía ser el último. Pero por la misma razón había terminado por parecerme no mortal, como si fuera una lámpara perpetua. Tenía ya mientras vivía, ese género de existencia de los difuntos: translúcida, frágil, presente y ausente, transformada en “ángel”. Yo sabía que no tenía más que tomar en París el tren de mediodía y podía encontrarla por la tarde: igual, inmóvil, idéntica a sí misma. Ahora debía rendirme a la evidencia. Era el fin. Marta había muerto. Nada ya se podía añadir ni quitar. Había terminado, del todo y para siempre terminado, para ella y para nosotros. La rueda se había quebrado. De una amiga cuya muerte yo le comunicaba, me había dicho: “Bien, está *consumada*”. La palabra *consumación* estaba bien elegida para traducir ese sentimiento solemne, grave, tranquilo y majestuoso que el fin trae a la vida. Desde ahora Marta está presente para todos aquellos que la visitaron, no por su rostro, su voz, sus rasgos, sus palabras, sino por su *esencia*. Esta esencia que he tratado de definir en este libro que también se acaba.

Tenía el proyecto de estar presente en sus funerales. La intensidad del tráfico hizo que yo no pudiera llegar a Châteauneuf-de-Galaure. Hube de resignarme a escuchar a los testigos de su triunfo. No me ha pesado, sabiendo que para mí, a quien distraen tanto las reuniones, hay más “verdad y poesía”, como decía Goethe, en escuchar un relato

donde el suceso está despojado de lo accidental. Virgilio lo sabía y hace contar a Eneas la caída de Troya.

Sumergirme en un combate, en una fiesta o en un duelo, me impide captar lo que permanece para siempre en la memoria eternizante. Cuando escuchaba el relato o cuando leía los periódicos recitaba para mí esta oración de Santa Gertrudis que es tan profunda: “Oh Vos, fuente de eterna luz, recogedme en vuestra divina Esencia de donde brotó el acto que me ha creado”.

Como es sabido, Marta amaba apasionadamente las flores. Su féretro fue recubierto abundantemente.

*Estas flores son oro, azul, esmeralda y ópalo.
En medio de las flores el ataúd se oculta;
Las flores aman la muerte: Dios las hace tocar
Con sus raíces los huesos, con su perfume las almas.*

Víctor Hugo

Después, a las tres de la tarde, Marta dejó aquella casa donde había recibido a tantos amigos.

Había sido deseo de Marta reposar en el cementerio de Saint-Bonnet, parroquia en que había sido bautizada, al lado de su padre, su madre, hermano y hermana. Era el 10 de febrero. Cuarenta y cinco años antes, otro 10 de febrero, el P. Finet había subido a “la Plana” para traer el cuadro de María Mediadora. El intervalo había sido abolido; la promesa se había cumplido. Desde entonces los “hogares” se habían extendido por el mundo. Imaginaba estos “hogares” como una constelación de estrellas: en La Martinica, en Haití, en Canadá, en México, en Colombia, en Ecuador, en Chile, en Brasil, en Argentina, en Senegal, en Costa de Marfil, en Gabón, en Togo, en Camerún, en Uganda, en Reunión, en Isla Mauricio, en Burundi, en Japón, en Vietnam, en la India. Este otro 10 de febrero estas estrellas velaban sobre los despojos de Marta. Y, quizás en su nuevo reino contemplaba con estupor –ella que tanto amaba el incógnito– toda aquella multitud en torno a su ataúd: cinco obispos, doscientos cincuenta sacerdotes. La coral de tres colegios, que ella había fundado en Châteauneuf, cantaba:

*¡Oh dicha sin fin!
Yo resucitaré
Y cara a cara
Yo te veré.*

Hacía tiempo que Marta había escrito: “La gente se queda extrañada cuando les digo que yo vivo para morir; que la muerte es la idea y el sentido de mi vida. Pues la muerte no representa a mi vista la hora de la desaparición de una criatura, sino por el contrario, su auténtico desarrollo. Morir será para mí una ganancia, ya que el gran efecto de la muerte será disipar el velo de sombra que me oculta una maravilla”.

¿Quién tenía más derecho que Marta para hablar así de la muerte?

El “servicio del orden”, como suele decirse, era imponente, pero inútil, porque allí no era necesario hacer respetar el orden. No se oyó ni un grito. Nadie lloraba. No hubo incidente alguno. Se estaba triste, o más bien, no se podía estar triste. El tiempo era espléndido. Hacía un sol casi primaveral.

Los que venían por vez primera al país de Galaure me han dicho que aquel día el sol, todavía tibio por el invierno, tenía una luminosidad tierna, dorada, ya un tanto provenzal, que envolvía ese solemne circo comprendido entre los Cevennes y los Alpes y que tiene la forma de un cáliz de oro. Como la campiña romana, la tierra de Galaure parece absorber el sol, de modo que la luz del cielo y la luz de la tierra parecen corresponderse. Me han dicho también algunos que la tarde del 10 de febrero la puesta del sol había sido más resplandeciente que de ordinario. Había una gran paz en todas las cosas.

Me venían a la mente los versos de Novalis, el que canta el misterio de la sangre y su mutación en una luz eterna:

*Ich fühle des Todes
Verjüngende Flut
Zu Balsam und Aether
Verwandelt mein Blut
In heileger Glut.*

*(Me inundan de la muerte
las olas renovadoras.
Mi sangre se transforma
en bálsamo y en éter).*

Mons. Marchaud, obispo de Valence, se limitó a leer y comentar este versículo del Evangelio: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, permanece solo; pero si muere da mucho fruto”.

14. PERSPECTIVAS ÚLTIMAS

Al fin de su vida Michelet escribía: “El ritmo de los tiempos ha cambiado, ha acelerado el paso de una manera extraordinaria. En la vida normal de un hombre corriente, setenta años, he visto dos grandes revoluciones que en otro tiempo habrían quizás tenido un intervalo de dos mil años. Nacido bajo el terror de Babeuf, veo antes de morir el de la Internacional”.

Los que han nacido al principio del siglo XX podrían decir que en la simple vida de un hombre han visto un espectáculo más fuerte, más desconcertante aún que Michelet: dos guerras, unas cuantas revoluciones, descubrimientos imprevisibles que transforman los modos de vida, temores apocalípticos que jamás se habían presentado. Recuerdo mi emoción de niño curioso cuando Blériot cruzó La Mancha: en tiempos de los “ciervos voladores” aquello era una sorpresa. Cuando Lindberg cruzó el Atlántico quedé ya sin aliento; más aún cuando Armstrong hizo su paseo titubeante sobre la luna. Mi generación, que ha visto los saltos de pulga de los primeros aviadores, no se admira de los “cohetes” que exploran Júpiter y Venus. ¿Sospecha quizás que estos cambios desconcertantes no son sino la espuma de transformaciones aún más profundas, el anuncio oscuro, profético de un cambio inaudito?

Estoy persuadido de que la época en la que entramos a ciegas, vueltos de espaldas al porvenir –sobre el que proyectamos una imagen que viene del pasado– no tiene verdadera *analogía* ni en la historia ni en la prehistoria del hombre sobre este planeta.

Se puede evocar el fin de los imperios, en particular el de Roma. Pero los imperios se iban sucediendo sin que el destino de la humanidad estuviera en juego. Si nos atrevemos a hablar de la “crisis” presente, si la percibimos tan mal, si sentimos confusamente que nos atañe, es porque nos faltan referencias análogas. Por lo demás, nunca una mutación radical en la evolución de las especies, de las religiones, de las técnicas ha sido conocida en el momento de su verdadero origen. No sabemos jamás si marchamos sobre brotes nuevos o sobre retoños. Se confunden siempre la semilla con los desperdicios.

No hemos explorado más que la superficie de las cosas. Extendamos nuestras miradas. Consideremos la evolución de la humanidad desde sus comienzos hasta su término posible.

En la hora presente no se trata de provocar la aparición de nuevos progresos técnicos, de un nuevo reparto del mundo, de una nueva forma en el pensamiento o en el arte. Estas no son más que transformaciones que yo llamo accidentales, pues estas tales no ponen en cuestión la *esencia* de la humanidad. Desde las perspectivas convergentes de bastantes exploradores del futuro, nosotros estamos en trance de extinción, de mutaciones en profundidad. ¿Quién afirmaría que los ordenadores no van a transformar la esencia de la comunicación por signos, lo que llamamos lenguaje y que es lo que hasta ahora ha transmitido la escuela; o que las máquinas calculadoras no van a disminuir ese esfuerzo inútil que llamamos *trabajo*? ¿Habrá quien diga que los descubrimientos biológicos no van a transformar la *generación*, dando nacimiento bien a subseres monstruosos, bien a superseres? ¿Y nos dirá alguien que después del *homo faber* y el *homo sapiens* no va a aparecer otro hombre para el que no tenemos nombre que lo designe? ¿Quién afirmará que el fenómeno llamado *historia* no va a pasar y que a la “prehistoria”, que conocemos en sus grandes fases, no va a suceder una *posthistoria* en la que la humanidad se estabilizará para lo peor o para lo mejor, siendo la *historia* sólo un intervalo, un intermedio provisional? Entiendo por *posthistoria* un

periodo indefinido en el que no habrá más “acontecimientos”, siendo la historia un paréntesis tumultuoso y vano entre dos estados casi inmóviles.

Mas esta *posthistoria*, en la que entramos, puede tener dos sentidos: el uno de catástrofe, que se preludia en la sociedad robot; el otro de *metástrofe*, de paz, de espiritualidad, de “Reino”. Después de dos mil años de cristianismo virtual, vamos a vernos constreñidos por la fuerza de las cosas a elegir entre dos caminos, pues la zona intermedia en que al presente nos encontramos, no podrá durar. Jamás una generación se ha encontrado en tal dilema.

Puede, pues, dividirse la aventura humana en dos periodos: uno el *subatómico*, que va del sílex a Hiroshima; otro que comienza en 1945 y cuya duración no podemos prever, corta o larga, gloriosa o dolorosa. El problema de la supervivencia de la especie pensante no se había planteado nunca, se plantea ahora por vez primera. Ahora sabemos que en cualquier instante la especie humana puede suicidarse.

Marta: los espirituales, los místicos que os precedieron, no han podido enfrentarse ni con el pensamiento, la oración o el dolor, a los problemas inauditos planteados por este tiempo sin analogía. Vos generosamente quisisteis representar a la humanidad total, de tomar sobre vos todos estos dolores para disminuirlos, para abolirlos.

Mientras que la mayoría no tiene más que una idea confusa de este periodo nuevo y hablan el lenguaje anterior empleado durante millares de años, vos, Marta, erais plenamente consciente del carácter *apasionante* de este tiempo nuevo. Vos aparecíais ante mí como un embrión proyectado para el futuro, prototipo de un pensamiento y de un sufrimiento que aún no ha aparecido.

¿Lo diré? Se me ocurre pensar no que nosotros estamos “al final de los tiempos”, sino que vamos a atravesar una fase “final” de ese gran ritmo del tiempo que a veces se acelera para apagarse y rebrotar. En otros términos: se me ocurre pensar que este periodo *posthistórico*, en el que entramos, será breve y que se va a parecer al periodo en que vivieron los primeros cristianos.

El tiempo de Jesús era un tiempo del “fin de los tiempos” y como suele decirse, un tiempo *escatológico*. Fue en esta perspectiva de un fin próximo en la que Jesús habló y profetizó, en la que vivieron los primeros fieles en hábito de peregrinos, como si una vez más abandonaran Egipto en una nueva Pascua. Les faltó constatar que el tiempo no acababa de finalizar. Y al Evangelio ha sucedido la Iglesia. Esta impresión de marcha acelerada, de comida tomada deprisa, de tiempo semiilusorio, pues va a quedar absorbido por el eterno presente, lo he tenido desde la infancia, ha nutrido mi pensamiento. Por esto no me he sentido desorientado en esta época extraña, acelerada y casi final de este periodo. Y esta semejanza de Marta con la situación de los Fundadores, esta proximidad de Marta con la Hora decisiva no me ha sorprendido jamás. He visto en ella un signo que esta época nos hace sin dramatismo, con una sonrisa.

Intento imaginar bajo qué luz nos juzgará la futura generación; cuando hayamos pasado la prueba, cuando hayamos superado la crisis. Que la humanidad sea un pequeño “resto” de supervivientes después de un “apocalipsis” o, por el contrario, que haya conseguido instaurar un orden nuevo. Lo que es seguro es que el tiempo presente será juzgado.

Todo será pasado por la criba, todo será criticado, todo será interpretado a la luz de un nuevo estado de la sociedad. Los juicios que se dan sobre las instituciones, sobre los

descubrimientos, sobre las formas de vivir, sobre nuestras filosofías, sobre nuestras conductas políticas o religiosas: todo será entonces *juzgado*. Con cierta mezcla de sorpresa, de indulgencia, de severidad y de piedad. Ya vemos ese juicio retrospectivo sobre los que creyeron en el progreso. “*El porvenir de la ciencia*” de Renan, las anticipaciones de Víctor Hugo, las páginas de Bergson sobre la victoria del hombre sobre la muerte, las de Teilhard sobre “El Punto Omega”, las profecías marxistas sobre la felicidad final de los pueblos... toda esta literatura de esperanza ha terminado por perder su poder sobre nosotros. Mañana se habrá hecho insoportable. Ahora son los lúcidos, los profetas de la desgracia, como Nietzsche o Dostoievski quienes nos parecen actuales y nos reconfortan con su acento de veracidad. Y entre los libros de la Biblia, los que interesan al presente, –como ya concordadamente habían advertido André Chamso y Paul Claudel– los que nos estremecen o nos tranquilizan son el Génesis y el Apocalipsis. A pesar de la proximidad del último concilio, *Gaudium et Spes*, ese mensaje de alegría y esperanza, ha envejecido mucho. Y Juan Pablo II no habla como Pablo VI. Siempre se mantiene la esperanza, pero como en tiempos de Abraham, *es la esperanza contra toda esperanza*, es decir, la Fe.

La marcha del tiempo, ya lo he dicho, se acelera. Las transformaciones de la época prehistórica duraban millones de años. El paso de la Edad Media a los Tiempos modernos duró tres o cuatro siglos. Pero el paso de las armas antiguas a las armas atómicas no habrá durado más que el espacio de una generación, y estas mismas armas atómicas pasan de moda cada diez años. Los ordenadores de 1941 nos parecen tan ridículos como los primeros aeroplanos. Todo pasa como si avanzáramos cada vez más de prisa hacia un *umbral*.

Marta era una mutante, un anticipo. Le fue concedido vivir en un tiempo acelerado, loco, “exponencial” –éste que nos corresponde en la evolución– y de vivirlo intensamente, pero de vivirlo de la manera más pura y más elevada. Ella no vivía el tiempo presente en su desarrollo histórico, sino en el seno de la eternidad, Marta vivía su tiempo en Dios. El mundo de la mecánica cuántica, del átomo, de las manipulaciones genéticas, de las guerras y las revoluciones no era su mundo; si bien era cada mañana informada por sus visitantes y aunque se interesase grandemente por ello. Pero como sucede con los místicos, no retenía la actualidad, sino como la imagen efímera de un Acto más presente y más estable; más noble también. De la actualidad recogía el eco, el rumor confuso, el sordo lamento humano. El universo en que estaba era el universo de la Creación, de la Encarnación y de la Redención; el universo de la caída y de la salvación, el universo de la fe, que no era para ella un universo de palabras.

En nuestros días, por un falso optimismo, se recomienda poner entre paréntesis los aspectos dramáticos de la existencia; no se habla de ello apenas, ni aun en las iglesias. Nada prueba que tengamos razón por no querer considerar lo que tantos cristianos creyeron desde hace siglos. Marta se sitúa en la larga y lenta caravana de los hijos de Abraham, en la “nube de testigos” de la fe.

Lo que falta a nuestro tiempo no es el progreso, que realiza saltos asombrosos. Lo que falta en nuestro tiempo es un método que impida que el progreso se destruya a sí mismo. Lo que falta a nuestro tiempo no es el dominio de la tierra, sino la dulce paz por la que poseamos la tierra. Lo que falta a nuestro tiempo no es lujuria, sino pureza de corazón. Lo que falta a nuestro tiempo no es el reino de la justicia, sino el soportar las persecuciones a causa de la justicia. Lo que falta a nuestro tiempo es la energía que brota de eso que el Evangelio llama las “Bienaventuranzas”. Y se acerca el momento en que nuestra civilización no podrá ser salvada sino por lo contrario de lo que se pregona. Es decir, no por la lujuria, sino por la castidad; no por el consumismo, sino por la

austeridad; no por la riqueza, sino por la pobreza. Esto se ha dicho millares de veces, pero al lado de Marta resultaba evidente.

Reflexionando sobre la historia de Marta se presentaba a mi espíritu otra consideración más. Se refiere a las “dificultades” para creer en este final del siglo XX después de Cristo.

He soportado encontrar entre mis amigos más cercanos, entre algunas personas inteligentes muy informadas, y conciencias que buscan la perfección una casi imposibilidad de examinar con calma las razones que yo tengo para creer en el cristianismo.

Me pregunto cómo se presentará no tardando el problema que plantea Jesús. Hablo de la realidad histórica de Jesús. Recordamos la dificultad del “visitante de la tarde” del que hablé en el primer capítulo de este libro. Paul Louis Couchoud admitía la verdad simbólica y mística de la Encarnación, pero no su verdad histórica. Podía admitir todo el Credo, excepto *sub Poncio Pilato passus est*.

Pero si la humanidad continúa su curso durante mil años sin ser interrumpido por una catástrofe o una “*metástrofe*”, la revelación de Jesucristo, que es esencialmente histórica, datable, “hecha de una vez por todas”, ¿no va a dejar de lado aquel acontecimiento? En efecto, cuanto más tiempo haya transcurrido, más se alejará de aquel acontecimiento, más lejano parecerá, más incierto, penosamente comprobable. Cuanto más se extienda entre Jesús y nosotros la duración, más intimidad, densidad y presencia perderá Jesús. Y los espíritus escépticos, los filósofos rigurosos se plantearán el problema de saber si la Encarnación pertenece a la historia. Como Couchoud, Loisy, Bultmann, tenderán a separarla de la historia. La trasladarán del pasado al presente. Jesús se convertirá en un símbolo de la humanidad presente, existente en aquel momento. Lessing había expresado así la dificultad: “¿Puede nacer de la historia una certidumbre eterna? ¿Se puede fundar la felicidad eterna sobre un saber histórico?” ¿Podrá la fe del año 3000 apoyarse sobre la interpretación de unos papiros, sobre el testimonio remoto de algunos judíos; en resumen, sobre testimonios? Cada día más tendremos que enfrentarnos con este esencial problema.

Será pues deseable que el momento inicial se reproduzca. La historia de los santos es esta reproducción; como eran para Israel los profetas: esa “nube de testigos” que cita la *Carta a los Hebreos*. Jesucristo existe *ayer, hoy y siempre*, por una presencia intemporal; pero sería deseable que, a veces, en algún lugar, se vuelvan a encontrar “fenómenos” análogos a los del origen, a pesar de la diferencia infinita que siempre habrá entre Cristo y sus imágenes. Preciso aún más: será bueno y será bello que haya de vez en cuando sobre esta tierra imitadores de la Pasión. La imagen óptica de la Pasión permanece en el espacio, donde ella se desplaza a la velocidad de la luz y ¿no alcanzará las fronteras del Cosmos? Hasta se puede imaginar que seres análogos a nosotros la están contemplando en este momento.

¡Cuán deseable sería que existiera sobre la Tierra una nueva presencia, una “representación” de aquello que puede ser imitado de la Pasión! Lo que la Iglesia conmemora, lo que reproduce místicamente estaría entonces presente a nuestra mirada. El interés que despierta desde hace una veintena de años el “sudario de Turín”, responde a esta necesidad de rescatar del tiempo, de volver contemporánea a nosotros fotográficamente la Pasión y la Resurrección, saltándonos el intervalo de la redacción de los documentos y dándonos la proximidad del testigo. No intento pronunciarme sobre el valor del sudario. No puedo compararlo a Marta Robin, quien en este siglo científico, preso del positivismo, fue un sudario viviente. Pero el sudario no será jamás sino un

lienzo que la NASA examina como se estudia una estrella, un fragmento de materia. Marta no era un lienzo, era una persona.

¿Estamos en un periodo del “fin de un tiempo”, en una fase escatológica?

Me parece que la duración en que entramos es una duración precipitada, concentrada, aspirada por la proximidad de un fin, que la asemeja al periodo original del cristianismo. San Pablo se apresuraba de país en país, de ciudad en ciudad, porque pensaba que se acercaba el fin. Cuando asisto a misa creo sentir que después de la comunión se entra en un tiempo apresurado: ¡la policía está aquí! *Maran Atha!* Apresurémonos a hacer el equipaje, como los hebreos en la salida de Egipto. La Iglesia fue fundada por espíritus que se creían en una fase final. Nosotros estamos sumergidos en una duración del mismo tipo. Pero jamás sabremos si nos hallamos al final de una época o en el momento que precede a la aurora. Toda fase final es rica en esperanza.

Tuve ocasión de charlar familiarmente con el P. Teilhard de Chardin, de hacer suposiciones sobre el porvenir de la especie pensante. Me decía: “Encuentro cierta analogía entre el estado de la Tierra hacia el final de la era terciaria y el estado religioso del mundo presente. Hace un millón de años un observador que hubiera observado y clasificado los primates, hubiera podido inducir que una cierta línea de grandes simios llevaba con respecto al hombre la imagen del porvenir. Así, –continuaba Teilhard– nosotros podemos percibir en el universo actual los primeros esbozos de un cristianismo nuevo, o mejor, de una religión perfecta que no será otra cosa que el catolicismo plenamente desarrollado”. Y añadía: “En un parecido alejamiento en el porvenir, y tomando como unidad de medida el millón de años, es imposible decir qué forma tendrá este catolicismo, en su teología, en su liturgia, en sus experiencias místicas. Lo que nosotros podemos decir es que si la humanidad continúa reflexionando, –si el gusto por la vida no se agota– entonces la religión de Jesús estará más viva que nunca”.

Marta era así, tal vez, uno de los primeros ejemplares de lo que yo llamo el *homo mysticus* y que es el *homo sapiens* evolucionado. Si el mundo es en realidad “una máquina de hacer santos”, si la evolución es *theodromo*, si el sentido de la evolución a través de las especies es, saltando los umbrales, conducirnos a estados cada vez más improbables, si el fin último de esta cabalgata es producir algunos ejemplares de seres humanos más perfectos, –lo que, como toda cualidad, sería una cantidad en estado naciente– entonces podría decirse que nuestra humanidad se eleva, que progresa.

Mi viejo amigo, el cardenal Saliège con quien conversaba sobre Marta, pensaba en ella cuando escribía: “que del metal humano en ebullición surja un día una aldeana o una obrera que tome los miembros dispersos y sangrantes de la humanidad para hacer de ellos la unidad”.

Comparaciones últimas

Antes de dejar a Marta deseo compararla con dos de mis hermanas espirituales, que han vivido en el mismo siglo sin conocerla, y han experimentado el sufrimiento de este mismo siglo.

La primera es Teresa del Niño Jesús.

Con frecuencia he comparado a Marta con Teresa del Niño Jesús. Ella decía que la había “visto en visión” varias veces y que de ella había recibido la consigna de continuar la misión bajo distinta forma. Los que han estudiado los últimos años de Teresa han advertido que ésta tuvo experiencia de las “tinieblas”, que participó de la incredulidad. En tales momentos no creía ya “en el cielo”, en la existencia de la vida futura, no veía ante sí más que la nada. En el instante en que Teresa entregaba todo a Dios, parecía que su Creador le quitaba ese todo para no dejarle ver más que el “agujero negro” de la nada. “Adelante, adelante, alégrate –decía Teresa a su alma–. Alégrate de la muerte que te dará no lo que tú esperas, sino una noche más profunda todavía, la noche de la nada”. Algunos han advertido que, en la época en que los católicos veían un pecado en la increencia, Teresa, adelantándose a su época, superando su ambiente sufría el mal del siglo siguiente que es la increencia, la muerte de toda esperanza. “¡Qué gracia tener fe!” –decía Teresa–. Si yo no hubiera tenido fe, me habría dado muerte sin dudarlo un solo instante”.

No parece que Marta haya tenido angustia alguna a causa de la fe. Jamás la escuché poner en duda un punto del catolicismo, ni, por ejemplo, la existencia de Jesús que su amigo Couchoud rechazaba. Nunca me hizo preguntas sobre estos problemas filosóficos o exegéticos de los cuales sabía que yo me había ocupado. En este sentido era menos moderna que Teresa, no dudaba. Y si el veneno la había tentado, era para escapar de la intolerable prueba, no para precipitarla en la nada.

Lo que era su prueba propia era la experiencia de la “condenación”, es decir, la participación en lo que podría ser el mal infinito: la privación de Dios.

“El mayor acontecimiento actual: *Dios ha muerto*, éste es el hecho. La creencia en el Dios cristiano se ha hecho insostenible y comienza a extender sus primeras sombras sobre Europa. Ha llegado el momento en el que todo lo que fue construido sobre la antigua creencia quedará sepultado con ella. ¿Quién osará hacerse pregonero de esta larga y densa serie de destrucciones, trastornos que tenemos ante nosotros, de esta espantosa lógica de ensombrecimiento, de una tiniebla tal como jamás la tierra ha atravesado?”

Marta vivía una hora por semana lo que Nietzsche describía en este texto y de lo que él se evadió por la blasfemia y la locura.

Se me ocurre también evocar a propósito de Marta a su contemporánea Simone Weil.

Ambas jamás se encontraron, ninguna, sin duda, oyó hablar de la otra, no obstante ambas vivieron la misma época como dos semejantes.

Simone estuvo perpetuamente obsesionada por un deseo de inmolación. Se puede decir que, a despecho de todos, en medio de los conflictos de este siglo buscó realizar heroicamente ese estado de *no ser* que Marta poseía por privilegio.

Simone se “encarnó” en las condiciones más desastrosas, en las circunstancias más duras, queriendo morir al fin de inanición para participar en la suerte de la Francia ocupada; siempre llamando al postigo de la Iglesia, pero sin querer entrar nunca. “Yo estaría mejor dispuesta –decía– a morir por la Iglesia, si algún día, no tan lejano tiene necesidad de que alguien muera por ella, que a entrar en ella. Morir no compromete a nada, pues se puede decir “en esto no hay engaño”.

A veces dijo que no encontraba más que dos instantes en la existencia humana perfectamente puros: el del nacimiento y el de la agonía. Pensaba que ofreciendo su muerte a la Iglesia le entregaba del mismo golpe su auténtico nacimiento. Más aún: “Si, lo que Dios no quiera, debo un día separarme de la Iglesia, esto sucederá en nombre de exigencias que ella habrá hecho nacer en mí. La podré golpear, pero la fuerza misma de mis puños la sacaré de los alimentos que ella ha introducido en mis entrañas”.

Leyendo estas declaraciones de Simone y comparándolas a las palabras de Marta, he medido la profundidad de sus semejanzas y la profundidad de sus diferencias, notando que Simone había llevado hasta el extremo el ideal de la pureza, de la pureza absoluta, de la pureza *cátara*, y que Marta había superado también este estadio, logrando que la pureza quedara absorbida por lo que Bergson llamaba “humildad divina”.

¿Qué habría pensado Marta de su vagabunda hermana? Y ésta, ¿qué hubiera pensado de su hermana inmolada? ¿Se habrían juzgado? Yo creo que habrían cruzado sus miradas. Simone Petrement, la confidente de Simone Weil, ha dicho en alguna parte que Simone “deseaba probar si no sería posible a los seres humanos vivir sin comer, nutriéndose sólo de la luz del sol”.

Mas entre las comparaciones que no he cesado de hacer mientras componía cada día, obstinada, difícilmente esta obra que voy ya a dejar, la más constante fue, como he confesado en el prólogo de este libro, que también es un retrato, la de Mons. Pouget y Marta Robin.

Entre la aparición de ambos retratos hay cuarenta años. Este díptico tiene para mí un profundo significado. Uno no se conoce a sí mismo excepto por esos trazos sobre arena que son los escritos. Y me pregunto por qué estoy yo tan ligado a estos dos seres tan diferentes. Sin duda porque he intentado desde mi juventud escapar de la tentación de la inteligencia, la de la *Escuela* bajo cualquiera de sus formas; es decir, huir de lo que ocupa únicamente el cerebro y su materia gris y sombría. Pero estos dos desconocidos, (y que jamás se conocieron) estos dos para quienes el mundo era ciego, estos dos proscritos, representan la otra cara de la realidad, la que el entendimiento descuida: no el cielo estrellado, sino la tierra maciza y pesada, la tierra de los surcos, la tierra. El trabajo de la tierra del que toda nobleza tiene en definitiva origen.

Mas a medida que comparaba a mis dos “ángeles”, como tiendo a encontrar los tipos eternos en los individuos, los sublimaba, los contemplaba, como Platón había hecho con Sócrates, más allá, más altos que ellos mismos. Yo buscaba las *Ideas* que ellos representaban, que encarnaban.

Y así veía en ellos, en su paso efímero, dos rayos de luz que se unían sin confundirse; sí, dos rayos que iluminaban nuestro paso: uno de mayor brillo, otro de mayor fuego: Los he llamado *Pensamiento* y *Dolor*.

Dolor, Pensamiento – Pensamiento, Dolor. Ámbitos distintos, pero siempre presentes en nosotros, inspiradores de las más grandes obras por su convergencia, como muy bien dijo Proust.

Y sin embargo, no se pueden colocar en un mismo plano el pensamiento y el sufrimiento. Sólo un muy pequeño número de seres pueden entregarse al difícil trabajo del pensamiento. Su número es ínfimo si se compara con el número de los que sufren. Y ¿quién no sufre en el ejercicio más duro del pensamiento?, ése que plantea el último problema: *¿Por qué existo? ¿Dónde voy?*

Si pudiera unirse el pensamiento y el dolor –comprender, justificar, amar la condición humana– ¡cómo quedaría transformada entonces la vida!

La humanidad avanza hacia lo imprevisible. Antes se podía dissociar el destino de los hombres del destino de la humanidad y afirmar que, si los hombres fracasaban, la humanidad progresaba y no fracasaba. Hiroshima ha terminado con esta esperanza. Desde ahí, el destino de la humanidad ha llegado a estar al mismo nivel que el del hombre solitario. Su gran, su único inexpresable sufrimiento será el sufrimiento del pensamiento: no saber su razón de ser y lo que les espera después del fin.

Vuelvo a Marta. Por última vez me acojo a su lado.

Si alguien, en alguna ocasión en este siglo XX, se ha preocupado del problema planteado por el mal bajo todas sus formas, si un ser viviente entre nosotros no se ha contentado –como yo y tantos otros pensadores y escritores– con meras disquisiciones sobre el mal, si ha habido un ser en el mundo que luchó contra el mal a brazo partido y se ofreció generosamente, continuamente para intentar disminuirlo, no con llanto y palabras, sino con su carne y sangre, fue la amiga cuyos rasgos he intentado dibujar.

Sartre decía que la vida es una *pasión inútil*. Sartre no sospechaba expresarse tan bien. Él fue quien me proporcionó la mejor definición de Marta. Pues la pasión de Marta Robin fue una *pasión útil*.

Burgos, 13 de Marzo de 1999.
